

HISTORIA DE PEPE

He decidido escribir mi vida, así que esto debe ser una autobiografía. Mi vida no es de interés especial para nadie, pero creo que todos deberíamos escribir nuestra vida y “colgarla” en la red. ¿Para qué? Para nada. Es una forma de exhibicionismo o de suicidio o de confesión o de necesidad de inmortalidad virtual. Siento atracción por los mapas del mismo tamaño que el mundo, por las banderas del tamaño del país, por las grabaciones en video de toda la vida, segundo a segundo, desde el nacimiento a la muerte. Un espectador de segunda generación necesitaría toda su vida para ver el video de toda la vida de su padre. Estaría bien para los profesores de historia de la vida cotidiana, y no sería más que una prueba más de que estamos locos. El mundo de mentira sustituyendo al mundo de verdad. Después de todo, los humanos no sabemos diferenciar la verdad de la mentira. Se trata de juegos de palabras. A mi edad, aún no se si el pueblo es sabio o miserable, aunque me inclino más por lo segundo. Respecto a mi, he cometido todos los pecados, incluido el de asesinar. No obstante no sólo soy un asesino. Las categorías son tan rotundas que nunca aciertan al describir a una persona. Más aún mi vida no comenzó conmigo sino con mi tatarabuelo. Desde él a mí, todos los varones primogénitos hemos sido portadores del mismo nombre, Pepe, y casi del mismo cargo, Presidente de la Diputación Provincial. Generación tras generación, robando al pueblo y sosteniéndolo con nuestra sangre. Afortunadamente, mi padre rompió con la tradición familiar, y se hizo guardia civil por vocación. Yo rompí también esta última tradición familiar y no me hice picoleto, como suelen hacer los hijos del cuerpo. Me he cambiado varias veces el nombre y la vida. No obstante, no creo haber sido mejor que mis ancestros.

Mi historia no es exactamente una biografía. No tiene las partes correspondientes a un guión: Apertura, desarrollo y cierre. En realidad, no hay guión. Si tuviera que decir cual es la principal lección que he aprendido en mi vida, sería esta: No hay guión. Ignoro si los acontecimientos poseen sentido o no, o es como en los sueños, imágenes caóticas a las que damos sentido una vez despiertos, pero yo al menos no he sabido entenderlos o dárselo. La vida real es así, sólo en el cine y las novelas, hasta las producciones sin argumento, siguen un patrón fijo. Yo tampoco soy el protagonista absoluto. En realidad, no se muy bien quien soy. Tal vez tengo como todo el mundo personalidad múltiple, he sido generoso y miserable a un tiempo, sabio y estúpido. He decepcionado a mucha gente, incluido a mi mismo, pero tampoco me ha importado demasiado. Eso sí, mis fracasos me han resultado siempre hermosos.

Si tuviera que simplificar mi existencia diría que he viajado algo por Europa, he sido un buen profesional, un detective. Razonablemente honesto, sobre todo si me comparo. He matado a una persona. Cometí algunas estupideces. Conocí al Capitán América. He sembrado melones. He amado hasta donde

he sabido a una mujer. Resolví algunos misterios y otros no, los más importantes, y he terminado convertido en un alma en pena, en un muerto viviente. Ahora que no tengo nada mejor que hacer y toda la eternidad por delante, les voy a contar: La verdadera historia del hombre que confundió su corazón con su cerebro.

Empezaré por mi infancia. En realidad, he tenido más de una infancia al mismo tiempo. No acierto a decir cuantas. Podría contar mis primeros años de muchas formas distintas sin faltar demasiado a la verdad. Al menos recordaré a las dos personas que más me marcaron, una para bien y la otra para mal, aunque no se quien es quien. Fueron mi abuelo materno y el Capitán América. Antes de contarles quienes eran y desvelar mis secretos, sólo decirles que me llamo (mejor sería decir me llamaba) Pepe. Voy a contarles este cuento mío en presente, quiero estar vivo (ahora que ya no estoy vivo, imaginarme vivo y recordar me hace sentir) en cada etapa, en cada momento de la narración, sin anticipar nada de lo que vendrá después. Seré un niño cuando hable de mis infancias, un enamorado cuando hable de mi amada. Y un viejo fantasma, cuando cuente mi derrota final. Eso sí deben saber que no me arrepiento de casi nada, volvería a hacer girar la rueda, firmaría el eterno retorno.

1. El Gazpacho: la infancia en negro

Cuando era un chico detestaba el gazpacho. Y odiaba al viejo Juane, mi abuelo, quien me obligaba a tomar un par de cazos cada día del verano. Madre me mandaba de lunes a viernes al campo con él, a ayudarlo en las labores. Y el viejo egoísta me gastaba una tunanta cada día: un día por su culpa me picaron varias avispas en los brazos, otro me dio un ataque de asma por el polvo de la paja, o me mandaba coger higos de tuna los días de levante. Me decía tienes menos fuerza que un gatito chico, o ni tú sabes na del campo ni el campo na de ti, y eso delante de la gente.

Sin embargo, era hermoso oírle contar historias del servicio, bajo la luna de agosto, mientras, sentados en mitad del inmenso campo oscuro, pelábamos mazorcas de maíz. Como la del muchacho que se reía del pelado de otro, y lo pilló el comandante y le dice: “po ahora te pelas tú con la maquina y luego te presentas a mi”. Y allí llegó el muchacho con dos lagrimones en los ojos, del pelao tan criminal, y asustao. Y el capitán, el mu tunante, le dice: “¿tienes novia?, po ahora te voy a da una semana de permiso pa que tu novia se ría de ti”. El viejo reía sonoramente sus propios chistes. Y cuando le daba por las canciones aflamencas sobre suegras. La del que tenía una vaca y la vaca le mató la suegra. Y en el velatorio todos le daban el pésame, y mi abuelo -el cantante- le dice: te compro la vaca. Vuelta a reír con ganas. Me gustaba estar a su lado esas noches, acariciando a Paloma. Paloma era la vieja perra que él mal cuidaba, la tenía comiita de parásitos y alimentada sólo con

pan duro. Y no me dejaba pasearla. Salvo cuando me mandaba a un recaobien lejos. Odiaba que me mandase por cosas, aunque fuera a buscar el viergo jierro o la hazada. Siempre decía, está allí, sin señalar siquiera. ¿Dónde es allí? Pensaba que yo sabía lo que había en su cabeza. Y si me tardaba un poquito más de la cuenta me gritaba. Por eso me ponía muy nervioso que me mandase a por mandaos. Salvo cuando era por azafrán al rancho de Esteban. Sus guisos de gallina estaban muy buenos, con patatas en amarillo. A mi me daba miedo cogerlas, a él le encantaba rebanarles el cuello y soltarlas para que corrieran decapitadas. Es que le caían simpáticas las gallinas, desde lo del misterio del robo de mierda.

Al abuelo le gustaba cagar en la naturaleza. Cada día desaparecían sus deposiciones. Hasta que descubrió que se las comían las gallinas, y rió satisfecho. Las mu tunantas comemierdas -dijo-, y esos eran los calificativos mayores, los que aplicaba a todo lo que apreciaba o respetaba: tunante o comemierda. También rió con esa satisfacción gorda el día que pegó a un hombre un par de guantazos por un pleito de tierras. Salvo las dulces noches del maíz, me daba miedo el viejo.

Acabaron los veranos de mi infancia gaditana. Dejé la bahía para estudiar el bachiller en Madrid. Y allí me hice un hombre. Un hombre tranquilo, en realidad un perezoso cobarde. Fue sin darme cuenta, mi preocupación por la búsqueda de la verdad me llevo a un mundo de libros fascinantes, y los libros a renunciar al callejear. Puesto que yo no creía en políticos ni charlatanes, ni perdía el tiempo con las cosas cotidianas como la comida o la conversación intrascendente, pero sobre todo, no creía en Dios, me sentía más listo que los demás. Eran como chiquillos estúpidos.

Volví en el verano a Cádiz. El hombre abofeteado por mi abuelo le había quitado las tierras desde los juzgados. El viejo andaba encabronado todo el día. Se sentía engañado, pero también sentía que el otro tenía, de alguna forma, razón, por eso andaba con los cuernos de punta, y por eso no cogió la escopeta. Acababa de cumplir 68 años y fue el único día que lo vi flojear, acertó a decir: yo ya no se nada. Me alegré. Entonces descubrí en mi alma el resentimiento.

Ocurrió una larga noche, me enamoré de una mujer extranjera y extraña. Era una bióloga que investigaba los fondos de la bahía. Tal vez buscaba las sumergidas islas Hespérides. Era hermoso verla sumergirse en las aguas del mar con su ajustado traje de bucear. Ella solía pasar largas horas, las de la fresquita, en la casapuerta de su encalada casa -la encaló ella, pareció divertirse-, tomando cafés y leyendo libros de robusta encuadernación. También montaba en bicicleta, descalza, bajo la lluvia caliente del sofocante verano. Sonreía a todos. Pero no parecía interesarse por nadie, a ninguno daba conversación. A mi ni siquiera me miraba. Le escribí una carta de amor. Llena de argumentos razonadores, de énfasis, un canto a mis virtudes, le dije, en tu rostro veo la jeroglíficas rayas del tigre, no escribo cartas de estas

todos los días, quiero tocarte el culo, siento curiosidad por los paisajes, los lugares y los rostros que anidan en tu mente. Siguió sin mirarme. Un dije le dije hola y me contestó con una sonrisa. Luego la vi pasear con Manuel Cuesta. Un joven labrador de la localidad, altito y feo, que siempre andaba montando a caballo por las arenas de la playa. Tenía fama de simpático, y de putero. Ignoro si se acostó con ella. Mira que salir con un tipo despreciable. Conocí el sabor de los celos, y el sabor salado del llanto. La extranjera se marchó con el mes de agosto.

Con los rescoldos del deseo por la bella extranjera, y encorajado, intenté meterle mano a Encarna, una chica del pueblo, llena de formas de mujer y medio tonta. Se pasaba los días comiendo pipas mientras marujeaba en los portales o en los bancos de la plazuela. Me mando a hacer puñetas, a mí, a mi guapura, a mi listeza y a mi sensibilidad. O sea, no sólo me despreció ella, también me despreciaba una tonta despreciable.

Un día de Septiembre, Manuel Cuesta me vio triste, y me preguntó. No le contesté. Con una sonrisa me dijo: ni con una puta se acuesta uno sin seducirla antes. Seducción, era la primera vez que escuchaba esa palabra. Ese día entendí que Manuel era un hombre. Entendí que en mi mundo de ensoñaciones yo era el más listo, pero que no sabía resolver ni una sola situación real, ni las más cotidianas, pero sobretodo no sabía saludar y sonreír con naturalidad. Eso era todo según Manuel: saludar y sonreír, con los ojos. Y no había manual de instrucciones alguno para hacerme un hombre. Mi mente seguía culpando a las mujeres: son sólo un refuerzo social, para hacerte un ciudadano, como Dios manda. Matan los sueños de los hombres. De ellas he aprendido que no caben los milagros, y la espiritualidad les da la risa. Sin embargo, mis sentidos las deseaban.

Pasaron seis años de intensa actividad intelectual y profesional desde aquel verano. Sin causa aparente alguna su recuerdo me sobrevino durante la aburrida comida de negocios con el agente del laboratorio Funvest, siendo yo becario. Y con el recuerdo una humillante vergüenza por mi conducta de entonces. Allí estaba yo, desempeñando mi trabajo con cierta destreza, mientras en mis ratos libres seguía buscando la verdad. Entendí que la pregunta ¿por qué? conduce a la pena irreflexiva por uno mismo: ¿Por qué no me ama?, ¿Por qué estoy aquí? Dejé de hacérmela y acabé con las culpas de mi pasado. Siendo ahora libre debía hacer algo. Un apetito voraz despertó en mí. ¿Qué?. Correr, hablar, dormir, viajar. ¿Para qué? La interrogante ¿Para qué? también era una mala pregunta. ¿Para qué hablar?, ¿para qué correr? Lleva a proyectar un futuro, a imaginar el pesado esfuerzo, y como resultado a una pereza infinita, tornándose los actos automáticos proezas imposibles. La conjunción de esas dos preguntas es un presente provisional, de mentirijillas, a la espera del verdadero. Pero ahora, libre de las culpas del pasado y sin intereses más allá de los próximos cinco minutos, me entregué feliz a mis sentidos. Focalice la visión sobre mi anodino acompañante, y solté mi voracidad sobre la comida -un tierno guiso de

calabacín con frijoles-. El tipo había estudiado conmigo los primeros cursos de la carrera, era un inútil, un pelota indeseable. Tras mucho arrastrarse había triunfado, allí estaba frente a mi. Tras tanto luchar, yo seguía en compañía de las mismas ratas. El guiso sació mi hambre. Sin embargo no podía concentrarme en nuestra charla sobre los resultados experimentales con el nuevo producto de la casa Funvest, ni evitar sufrir porque el tipo fuese un idiota, ni evitar sentirme atrapado. No obstante, por un fugaz instante, sentí imparable la fuerza del deseo de Lugón -así se apellidaba-, aunque no fuese por la materia de estudio, ni por la profesión, aunque sólo fuese por el dinero, por sentirse alguien con comidas de negocios. Siempre será un inútil, pero un inútil inevitable. Entonces alcé la mirada hacia el gran espejo del comedor, en la pared del fondo, enmarcado en una vieja madera de color desvaído y con adornos rizados, con la fecha de la fundación del restaurante pintada en rojo, con números elegantes, en la esquina inferior izquierda del espejo, 1931. Dibujábamos, los comensales, el paisanaje, un cuadro costumbrista sobre el espejo. Me pregunté cómo sabía yo quién era yo, de entre todos aquellos. La voz del pensamiento que acababa de crear el cuadro costumbrista, ¿era la mía? Tal vez pertenecía al señor de la mesa contigua, o a la joven que sonreía. Decidí levantarme, para reconocirme en el espejo, e ir al lavabo, para mirar con detenimiento mi rostro en el espejo menor del cuarto de aseo. Sentí esa ansiedad. Desde entonces me busco en todos los espejos de los hoteles y bares. He recorrido Europa a través de ellos: Cambridge, Brighton, Edimburgo, Dublin, Padua, Lisboa, Viena, Venecia...Siendo, mientras tanto, inteligente y honesto. Hay entre ellos, los espejos, y yo, una inteligencia, un entendimiento. Mi historia es la historia de este viaje. Todo lo importante que he conocido ocurrió en marcha. Mi abuelo, representa el antes y el después.

Tras mi muerte, he vuelto a Cádiz, a mirar sus aguas, a conocer por primera vez a sus habitantes. El Viejo Juane aún sigue vivo. Anda por ahí montuno. Se ha construido una choza de cañas en el cañizal de la bajada hacia la playa del Chorro. Me contaron que estaba chocho, que le habían pillado haciéndose pajas en el melonar de Cumbre. Para los chiquillos era el hombre del saco, y se metían con él. El viejo los amenazaba, nunca le gustaron los niños. Para vivir de modo tan indigno, mejor muerto. El que era tan fuerte, tan HidePutá. Comentaron otros.

Decidí ir a verlo.

Me ha reconocido y me sonrío. Está de franco buen humor. No se ha quejado de nadie ni de nada. Saca su lebrillo de barro y me invita a comer gazpacho. Lo miro poner un puñado de sal gorda en el mortero, y añadir 4 o 5 dientes de ajo, pelar los tomates huevos de toro y trocearlos, y hacer igual con un par de pajaritos de huerta -pimientos verdes-. Añade un trozo de pan blanco duro y mojado. Maja la mezcla con la machacaera, y lo vierte todo sobre el lebrillo de barro, por último le añade un litro de agua. Luego le miga sopones de pan duro de campo y lo rocía de uvas moscatel. ¿No estarías

mejor muerto? -le pregunto-. Me mira a los ojos, nunca antes en su vida lo había hecho, y me dice extrañado: NO, beber gazpacho fresquito es mejor que estar muerto. Todos te desprecian -le digo con indiferencia-. Pareció no oírme. Voy al melonar -me dice- y robo un melón, luego lo abro con mi navaja, y aspiro el perjumado olor de su pulpa, me recuerda el sexo de las mujeres. Pienso que el viejo ama la vida con una fuerza terrible, mientras yo no he acabado nunca de entenderla. Me entrega una lata llena de doradas pepitas de melón, las había seleccionado de entre los de carne más dulce en los últimos diez años.

Aquel día vi en él a Luzón el pelota, pero también a Enrique Cuesta -el simpático putero- y las rayas jeroglíficas del tigre. Todo a la vez. Pensé en matarlo, por cerrar un destino, no se si el suyo o el mío. Hace tiempo que tolero todos mis pecados de pensamiento. Disfruté del gazpacho, y casi sin saludarlo, me fui para siempre. Me pregunto qué ocurrirá con las pepitas de melón. Las sembraré. Mientras los melones crecen, les contaré mi viaje, en el que perdí mi alma, pero antes deben conocer mi otra infancia, en la que conocí al mismísimo Capitán América.

2. La última aventura del Capitán América: La infancia en colores patrióticos.

Es la tercera vez que nos mudamos de pueblo en cuatro años. En la furgoneta del de la gasolinera nos ha cabido la casa entera. Mi padre conduce, es guardia primera, esta vez lo han destinado a Rota, en Cádiz. Durante el viaje leo un comic, aunque debería estudiar los apuntes para séptimo. En realidad, no tengo más amigos constantes que los superhéroes de los comic Marvel. El príncipe Namor (Submariner), que es malo pero bueno a veces, enamorado de la chica de los cuatro fantásticos, pero ella prefiere al hombre de goma. A mi Namor es el que más me gusta, tan fuerte, tan impenetrable, nunca se sabe si va a ayudar o a revolverse contra los humanos. La verdad es que el hombre de goma es una tontería, de goma de borrar. Seguro que Namor le ganaría a Conan y al capitán América.

En la casa cuartel descargamos la furgoneta y dejamos todos los muebles medio amontonados en el patio principal. Acudieron los niños del cuartel, curiosos, a huronear. El patio, con los muebles, era como un salón comedor gigantesco, de palacio, con el techo muy alto, el mismo cielo. Los niños se subieron a los sofás, se hacía irreal ver extraños en los sillones de casa, trepaban por todos lados, en las sillas y en las cajas, como monos, tuve que decirles que se bajaran. Me miraron como si hablara un idioma desconocido y no se bajaron. El sofá parecía un barco en alta mar con su tripulación. Luego llegó mi padre con algunos guardias civiles más y empezamos a subir los muebles al pabellón que nos había tocado, el segundo izquierda, por la escalera estrecha. Todos los críos ayudaron, yo era importante, me preguntaban donde poner las cosas. Al final mi padre le dio un duro a cada uno de los que habían ayudado, y yo creo que también a algunos que no

subieron ni una silla.

Al final de la mudanza me preguntaron mi nombre y del equipo que era. Esta vez yo quería tener amigos, así que no podía responder "de ninguno". Allí había chavales del Betis, el Sevilla, del Madrid y del Barcelona. Todos esperaban mi respuesta, para saber si yo era amigo o no. Yo sabía que mi respuesta iba a determinar a casa de quienes iba a entrar, el lado del que iba a estar en los juegos. No podía decir del Bilbao, que es el equipo que a mí me gusta más por el portero, a mí sólo me gustan los porteros, pues cuando lo dije en Ayamonte me advirtieron: - Pues ándate con cuidao que a este le mató un hermano la ETA. Esta vez dije que del Madrid.

El saludo de los niños en el cuartel era: ¡madridista (o barcelonista o bético, etc.)!, a todas horas, como si estos calificativos fuesen un insulto, un insulto del que sentirse orgulloso. Y cuando los equipos jugaban por la televisión y perdían o ganaban, la batalla era segura en el patio, y las discusiones, el delantero centro del Madrid es mejor que el del Sevilla, ¿a que sí?, me preguntaban a mí, expectantes, por ser el nuevo, como si mi respuesta pudiera afectar el destino de un partido. En la plaza de abastos había venido un feriante que vendía pollitos pintados con los colores de los equipos, en vez de por docenas por oncenas (diez más el portero), así que las calles estaban cubiertas de pollitos de colores estripaos.

Nos pasamos la mayor parte del día en el patio del cuartel, aunque está prohibido jugar al fútbol dentro y salir entre las tres y las cinco del mediodía, para respetar la siesta, aunque nosotros nos escondemos en esas horas en las cocheras, donde nos montamos en las motocicletas y fingimos conducir dándole puño y criamos gatitos. El brigada siempre nos persigue a gritos por el patio, de muy mala leche, y nos llama cabrones, que para eso es el brigada, y cuando puede nos arreata los balones en un cuarto de la comandancia, que no dudamos en asaltar a poco que tenemos ocasión. Las puertas se cierran a las diez de la noche. Si llegas tarde te abre el guardia de puerta pero ni que fuera mi padre, no hay quien nos libre de la riña, que si no son horas y ya está bien de dar por saco y esas cosas, así que a veces saltamos la tapia. Sólo salimos fuera del cuartel a explorar, la playa o los campos, a robar niperos, a pescar, a coger culos, a matar murciélagos. La capitana, eran la hija y la mujer del capitán, la hija, es muy puta, o eso oímos decir a los grandes, cuando nos mandaron a comprarle tabaco y chucherías al kiosco de María la gorda, y no podías negarte a hacerles el mandado o te ganabas un coscorrón con el puño cerrado. En una ocasión, Kiko, el hijo del subteniente se revolvió, y el Castro grande, con todo lo grande que era, le dijo bien encorajao: si no fueras el hijo del subteniente te ibas a enterar, y me pegó a mí que no había dicho ni esta boca es mía. Y el Kiko, que es sentío, se cabreo y le grito: "juraito, juraito que yo a ti te la doy". Y dos días después, mientras tomaban el sol de la mañana, fuera del cuartel, sentados en el suelo y apoyando la espalda sobre la puerta falsa, la de la parte trasera, cogimos la manguera de los jardines, la metimos por debajo de la puerta y abrimos el

grifo a su máxima potencia, les mojamos el jodido culo, y mientras los oíamos blasfemar húmedos como ratas de muelle salimos por piernas cada uno para su casa descojonados de la risa. Desde ese día es vivir huyendo, no podemos alejarnos de nuestras casapuertas, es verlos y trepar la escalera y aporrear la puerta de casa para salvar el pescuezo.

Al lado del cuartel se extiende una barriada de chabolas, en ellas viven los gitanos. Cuando las cosas van bien jugamos partiditos de fútbol, los hijos del cuerpo contra los hijos de los gitanos. Pero cuando se declara la guerra entre nosotros, entonces es ver un gitanillo y correrlo a pedradas, y si uno de los nuestros cae en sus manos vuelve con la cara calentita o le untan la lengua con pimienta chi, y el cuerpo con la espuma pica-pica de los electrodomésticos tirados al barranco de la playa del chorillo. Lo que sí es verdad es que la gran batalla en campo abierto ocurre siempre el día de la patrona. Ese día se hace una misa en el cuartel, y luego una fiesta. De las bodegas del Puerto y de Sanlúcar llegan regalos de cajas de vino, los guardias van de caza, a matar conejos y perdices, y siempre alguien regala una cabra o se mata un venao. Antes de la misa se riega el patio con las mangueras, y días antes se han encalado las paredes del cuartel, luego todos los chiquillos ayudamos a colocar las mesas y las sillas de tijera en el patio grande. Los gitanos siempre acaban asomándose a la puerta principal del cuartel, a pedir una cervecita o una fantita, y entonces todos a una los regamos con cerveza y la pegajosa coca cola. Y se arma la de Dios es Cristo. Siempre, siempre, hay que tener muy en cuenta para salir del cuartel si estamos en época de guerra o de paz.

Es miércoles, después de comer berzas a la roteña y peras de agua, hemos decidido ir a jugar al fútbol, a la plazoleta de atrás del cuartel. La madre de Antonio nos avisará por la ventana para la hora del colegio, hoy tengo ganas de ir, me han comprado castañas pilongas para ir pelando por el camino y hay dibujo. Jugando se nos ha embarcado la pelota por el balcón de la casa grande, la del americano. El americano es un señor mayor, de América, jubilado de la base naval, que habla muy mal español y es muy raro, no habla con casi nadie y se pasa tardes enteras en el jardín de su casa esculpiendo con un punzón bloques de hielo del tamaño de un niño, se los traen del matadero de Jerez, talla formas geométricas, círculos, estrellas, luego cuando acaba se sienta largas horas a ver como el sol las derrite, o se mete dentro de la casa y las deja derretirse solas, hasta que sólo queda un charco de agua. Llamamos a la puerta, no contestó. Como Juan había dicho durante el peloteo, donde fallé como una escopeta de caña, que yo era el más listo de la clase y el más tonto del patio, pensé que debía proponer entrar en la casa. Salté la verja y me subí al balcón, no fue difícil, me encaramé en Kiko y arribita. La pelota estaba en el salón. Iba a agarrarla cuando de pronto apareció el americano, nerviosito me tiré por el balcón, gritando a los otros "¡que viene!", si me hice daño ni me di cuenta, pero él viejo cabrón, con una agilidad sorprendente en un anciano saltó detrás mío,

con más limpieza que un atleta, y antes de que yo pudiera alcanzar la verja de salida me arrojó la tapadera del cubo de basura del jardín como si fuera un lazo, trastabillé y me agarró. Los otros se fueron corriendo y gritando "vamos a decírselo a su madre, vamos a decírselo a su madre, que la cogió el americano". El hombre me llevó del brazo al interior de la casa.

Yo gimoteaba, es que me tengo que ir para el colegio, que voy a llegar tarde. Bien, me dijo, pero vendrás mañana a explicar que tú hacías en mi casa, y a limpiar mi jardín por colarte, en cualquier caso, dos tardes. A las seis hora.

Llegué a clase justo cuando sonaba la sirena. Hoy teníamos que dibujar el cuerpo humano, de un hombre y de una mujer. Más tetas, menos pito, iba diciendo el maestro mientras inspeccionaba los dibujos. Hasta que pilló a Kiko con la cabeza entre los brazos, echado sobre la mesa. Se acercó, le dio un pescozón y nos dijo a todos en voz alta: "Mi pereza lucha contra mi voluntad de vivir, todavía hoy, cuando ya no volveré a cumplir los cuarenta. Esta lucha diaria empezó en mi juventud, donde cada feliz victoria de mi voluntad buscaba el agotamiento, cuando salía bien contento a la sierra a andar los montes y pelear con los vientos, a trepar las rocas; cuando más tarde iba de prostitutas, siempre elegía a la más guasona, nada me importaba si eran feas, mezquinas, sucias, con tal que gastasen buen humor, si vais de putas elegid a la más simpática; y cuando bebía largas y espumosas jarras de cerveza hasta saciar mi sed de siglos también era feliz, si os emborracháis bebed cerveza se va meando a medida que se bebe, y es la bebida más ancestral y hermosa de la tierra, oro líquido. Sin embargo, cada victoria de mi pereza la engordaba, entonces dormía y dormía, días enteros. Este chico es hipotenso decía el médico. Lo que es más flojo que un muelle de guita, le replicaba mi madre. Pero el médico me obligaba a reposar, bajo las caricias compasivas de la orilla del mar y la luz fresca del atardecer. Allí me daba cuenta de que no sabía que hacer con mi inteligencia, no sabía donde volcar mi fuerza, mi deseo, mi violencia. Pedí un desafío al aire, a Dios, a los infiernos, quería fatigar mi juventud. Recibí el mayor desafío de todos: el silencio por respuesta. Yo os daré a vosotros una respuesta mejor. Así que deja de dormir, a no ser que tengas una buena razón".

- Que la Paquita no me quiere, maestro.

- ¿Eso te lo ha dicho ella? No, yo le he dicho que la quiero con to mi corazón, maestro. Y ella me ha sonreído y no me ha dicho na.

- Esa es tan buena razón para estar feliz como para no estarlo, es menester ser libre y hermoso para querer a esa chica, o si no te hará miserable. Así que no tienes más que ganar. La verdad es que es bonito verla pasear con sus perros, tan grandes, pastores alemanes, cuatro, y tan dóciles a su mando.

Hablaron todo esto en voz alta, delante de la clase, como si la Paqui no

estuviera presente, y ella desde luego no levanto la cabeza, continuó como si nada con el dibujo de las figuras humanas. Sonó el pito del recreo, quiero decir el timbre. Más tarde, el maestro, Kiko y yo, por separado y con sigilo, volvimos al aula vacía, a mirar el hombre del dibujo de Paquita. Había pintado el David de Miguel Ángel, pero ¡vaya atributos!, nada que ver con la cosa engurrumía, como de acabado de salir del mar, del original. El maestro y yo miramos al Kiko, y como tenía esa enfermedad de la vista, que siempre le estaba lagrimando el ojo izquierdo, que a mi me emocionaba tanto, creo que también el maestro pensó: pobre Kiko.

Al día siguiente a las seis, corriendo desde el cuartel a la plazoleta, pues estábamos en guerra otra vez y el Castro grande nos la tenía jurá, acudí a mi cita con el americano, me dijo que lo llamará Steve, y no hizo falta que le recogiera las hojas y las malas hierbas del jardín. Me explicó en su español de media lengua que necesitaba alguien que le enseñase la bahía, que le pidiese permiso a mis padres, y que el corría con los gastos. La verdad es que no pienso decirle nada a mi padre, y voy a aceptar la proposición del viejo. Sí que era viejo, aunque sus brazos eran fuertes, vaya bolas tenía en los brazos. Me dijo que volviera con la respuesta el miércoles siguiente, y me ofreció una cocacola y una tira de chicle de menta.

Durante esa semana, antes de la nueva visita a Don Steve, descubrimos que había un fantasma en el cuartel, en el pabellón vacío de la tercera planta, en el bloque segundo del patio chico. Allí siempre se oían ruidos, así que subimos a averiguar lo que era. La planta de arriba de ese bloque estaba abandonada y algo ruinoso. Con mucho sigilo nos acercamos a la puerta del pabellón y la abrimos, y allí había un tío con los pelos muy largos y vestido con la túnica del nazareno y descalzo, se nos quedó mirando sin decir nada, tenía ratoncitos blancos alrededor de los pies y en las manos, y salimos corriendo escaleras abajo gritando: ¡hay un tío en el pabellón vacío, que hay un tío arriba! La mujer del sargento, que vivía en el bajo de ese bloque y siempre nos regañaba por pisarle la escalera recién fregada, salió y nos pregunto que qué escandalera era esa. Y le dijimos lo del tío, todos a la vez. Y riéndose, nos dijo anda niños joiosporculo, si es el hijo del cabo. ¿Y está loco o es drogadicto o algo? -le preguntamos-. Anda niño, cuida las ideas de los niños joiosporculo estos, se prepara oposiciones a correos, por lo que la criatura no sale nunca de ahí, la madre le sube todos los días la comida, y como es hermano de la cofradía del nazareno se viste así, a ver si tiene suerte en los exámenes, ya podéis aprender de él en vez de dar tanto por culo. Lo de esta señora con el culo era monomanía.

En el colegio el maestro nos mandó hacer una redacción sobre lo que habíamos hecho el fin de semana anterior, y el maestro, Don José, hizo otra. En el recreo jugamos al hierro aprovechando que había llovido, con destornilladores y cuchillos, clavaban bien en la tierra mojada. Luego leímos las redacciones en voz alta. Esta es la de Don José:

"El domingo fui a los pinos con mi mujer y unos amigos. A merendar. Todo era muy bonito, los pinos, y estaba muy bien, el mar y el cielo. Todo muy bonito y muy bien, como en vuestras redacciones. Como me aburría, me fui a buscar camaleones, encontré uno, pero muerto. Ya casi no quedan, os tengo dicho que no les deis de fumar ni los pongáis sobre rojo, que revientan, pero vosotros dale. Triste por vosotros, por los camaleones o por mi, ninguno tenemos remedio, me figuré que el mar era una hembra y el sol un guerrero. Y los desafíe, a ambos, a su vínculo, me puse en pelotas, y como un salvaje les hice el amor y la guerra. Me arrojé al mar espantando a las gaviotas y nadando hasta agotarme; y di un largo paseo al mediodía, de Rota a Chipiona, para mostrarle al sol que no le tengo miedo. En el paseo me tropecé a una mujer joven, es como sabéis septiembre tardío, y la playa está huérfana de veraneantes, la perseguí por la playa sin más presentaciones, aunque igual hubiese perseguido a las gaviotas al salir del agua, y corrió espantada, yo reí a carcajadas, ella gritaba, estaba agotado y no pude alcanzarla. Al volver había anochecido, y mi mujer y mis amigos se habían marchado."

A mi padre volvió a darle un cólico en mitad de la noche, tuvimos que llevarlo otra vez al médico. Este le preguntó que si había comido algo pesado para cenar y el le respondió que no, un gazpachito y un bote de pepinillos en vinagre y media sandía de postre.

Mi relación con Don Steve era interesante, necesitaba un lazarillo para conocer la bahía. Casi siempre me dejaba que yo lo llevara donde quisiera, así que fuimos en el vaporcito del Puerto de Santa María a Cádiz, lo llevé a coger camarones a los corrales de la playa de Virgen del Mar, a respirar la atmósfera de vino de Sanlúcar, nos bañamos en la playa de la Ballena. Un día me preguntó que era lo que a mi más me gustaba, y le dije que mirar el cielo estrellado de noche, desde dentro del cuartel, mucho rato, mientras me pregunto si es el mismo cielo que he visto desde otros cuarteles y doy vueltas hasta que te mareas y entonces es como si se marease todo el cuartel, y me parece un barco navegando o un avión de pasajeros que se va a estrellar. Pero a veces me pedía que lo llevara a sitios concretos, a la bodega del Perro, a la barriada de los gitanos. Y alguna noche me llevó a los bares de americanos de la avenida San Fernando, siempre me decía que no tuviese miedo, que con él no me podía pasar nada, fuimos al Pumby pub, al Shangai y al Chicago bar, y a un tatoo Study, me ofreció tatuarme una estrella o un sol en la mano, pero si lo hago mi padre me mata. En esos sitios hablaba con americanos, me invitaba a una coca-cola y a veces me pedía que escuchase lo que decían algunos españoles y se lo contara luego. Era bueno conmigo, me traía helado americano, y yo le llevaba boqueroncitos fritos o pajaritos de trampa fritos a casa. Me prometió llevarme a la base a ver la fábrica de bombas un día, pero luego un americano con bigote y uniforme de la marina llegó y Don Steve me dijo que otro día, y también prometió llevarme a la fiesta del día del avión, pero luego recibió una llamada

telefónica y me dijo que no podía ser, que me quedase en casa si quería, comiendo helado, que iba a un recado y volvía en media hora. La verdad es que me hinché de helado de vainilla con nueces y le rebusqué en los cajones del armario ropero, buscando sus pistolas americanas, igual que hacía con la pistola de reglamento de mi padre, y fue cuando lo descubrí, el trapo de barras y estrellas, pero no era la bandera yanqui, era el uniforme del capitán América, lo juro por mis muertos. ¡Cojones!, que Don Steve es el capitán América, ¡claro!, por eso me atrapó con la tapadera del cubo de basura el primer día, la lanzó como si fuera su escudo. Ya estaba muy viejo el pobre, pero todavía era fuerte. Cuando volvió tras abrirle la puerta le dije: "¡Hola capitán!", me miró sin extrañeza y comentó sin inmutarse: "yo ya no soy capitán, estoy jubilado, ahora soy un nómada". "¿Puedo llamarte capi?". Llámame como quieras fue la respuesta.

Paquita, que ya era la delegada de clase, ha salido como el primer representante de los alumnos en el nuevo órgano del concejo de dirección del colegio, es el año de mil novecientos ochenta y cuatro, y la democracia por fin ha empezado a llegar a los colegios del reino. Dio un discurso centrado en la igualdad con los maestros: todos deberíamos tener toallas en los aseos, una por persona era lo higiénico, no sólo ellos; y comer más frutas naturales de postre en el comedor y menos productos en polvo, y la cocinera debería llevar gorro, aunque sea un cañero, y afeitarse cada mañana, pagando el colegio las cuchillas claro, y el cañero, pero que no era higiénico tanto pelo; y si ellos podían fumar en el salón, pues nosotros también, todos o ninguno, después de todo nos obligaban a tragar humo putrefacto sin disfrutar de la parte buena. Ahora cualquier cosa es negociable, hasta la duración del recreo, y desde luego había que levantar la prohibición de jugar a la pelota en el colegio. El maestro en un aparte le preguntó si pensaba llevar todo lo dicho al concejo. Ella respondió que no era tonta, pero que debía llevar a la mesa para negociar de todo, de lo más sensato a lo más absurdo, para lograr algunos objetivos. El maestro con una sonrisa maliciosa le contestó que si esperaba que los padres y los maestros distinguieran lo sensato de lo absurdo, iba apañada, y que a lo peor sólo conseguía joder a la cocinera con lo buena persona que era, que a él (y a otros chiquillos) le pasaba bocatas de mortadela con aceitunas y muses de chocolate a cualquier hora.

Hoy en clase, un poco impresionado la verdad, le pregunté al maestro sobre como se sabe lo que va a ser uno de mayor, yo quería ser Namor, y para ello a lo peor me tenía que enrolar en la marina para empezar. Le pregunté si hay que preguntarlo en algún sitio, y cuando uno lo sabe ya ¿cómo lo hace?, y también le pregunté adónde había que ir, para sacar los papeles.

- Yo soy maestro, ¿verdad?, para vosotros es como si siempre hubiera sido maestro, diríais que nací maestro, y con el bigote ridículo que ahora llevo, si os preguntasen. Ignoro si soy o no una buena influencia para vosotros, más

bien no, pero nos divertimos, ¿verdad?, yo al menos me divierto. Pues yo soy maestro por azar. Cuando se tienen quince años se abre una enciclopedia muy gorda que hay en Madrid. ¿Vosotros sabéis el juego ese de cuántas cabezas hay, que se hace abriendo un libro por una página al azar?, pues con la enciclopedia igual.

La personalidad es mentir sobre uno mismo. Por eso la palabra persona significa máscara. Yo fui a Madrid y abrí la enciclopedia. A mi vuelta a casa dije que intentaba dejar de fumar, nunca he fumado, y cuando a vosotros os ofrezcan tabaco deberíais contestar igual, lo estoy dejando. Bueno, pues dije en casa que iba a dejar el tabaco y que iba a ser maestro. Estas dos cosas, como el resto de mis características, las decidió el azar, con la ayuda de la enciclopedia. La abría, veía fotos en la página abierta, averiguaba quien era el personaje y tomaba uno de sus rasgos relevantes: ateo, del betis, débil de carácter, resentido hacia la figura materna... En mi caso resultó que tenía que hablar mal de mi madre de entonces en adelante, con lo buena persona y madre que es mi madre, ¿habéis pensado que las madres nos dan cariño y comida de la mejor, y que son gratis? Y no resulté mala gente, dicen, a mi tanto me daba, aunque mi madre acabó algo enfadada conmigo, la pobre mujer no entendía mi conducta cuando ella no había sido mala conmigo, y yo hablando mal de ella, pero la enciclopedia es la enciclopedia. LLamaba a los amigos y les daba vidilla: que si una fiestecita, un paseo, un viajecito. Lo que has cambiado, con lo raro que eras, tú eres de los que hacen mejor al mundo, me decían. Incluso un par de conocidos, de forma inesperada, me han dado hace poco las gracias, por algo que dije y les ayudo a reconciliarse con su mujer o a dejarla. Yo La verdad es que le había dicho lo mismo a ambos.

Todos sabíamos cuando el maestro mentía así que no le hice mucho caso. Lo único que saque en claro es cuando una noche, en uno de los bares nocturnos, con el capi, una señora de la calle dijo a otra no digas palabrotas con el crío delante, y la otra dijo, este debe saber más que le han enseñao, ¿quieres un cigarro, niño?, "No, estoy dejando de fumar" -me apresuré a decir, muy ancho y con una sonrisa de media luna-. Y las dos se rieron de mí, las muy putas.

El capi parecía triste esos días, no quería salir a parte ninguna y se pasaba las tardes picando el hielo en el jardín, sin construir forma reconocible alguna. Le dije que mi madre me había encargado que le dijera que si le podía hacer una virgen de hielo, para ponerla en la nevera. A mi madre le gusta tener vírgenes en todas partes, tiene una distinta en cada habitación, la de Regla por morena, La del Pilar por oficio, la del Carmen por marinera, pero que en la nevera con su luz al abrirla sería muy bonito, casi como una cueva del Sacromonte, y como ella está todo el día en la cocina. El capi no me respondió y me dijo que le enseñara algo como otras veces, así que le enseñé a tomar el sol en el cantillo de su casapuerta, pues siempre tenía escalofríos.

Como el capi no quería ir a ningún sitio me fui con Kiko a la playa, a perseguir a la Paquita, que hasta en invierno iba a bañarse con sus perros. Nos sentamos en la arena a mirarla, a cien metros, en bañador, qué culito más bonito, como yo me aburría me fui, pero aún pude ver como los perros correteaban por la orilla alrededor de ella, y uno de ellos vio a un perrito ajeno, chico y feo como un murciélago, en las dunas que estaban a la espalda de Kiko, y corrió al galope tras él, a Kiko lo había deslumbrado el sol y cuando se lo vio venir encima gritó, el perro lo pisoteó como si mi amigo no existiera y continuó su carrera hasta alcanzar al chucho. No se reía nada ni nada la Paqui, pobre Kiko.

En el colegio empezamos este trimestre con la historia, como en tres meses no da tiempo a nada, dice Don José, a ver si por lo menos nos divertimos. Hoy ha venido muy arreglado a clase, no con el jersey de siempre.

" El pensamiento se comunica mediante el lenguaje. Por ejemplo: creo que a la Charito le gusta el juanillo, y por eso nunca están calladitos. Pero el lenguaje es serial, se hace palabra a palabra, frase a frase, e igual se oye, tienes que esperar a oír la última palabra para reconstruir el significado de la frase, ¿verdad Juanillo?. A ver si te callas. Sin embargo, el pensamiento es múltiple, como los rayos del sol, las corrientes de ideas, nuestras motivaciones, inconscientes con frecuencia, se excitan e inhiben, se confunden y envuelven, antes de que te hagas dueño de una sola de ellas. El pensamiento es como las masas de agua del mar, el lenguaje como una carretera. Está claro que el lenguaje es un mal vehículo del pensamiento. Y me parece a mi que la vida se parece más al pensamiento que al lenguaje. Y si un hombre no puede saber lo que pasa en su cabeza, sólo le resta admitir que el pasado que lo trajo hasta aquí es un entramado de pequeñas mentiras. Nuestra historia personal -nacé en Rota, fui amigo de Antoñito en la EGB, hice el servicio militar en Constantina (Sevilla), me casé con Encarnita, etc.- es un artificio. La carretera. Una construcción. Tal vez quien es la mujer de alguien es tan poco informativo de ese alguien como dónde hizo el servicio militar o su nombre. No sabemos la razón de las cosas, y es muy posible que estas cuenten en nuestras motivaciones menos que nuestros sueños o los sueños de otros. Así que imaginaos, si es así para un hombre, como será para la historia de los hombres." Después del discurso salimos al recreo, jugamos al hoyo con los bolindres y me comí tres mandarinas que llevaba en los bolsillos. Luego el maestro volvió a la carga:

"Con este discursito me gusta empezar mis clases de historia, y ya me siento libre para contaros la historia a mi modo, ya sabéis que sólo son mentirijillas o medias verdades, y que no podrían ser otra cosa. Al inicio del curso cada alumno se va a identificar con un personaje histórico o geográfico". Salieron voluntarios Bonaparte, Cristobal Colón, Cervantes, Amancio del Madrid, una pareja de turistas americanos en un viaje alrededor del mundo (Juan y Chari)... pero al Antoñito que era muy bajito le tocó ser un

pigmeo africano por votación popular y a otros el maestro los obligó a ser o un soldado de la primera guerra o un corresponsal de la guerra del Vietnam. Unos nos tenían que traer partes de guerra, otros que contar estrategias de batalla con soldaditos de cartón, o hablarnos de su vida diaria, y al final entre todos, probar como sería una conversación si todos, de todas las épocas, estuviésemos juntos en el cielo o en el infierno...Vamos a ver películas sobre la historia y la guerra en el salón de actos cada miércoles. Yo le pedí si podía ser el capitán América. ¿Quién?, me replicó. Y la resabiá de la Paqui dijo que era como el guerrero del antifaz pero en americano, un fascista. Yo lo defendí, no era un fascista puesto que luchó en la primera guerra contra los Nazis y cayó en una emboscada, estuvo congelado 20 años en los hielos de la Antártida donde los esquimales lo encontraron y lo adoraban como un Dios del hielo, pero el príncipe Namor, que nadaba por allí para investigar un nuevo agente contaminante del mar, los vio adorarlo, y celoso lanzó el tronco de hielo que lo contenía al mar, donde se derritió, pero antes del final lo encontraron los Vengadores y lo reanimaron y volvió a luchar contra el Cráneo rojo y por América, pero como ya no se sentía tan bien en los años setenta, se sentía como un superviviente de otra época, se cambió el uniforme y se llamó el Nómada. La Paqui, que era muy rojilla, dijo que vaya rollo y que el capi era el imperialismo yanqui personificado, y yo le repliqué que si no lo conocía como podía hablar, que eran prejuicios. El maestro puso paz, y dijo que no se había enterado de nada, yo me comprometí a traerle los comics Marvel para que los hojease y se enterará por si mismo quien era el capi.

En los días sucesivos Don José nos habló del honor en la primera guerra, de soldados que no se agachaban para esquivar las balas o de aviones pintados de colores chillones, pues el camuflaje se consideraba una cobardía. Serán gilipollas, se oyó en la clase. También nos contó sobre la vida cotidiana de los pueblos del mundo, de como los Nussai de Kerala conviven con los muertos de la familia, incluso les ponen un plato en la mesa. El bocazas de Pasmodio comentó que no es mala costumbre así el podría repetir cada día, y que hoy habían comido patatas a lo pobre en casa y se relamió (con lo canijo que es este chaval y lo que traga). Nos describió estadísticas sobre la frecuencia del sexo oral en las distintas partes del mundo, junto con historias sobre como los espartanos creían que a través del semen se transmitía el coraje de los viejos guerreros a los jóvenes. Por eso la Susana es tan marimacho, gritó el animal de Pasmodio. Y nos recomendó leer a Jack London (cuentos de los mares del sur) y a Joseph Conrad (Lord Jim).

Mientras tanto yo en el recreo seguía mi discusión con la Paquita sobre el capitán, como era tan enterá, me dijo que en la construcción de la base en los comienzos de los años cincuenta habían muerto muchos roteños por la aceleración de los trabajos y las malas condiciones, pero que en los archivos de la iglesia de la O, que su padre los había consultado para un trabajo,

todas las defunciones de esos años eran por causa natural.

Yo le pregunté al capi si él tenía honor. Y me dijo que no lo sabía, que él había luchado por los Estados Unidos siempre, y que eso podía ser incompatible con casi todo, pero que seguir cualquier código, incluido el del honor, era un egoísmo, y cerrarse a las voces del mundo. Y que ya viejo como estaba no sabía si ese egoísmo era cobarde o valiente, que por eso se había retirado, estaba cansado y quería desaparecer, y para oír al mundo con atención, como si fuera la respiración de un animal, pero que un viejo soldado sólo puede hacer lo que siempre ha hecho. Yo le dije que mi padre opinaba igual, que el médico le había mandado un régimen a base de pescado azul, pero que él seguía comiendo gazpacho para cenar debido a que el no se metía en la boca algo que no se hubiera metido antes de los 25 años ni iba a un sitio al que no hubiera ido antes de los 25 años, le explicó a mi madre como argumento irrefutable, y como en su familia habían sido pobres de siempre pues él no había podido comer pescadito azul. Luego añadió que ahora a los niños les dan traumas, por el pescado azul, y que en sus tiempos si te daba un trauma tu padre te soltaba un soplamocos. El capi sonrió.

Yo le comenté al maestro la tristeza del capi, y le pregunté sobre la base. No puedo ayudarte, me dijo, no he llegado muy lejos en mis razonamientos, la verdad desnuda es tan poquita cosa, arrojada una mentira tan gorda, mis medicinas para el alma son siempre las mismas: nada de pena por uno mismo, no quejas y las frases. Algunas las he tomado de películas, otras de libros, de comics, revistas pornográficas, gentes: 1º Aprender a caer siempre de pie como los gatos. 2º Uno sólo no aguanta lo que no le pasa. 3º No tratar de ver en nadie más allá de lo que tu sentido común te avisa. 4º Todos pecamos de pensamiento... Son cincuenta o sesenta. Pero en cuanto me despisto, es lo gracioso, se me olvida todo esto. La fuerza espiritual se me afloja. Y es que sostener una mentira cuesta. No obstante, poco a poco voy convirtiéndome en ella. Así soy yo, predico aire en la cara, un poco de trabajo físico, fingido optimismo y a predicar la mentira, para que un día me la cuenten otros y yo me la pueda creer, ya que nadie es tonto después de todo. Esta última frase -nadie es tonto- es de las más socorridas de mi lista, ahora la uso de explicación para casi todo.

Pues si que estamos apañados con el maestro, nunca sabe nada, el gacho, está peor que el capitán.

Le pregunté a mi padre, pero el venía entusiasmado del servicio ya que hoy había habido un accidente de tráfico y el conductor del coche se había gastado en la curva de cintura para abajo, y mañana tenía matanza de cerdo, con lo que a él le gustaba los berridos del animal, y sentir los estertores de la muerte en sus patas, mientras lo inmovilizaba, tras clavarle el matarife el cuchillo en el pescuezo hasta horodarle el corazón, y el caño de sangre caliente y natural como un manantial, así que no me hizo puñetero caso.

Después de la clase de física, donde la Paqui había estado frotando una barra de vidrio con una piel de gato para electrizarla e imantar papelitos, ella a lo suyo mientras el Kiko no podía dejar de mirarla y no se atrevía a mirarla, frotar y frotar. El pobre kiko volvió a preguntarle al maestro por las mujeres. Nos dijo que cogió la sandía mas gorda de su campo, la tuvo dos días en la nevera hasta que estuvo bien fresquita, y luego con la sandía siguió a Paqui hasta la playa, que allí sacó un cuchillo y la rajó, a la sandía, luego le arranco el corazón, a la sandía, y le dio un bocado y que el caldo le chorreaba por las manos y le ofreció el resto, a la Paqui claro, para que lo mordiera, todo esto sin decir palabra, y mirándola como un fiero, y que luego no pasó nada ya que el cabrón de uno de sus perros pegó un salto y se comió el resto del corazón de la sandía y casi media mano suya, que si lo cogía le iba a meter gasolina en el culo y a prenderle fuego.

El maestro le dijo: Estoy casado, deseo a mi mujer, pero no se si la amo, no se si esto importa o no. A ella parece no importarles. O a lo mejor cree que la amo. A mí a veces me basta su presencia física cuando la busco, y la busco bastante pues es más cantarina que un colorín. Si se muriera compraría otro jilguero. Nos llevamos bien. ¿Qué puedo decir de ella?, me agradan sus senos, y le gusta la Semana Santa con fervor. Es doncella de la santísima virgen del Carmen. Me pregunto si la amaría si un día descubro que para ella la semana Santa es como para mi lo de dejar de fumar o las frases, después de todo nadie es tonto. El Kiko se fue de allí como había venido. Pero el maestro le dijo. Kiko, eres un fanfarrón, tú me cuentas a mi tus penas y yo no puedo contarte las mías, pues aprende a oír y no sólo a hablar, y aprende a joderte sin perder la sonrisa, pero antes acaba de luchar, aunque eres un fanfarrón, eres un fanfarrón bien hermoso, si la Paqui no se da cuenta es idiota.

Fui a ver al capi, pero no me abrió, como anda un poco sordete, me colé por el balcón, a él no le importaba, estaba en el salón, discutiendo con su amigo el oficial de la marina con bigote que lo había visitado antes, hablaban en inglés, pero también había un español y le decía al oficial, dígame que sólo es contrabando de tabaco rubio, que no hacemos daño a nadie, y que el contrabando de la gasolina, que se haga cargo, que en España es muy cara, y está el paro, los chiquillos. Cuando entré en la habitación todos se volvieron hacia mi, se callaron y el oficial y el pescador se fueron sin decir palabra. ¿Sabes?, me dijo el capitán, al final va a tener razón el gitano que nos presentó Kiko, el "Miracielos", con esa actitud de orgulloso anciano de la tribu, el que vende los anillos de oro en la avenida San Fernando, con los brazos tatuados de vírgenes y cristos (en verdad el "Mira cielos" tenía problemas en la columna vertebral y unas ortopedias que lo forzaban a tener la cabeza muy recta, con el mentón hacia arriba), con su teoría del olor a pies, a todos nos huelen los pies, negarlo es negar la realidad, y las mujeres sólo aman a un hombre cuando verifican que le huelen los pies, eso no es tan malo, nos hace entrañables, y ya nos entienden, decía el "Miracielos".

Vaya asco -le replicó el capi al Mira-. Donde hay confianza da asco, mister -le devolvió él-.

Para olvidar a Paqui, Kiko y yo nos fuimos a andar por la carretera saltando la sombra de los coches y a buscar ranas en la charca grande de los pozos del Galgo, rodeando la valla de la base naval. Los helicópteros estaban de maniobras, vaya ruido armaban, nosotros mirábamos por los agujeros de la tela metálica para ver. Se nos acercó un jeep desde dentro, con dos soldados de la policía militar quienes nos indicaron esperar, saltaron la valla hacia afuera, nos cogieron y nos pasaron al lado americano como si fuésemos fardos, nos regalaron tiras de chicle (ya me sentía yo como un gilipollas con tanta tira de chicle a todas horas, estos se creen que con eso lo arreglan todo, ni que fuera esparadrapo) y nos llevaron al campo de golf en el coche, allí estaba jugando el oficial del bigote con otros hombres. Dijo, en mal español, así que estos son los dos pillos que se han colado en el recinto, ya sabéis la pena por colarse: cortadles el pelo al cero. A mi me dijo en un aparte, Steve debería enseñarte buenas maneras y cuidar mejor de ti, ya hablaré yo con él. Lloramos como monos, nos pasaron la máquina, y con un cepillo nos dieron el pela-estrena mientras bromeaban sobre nosotros, salimos de allí más calvos que el culo de un niño chico. Nos tapamos la cabeza con la camisa y nos fuimos a escondernos a la playa, si aparecemos así por el cuartel nos matan nuestros padres, pero si no volvíamos nos buscarían y con el cabreo lo mismo nos la cargábamos más gorda. Decidimos volver al oscurecer, cuando ya nos reíamos de los pelaos, ahora sí que te va a querer la Paqui le decía yo al Kiko, y se reía con carcajadas nerviosas. Nos hicimos un gorro de albañil con la camisa y nos fuimos a casa, yo me escondí en el baño hasta que mi padre aporreó la puerta diciéndome que salía o la tiraba abajo. Qué te ha pasado en el pelo y darme mi madre una ristra de alpargatazos y pellizcos sin dejarme contestar fue todo uno. Luego llamaron a la base por teléfono, a mi padre de cuando en cuando le volvía el cabreo y me daba un remetón en el cogote desnudo, que ya me empezaba a enrojecer. Les explicaron que nos colamos, más cocotazos y de ahora en adelante del colegio a casa y de casa al colegio, yo al colegio no quería ir pero que sí que sí, que me vieran y se rieran de mi, así aprendería, con las orejas de soplillo. Yo no traté de explicarle nada a mi padre, no iba a servir para nada. Algo parecido le pasó a Kiko. A kiko sí se lo conté.

A los pocos días fui a ver al capitán y me dijo que no me preocupase, que el oficial del bigote ya no volvería a molestarme, que el había ido a verlo, que sin mediar palabra había entrado en su oficina, sacado su revolver y disparado dos tiros sobre la pared, a la altura de su cabeza. Luego le dijo: ¡estas muerto!, ¿lo entiendes?, ¡estás muerto! Estas balas te han matado. Los muertos no trafican con tabaco, los muertos no secuestran niños, los muertos son repatriados. ¿Aceptas?, dímelo ahora, puede que necesite una tercera bala para rematarte o que dos hayan sido suficientes. No hay nada

que pensar, te estoy concediendo el privilegio de nacer otra vez, apelo a tu honor de marino y a nuestra vieja amistad. Para que lo entendiera mejor le partí un par de dientes -continuó el capi-, y ya ha pedido el traslado a los Estados Unidos, delante mía, por teléfono, yo tuve que usar mis influencias para que se lo concedieran, es irreversible, aunque algo me pasara a mi no podrá quedarse ni volver, se irá en una semana.

¡Cojones!, pensaba yo mientras volvía a casa, si alguien de repente te dice estas muerto, por ejemplo, si cuando yo pille a Pasmodio robando en la cocina del colegio el dinero de la venta de los bocadillos para la excursión de octavo, si me agarra y me dice estas muerto pero te dejo vivo, apelando a mi honor, eso si acepto significaría: 1º Que no puedo denunciarlo, y no se si podría intervenir en sus felonías futuras o sólo estoy muerto para esa, ya que cuando uno se muere se muere para siempre. ¿Y si le pegara a Kiko delante mía?, ¿Podría ayudarlo?, ¿Y si yo supiera que va a seguir robando dinero de la venta de las papeletas para la excursión de final de curso, tendría que callarme?, si lo pillaran y me llamasen a declarar a juicio, tendría que explicar: no puedo decir nada estoy muerto, aunque sigo yendo al colegio todos los días. 2º Por todo lo anterior, si aceptara la propuesta es que soy un cobarde, si me agarran que me maten, no hay trato.

El capi me explicó que se había buscado una casa fuera de la base para retirarse y resolver todo aquel feo asunto sin presiones del interior, pero ahora, una vez resuelto, por fin podía tomar el sol hasta que se muriera, aprendiendo cosas de mi. Y se murió dos años después, antes me enseñó inglés, lo encontré muerto en la bañera, desnudo, estaba azul y acartonado, rebosando la bañera de agua fría y con restos de cubitos de hielo flotando en el agua, parece que le dio fiebre -me explicaron- y se metió en la bañera, y para bajarse la temperatura se había arropado con cientos de cubitos de hielo. Yo entendí que el capi había decidido volver a dormir, al menos otros veinte años.

Sin duda mi disfraz de hombre honesto ha acabado por apoderarse por completo de mi -fue lo primero que me dijo el viejo maestro cuando fui a verlo al pueblecito donde lo habían destinado ahora, siete años después de la muerte del capitán- pues algunos antiguos alumnos son ahora mis amigos, y me honran con su visita. En estos años yo había cambiado de cuartel tres veces más, en la vieja carreta de la mudanza, la primera vez a los pocos meses de aquello. Fuimos a unas tascas. Da gusto verte beber y comer -manzanilla, tinto de Arcos, tortillitas de camarones, arranque- tan joven, tan sano -me dijo-. Hablamos de la mala situación económica del país, de la falta de honorabilidad de los políticos, nada que ver le dije con el asunto de caballeros que eran las batallitas que usted nos contaba con tanta vehemencia, de la dificultad de encontrar empleo, de enchufes y ladrones, y de mujeres. Dijo que Sanlucar debería llamarse Salzucar, Sal y Azúcar, de bonitas que eran sus morenas. Me preguntó por Kiko, le enseñé un recorte de prensa local que hablaba de él. El periódico lo entrevistaba por su

creación años atrás de una sociedad juvenil llamada "los hermanos Quintero eran unos mari...neros" que ofrecía un local a los jóvenes del pueblo para ensayar sus composiciones pop y rock, ofertaban teatro experimental cansados de la monomanía del ayuntamiento por los hermanos Álvarez Quintero como únicos representantes del teatro andaluz, exposiciones fotográficas y pictóricas, pero el mar estaba prohibido como tema, hartos de la propaganda electoral de las últimas municipales empeñadas en vender hasta la tortura megafónica la imagen de la villa como un balcón al mar. Kiko era el tesorero de la asociación, Paqui la presidenta. Los cargos eran de libre elección. Comenzaban sus reuniones con la frase: somos entes libres. Van a dar mucha guerra en el pueblo. Se han casado maestro. Siento envidia de ellos. Así que al final lo consiguió, me alegro -comentó con expresión sincera el maestro-. La Paqui -suspiró, pensativo- sonrió y llamó putas a las mujeres, son todas unas putas dijo, sin rencor alguno, todo era parte de una conversación de hombres ya sabida. Lo único sensato era que tanto él como yo sabíamos que aquella conversación era amistad sincera y palabras fingidas a la vez. Tal vez por primera vez entendí lo que siempre quiso enseñarnos, que la realidad no puede penetrarse gran cosa. Yo pensaba como no se podía amar a un hombre tan sano y tan pasado de rosca, tan buena gente y tan cabrón. Al anochecer, antes de despedirse, le pregunté por la colección de comics Marvel que le había prestado años atrás con la advertencia amable de que no los perdiera. Dios, ya ni los recordaba, los buscaré -fue su respuesta-. Nunca más volví a ver al viejo maestro, se quitó la vida a la mañana siguiente. Esta fue su nota de suicida:

"Me los pidió, los comics, al cabo de siete años, con tal naturalidad, como si no fuera posible que yo los hubiese perdido, como si me los hubiese dejado ayer mismo. Le respondí, con la misma naturalidad, que ahora era un engorro ir a casa por ellos, que mañana se los llevaría al hostal, y que desayunaríamos juntos un buen café con churros antes de que se marchase. En casa los busque por todos lados, pero aquellos malditos héroes, el capitán América, los cuatro fantásticos, el príncipe Namor, los hombres X, etc. nunca aparecen cuando se les necesita. Era inútil, no estaban. Debía decírselo, que yo no era digno de su confianza de hombre hermoso. Ya abatido, sin esperanza, me afané en buscarlos debajo de las camas, en las viejas cajas. Al final recordé que los había visto en la mudanza, que pensé en tirarlos, y no lo hice por mero olvido, estaban en una caja, mal doblados, bajo unas sabanas de franela, envueltos en un hule de mesa de cocina. Fue divertido volver a hojear aquellos viejos comics. Pase el resto de la tarde así. Yo sabía que esto, haberlos encontrado, no cambiaba las cosas. Te llamé (de repente la nota dejaba de referirse a mi en tercera persona y me hablaba directamente, por eso la policía me enseñó la nota), te dije oye, los he perdido. No importa me respondiste con voz neutra. Pero sí importaba, hice lo que debía hacer: desafiar al sol y al mar, de una vez por todas, en una pequeña barca de remos voy a adentrarme en ellos, esta vez para vencerlos

o ser vencido. Lo siento y Gracias, amigo.

Fui a ver el mar que se había tragado al maestro, pero desde la costa de Rota, y al sol que le había achicharrado la piel sin mirarlo siquiera. Trepé a las dunas a través de la sombra fresca del pinar, en ellas la tierra dejaba de estar fría y se volvía seca, dorada y fina como el azúcar. Desde las dunas se dominaba la playa, y había una vista aérea, aparasolada, del pinar. Tumbado sobre la arena espíe a los bañistas y a los paseantes de la lejana orilla, oculto a sus miradas. Camuflado en la arena caliente miraba hacia la playa como si yo fuese tan viejo como el mar, como si nos conociéramos de siempre, él y yo. La arena estaba blanda, notaba como mi cuerpo se hundía gradualmente, y supe que era un extraño camaleón a punto de ser tragado por un cono de arena, para vencer su fuerza centrípeta me volví arena, y el viento de Levante dispersó mis partículas en mil direcciones. Y estos trocitos infinitesimales de mi seguían siendo yo, y se pegaban a la espalda de las veraneantes para acariciar sus hombros morenos o pellizcar sus traseros blancos, y se adentraban en el mar, y algunas partículas con la velocidad de la bala se dirigían al sol, otras se perdían en pequeñas tormentas de arena, como bailando, bailando hasta que el sonido de una respiración jadeante me despertó, un perro negro, enano y desagradable como una cucaracha del desierto me miraba. Y al mirarlo sentí que era un espejo, que él era yo que miraba a un desconocido tumbado en la arena, el caso es que me despertó, mi piel estaba rojiza, me había librado de una insolación. Sí que es feo mi ángel de la guarda. Me sacudí la arena, le hice al sol un corte de mangas y me fui a casa a estudiar un poco, el paripé de la selectividad se acerca.

3. El adolescente múltiple.

Creo que siempre he sido al menos dos personas, tímido y valiente. Inhibido y sensible. Audaz y un poco bruto. Llevo dentro de mí al abuelo y al capitán. Nunca se cual de mis dos oyes va a surgir. Si el hombre de honor o el miserable.

Todo aquello hizo de mí un hombre, pero un hombre múltiple. Así que tengo que hablar de mi en tercera persona. En aquella época (mi adolescencia) me llamé Pao (una versión guay tras probar con Pepe, Pep, Pe...).

Pao tenía un sueño. Soñaba con ello desde siempre. No podría recordar la primera vez. Y fue tras de su sueño. Nadie lo vió irse y nadie lo vió volver. Pao quería estudiar y estar en el patio. Pao quería amar a Manuela y amar a Antonia. Pao quería jugar el partido y ver la película. Pao quería hacerlo y verlo. Pao quería estar en dos sitios a la vez. Desde chiquitín le encantaban los cuentos de exploración, como el libro de la selva, Alicia, Peter Pan o el Mago de Oz. Con su sonrisa y su mirada dulce y abierta siempre estaba escuchando, pero con su imaginación se transportaba al país de la fantasía.

Le gustaba que le hablasen de otros lugares, de otras épocas.

Sabía que era difícil. No conocía a nadie que pudiera hacerlo. Estar en dos sitios a la vez. Sólo los hermanos gemelos, pero eso era trampa, como le dijo su padre. También le dijo su padre que el crimen perfecto, con coartada perfecta se podría realizar con gemelos, ocultar el nacimiento de uno y de adultos asesinar a alguien de manera que el gemelo oculto ofrezca una perfecta coartada al otro. Pao también sabía que los hombres pueden hacer cosas difíciles: meter la pelota en la canasta desde una distancia de tres puntos, andar en la cuerda floja, hacer muebles con las manos, construir ordenadores, conducir coches muy deprisa, inventar teorías sobre el origen del universo, escribir libros, hacer casas, correr los cien metros en menos de diez segundos...

Pao le preguntó a su padre si él podía escribir un libro o correr los cien metros en menos de diez segundos. Su padre le dijo que no. Pao dudó de su padre y le preguntó con seriedad: ¿Qué puedes hacer tú, entonces? Muchas cosas, por ejemplo pasear, soy el mejor del mundo dando paseos por la playa, pero no es necesario ser el número uno, es suficiente con que te guste. Pao sabía que pasear era difícil, casi todo el mundo prefería ir en coche, había que tener mucha voluntad para andar tanta distancia. Su padre siempre iba andando a todos sitios. Pero quizás andar no parecía una gran habilidad, no era en lo que él estaba pensando.

Así que Pao le preguntó otra mejor "¿Qué quieres hacer tú?. ¿Qué es lo que más te gusta?". No se, muchas cosas, por ejemplo quise tener un hijo preguntón como tú y charlar con él. La respuesta le gustó a Pao.

¿Cómo se consiguen las cosas difíciles? Le preguntó a su padre. Bueno, le respondió, primero debes desearlo mucho, no sólo con mucha intensidad sino también mucho tiempo. Luego debes trabajar, practicar y tener paciencia. Las habilidades se adquieren con la práctica, pero pasito a pasito. Para correr cien metros en menos de diez segundos, primero tienes que saber andar, luego que saber correr, tiene que gustarte desde pequeño, y debes entrenarte mucho, y quizás con suerte cuando seas mayor puedas hacerlo. Pero también puedes fracasar, de hecho fracasarás muchas veces antes de conseguirlo. Para escribir un libro, primero tienes que saber leer, después escribir y luego debes practicar mucho y escribir primero un copiado, luego un dictado, después un cuento corto y al final una novela, pero quizás no sea buena.

¿Tú crees que se puede estar en dos sitios a la vez?. Preguntó Pao, para no andarse con más rodeos. Su padre reflexionó. No se, es difícil, muy difícil. No conozco a nadie que pueda hacerlo, sin trucos quiero decir. Si un hombre sale en la tele y está en su casa al mismo tiempo se debe a que el programa es grabado. Conozco hombres que pueden escribir buenos libros y otros que pueden correr cien metros en menos de diez segundos, pero a nadie que pueda estar en dos sitios a la vez. Pero eso no significa que sea imposible.

El hombre ha conseguido ir a la luna, y eso parecía imposible hace algún tiempo. Hoy se hacen cosas "imposibles", es posible hacer complicadas operaciones a corazón abierto, se pueden clonar ovejas, existe internet, es posible volar, viajar al fondo del mar. No se, tal vez sea posible.

Quizas, añadió Pao, nadie lo haya intentado con la suficiente intensidad, nadie lo haya querido lo suficiente. Quizá, dijo su padre. Este es tal vez el primer recuerdo de Pao sobre su sueño.

Han pasado muchos años desde aquella conversación, y Pao no ha dejado de practicar en todo este tiempo. Primero decidió que tenía que estudiar mucho y correr muy deprisa, así que cultivó su mente y su cuerpo. Llegó a correr los cien metros en algo más de diez segundos y estudió Psicología.

Su gran actividad física le permitía hacer muchas cosas, pero siempre una detrás de otra, desde que se levantaba hasta que se acostaba, aunque con serenidad, dedicando a cada cosa su tiempo. Pensaba: si mido el presente en unidades, por ejemplo minutos, y llamo a este minuto "ahora", y hago dos cosas, una multiplicación y una suma en ese minuto, he hecho dos cosas ahora, a la vez. Pero esto era un truco, uno malo además.

Pao se interesó por lo que sí y no se podía hacer a la par. Era posible beber agua y pensar al mismo tiempo. Algunas cosas más difíciles no eran posibles al principio pero sí con la práctica. Por ejemplo, girar una mano sobre la barriga en la dirección de las agujas del reloj y la otra sobre el pelo en la dirección contraria; o girar un brazo hacia delante y el otro hacia detrás a la vez. Con mucha práctica, con meses de ejercicio, llegó a ser capaz de tocar una pieza de piano mientras recitaba un poema de Whitman, igual de bien que cuando hacía cada cosa por separado, lo demostró a sus amigos en una fiesta. Pero el éxito lo dejó triste, pues Pao sabía que esto no lo acercaba a la solución del misterio, aunque al menos se ligó a Manuela gracias a su exhibición, pero no a Antoñita. Siempre a medias.

El cuerpo y la mente pensó se pueden dissociar. ¿Puede mi cuerpo hacer algo mientras mi mente piensa otra cosa?. En el momento en que pensaba esto, Pao iba conduciendo su ciclomotor por la ciudad y se pegó una hostia de campeón de motociclismo. Mientras lo auxiliaban, pensó que al concentrarse en la pregunta se mareó ligeramente, fue como si la realidad se hubiese vuelto turbia y se cayó de la moto. Interesante. Mientras la enfermera le vendaba la pierna le vio las tetas, se enamoró de ella.

Tras mucha práctica y varios batacazos más, Pao fue capaz de conducir el ciclomotor y pensar en el dualismo cartesiano sin problemas. Eso sí, se le quedó en la cara una expresión ausente. Sus amigos se lo decían, Pao ya te has ido, estas pero no estas. Lo cual le hacía sentirse feliz, era un poco conseguir su sueño. Su novia la enfermera se cansó de decirselo y lo dejó. Para él, todo esto era un éxito relativo, es decir, un fracaso. La atención sólo puede estar en un sitio a la vez, pensaba Pao mientras su novia daba un

portazo. De hecho, Pao no se dio cuenta de que su novia lo había dejado hasta varios meses después, cuando se lo recordó un amigo. La cuestión es que si la atención está afuera, en lo que veo, no puede estar dentro, en la imaginación. Ver e imaginar. El ojo de la realidad y el de la mente. ¿Son el mismo ojo?. Tal vez no, supongo, pensaba Pao, que casi siempre van juntos, como los dos brazos, cuando tocas los tambores, marcan el mismo ritmo, pero con práctica cada mano puede tocar su propia música. Sacó los tambores de Marruecos y montó una fiesta en su piso, tocó toda la noche hasta que lo consiguió. Claro, pensaba a la mañana siguiente, mientras miraba la respiración de Antonia a la par que simulaba escuchar a su novio Juan, podemos mirar por el rabillo del ojo. Cuando juego al baloncesto, para engañar a mis oponentes finjo mirar a un sitio y lanzo la pelota a otro mientras vigilo por el rabillo del ojo a quien se acerca a mi por el lado. Es posible mirar a un sitio y estar en otro.

Así que Pao practicó y practicó. Al final era capaz de estar en la conversación y reírse en el momento adecuado, bueno quizás con un poquito de retraso, cuando alguien contaba un chiste, y al mismo tiempo pensar en sus cosas. Consiguió tener un ojo de la mente independiente de la visión. En el camino por "sus ausencias" perdió a algunos compañeros de facultad y tres novias más, aunque una no cuenta pues Pao le dijo sí sin oír lo que ella le preguntaba. Felicitó en un pésame a los dolientes. Metió gol en propia puerta. Lo detuvieron por meterse en la casa del piso de arriba en uno de sus despistes y no darse cuenta en todo el fin de semana.

Con el tiempo llegó a conseguir que su hemisferio cerebral izquierdo y el derecho funcionasen por separado, cada uno como un cerebro independiente. Cada hemisferio tiene un estilo mental distinto, es decir, analizan la realidad de modo diferente. El hemisferio derecho de Pao era un sentimental, algo depresivo, reservado y muy sentido. Mientras que su hemisferio izquierdo era un auténtico cabrón: dominante, mandón, charlatan, seductor y calculador. El Pao siniestro iba a la facultad a ligar y tener grandes tertulias en la cafetería de la facultad que es donde se aprende. Con su sonrisa eterna, su empeño en tener siempre razón y su frialdad ligaba mucho entre las niñas de primer curso y lo solicitaban como becario en todos los departamentos, con ese cinismo tenía futuro como profesor sin duda alguna. El Pao diestro aprovechaba las mañanas para hacer la compra, preparar la comida, limpiar la casa y resolver el papeleo y luego leía algo. Era tan ingenuo que lo mimaban las profesoras y le tomaban el pelo los amigos. El Pao siniestro se acostó con la chica que amaba el Pao diestro, con Antonia. Al día siguiente ella se lo tropezó en la cafetería, y él no le habló. Ella le dio una bofetada y lo llamó hijoputa. Así se enteró Pao Diestro de la traición. Desde entonces no se hablan. Pao Siniestro era un mandón, que no dejaba Pao Diestro desarrollar su sensibilidad musical y lo tenía sometido. Al no hablarse, a veces tenían problemas. Por ejemplo Pao contaba dos veces el mismo chiste en una reunión y quedaba fatal. Nunca se

sabía cual de los dos hemisferios tomaba el mando, a veces se alternaban y a veces ambos al mismo tiempo se contradecían. Antonia notó que Pao escribía unos días con la izquierda y otros con la derecha. Cuando escribía con la izquierda era dulce y se podía hablar con él, y cuando lo hacía con la izquierda acababa follándote.

Pao siguió practicando y llegó a ser capaz de separar sus cinco sentidos. La mayor parte de las personas miran al sitio donde escuchan un ruido. Hay sinergia entre los sentidos. Es verdad que también podemos orientar el oído sin mirar, pero con cierta dificultad. Sin embargo, lo de Pao era extraordinario, llegó a poder mirar a un sitio, escuchar perfectamente otra conversación, concentrarse en el olor de una mujer, sentir el tacto de la hoja de un buen libro y saborear el agua al mismo tiempo. Todo ello, por supuesto mientras leía el libro o pensaba.

Igual que hizo con su atención en la realidad, la que usamos para observar el mundo, es decir, con los cinco sentidos, consiguió hacer con su atención interna, la que usamos para la introspección. Dividió el ojo de la mente en múltiples memorias. Era capaz de leer, de recordar una anécdota, jugar al ajedrez y soñar despierto al mismo tiempo.

Con el tiempo aprendió a coordinar todas estas maneras de atender, aunque no sin problemas. Mientras hacía el amor, no debía observar sino hacer, pero se le activaba el ojo de la mente y se veía a sí mismo allí sin poder concentrarse y la chica se enfriaba y a él "el mundo" se le venía abajo. Cuando debía escuchar, como en clase, no podía estarse quieto como un niño hiperactivo y tan pronto se distraía con el zumbido de una mosca y la perseguía ensismismado por la clase, como se paraba a oler el perfume de una compañera como un mono, ante la perplejidad del profesor y de la chica.

Al fin aprendió a dejar su mente en blanco y dejar actuar el zombi que todos llevamos dentro. El zombi es nuestro sistema motor, se mueve rápido, detecta cosas pero no es muy listo, no tiene memoria del mundo por ejemplo, no sabe qué es qué. Pao lo descubrió en el bar de la facultad que es donde mejor investigación se hace. Estaba sentado sobre la mesa soltando uno de sus discursos de listo repelente cuando golpeó la cerveza, pero antes de que ésta cayese al suelo fue capaz de atraparla en el aire a una velocidad de vértigo, casi sin darse cuenta de lo que había pasado. ¡Qué reflejos! le dijo una nena de primero. Pao dilató sus pupilas de gato y le sonrió. A partir de ese momento empezó a sentir la fuerza como Lucke Skywalker, el héroe de la guerra de las galaxias. Mientras jugaba al tenis de mesa comprendió que la mano es más rápida que la mente. Era bueno jugando, en una broma su amigo cambió la pelota por un limón, y él concentrado como estaba en el juego, lo golpeó con la raqueta antes de darse cuenta. Comprobó su idea al día siguiente. Cada mañana, para ir a la facultad, recogía a su amigo manuel, que se estaba sacando el carnet de conducir, y lo dejaba llevar su Seat Ibiza hasta Psicología. Al verlo solía decirle ¡toma! y le arrojaba las

llaves. Esa mañana en su lugar le tiró un cigarrillo encendido y Manuel se quemó. ¡Perfecto! repetía Pao mientras Manuel lo llamaba cabrón y le decía, eres un mierda Pao. ¿Lo ves?, le respondió él, lo has cogido antes de darte cuenta, es maravilloso. Por lo tanto, la mente es lenta, cuando practicas deporte debes jugar con la mente en blanco para ser rápido. Cuando conduces a gran velocidad puedes esquivar un obstáculo imprevisto casi sin verlo, sin saber lo que es. Es ser como un animal, un depredador al acecho. La conducta es más rápida que la consciencia. Los felinos viven siempre en el presente y son felices. La niña de primero lo veía jugar al tenis de mesa y volvió a decir, Pao tiene más reflejos que un gato. Pao se volvió hacia ella como cuando alguien da un portazo, y la cogió sobre la mesa de ping-pong como un gato delante de sus compañeros. De este modo aprendió a entrar en flujo, a practicar técnicas de relajación y a meditar como los maestros tibetanos, para dejar la mente en blanco, lo que le permitía obtener una concentración en el juego y en la resolución de problemas asombrosa.

Pao era feliz, admirado por sus amigos, listo, bueno en los deportes, con una capacidad asombrosa para hacer dos cosas a la vez sin problemas, como conducir y hablar por el móvil o dejar que una chica te haga una fellatio, y siempre absorto en algo, siempre a lo suyo, con una sensación de plenitud difícil de explicar. Pero pronto surgieron algunos problemitas. El principal es que no había un solo Pao. El gran maestro de la atención, William James, decía que ésta determina el universo que una persona habita. Si durante toda tu vida atiendes a las plantas, sabrás mucho de botánica y flores pero poco de matemáticas o de mujeres. Si eliges seis o siete personas: un sacerdote católico, un biólogo, un político, un indio navajo, un budista, un psicólogo y un borracho. Y pones delante de estas personas un mismo objeto, cada una verá un objeto distinto. Por ejemplo si colocas una biblia del siglo pasado, el sacerdote verá el libro, el biólogo las termitas que se comen sus páginas, el político sacará una cita para uno de sus discursos, el indio verá un objeto sin identificar, el budista un objeto para la meditación, el borracho la oportunidad de venderla para comprar vino y el psicólogo pensará que si colocas este objeto delante de seis o siete personas cada una verá un objeto distinto. Viven en mundos distintos. Si atiendes a tu mujer y tus hijos serás un buen padre y esposo, de lo contrario no serás amoroso. Si atiendes al juego serás un jugador, si atiendes al vino un borracho, si a las formas de las mujeres serás un salido o un mujeriego. Dime donde miras y te diré quien eres. ¿A qué le dedicas tu pensamiento? eso eres tú. ¿Qué haces? eso eres tú. Pao tenía una atención múltiple, así que desarrolló personalidad múltiple. Para ello no debió sufrir ningún abuso sexual infantil como dicen los libros de Psicología, pues sus padres eran encantadores y le dieron una educación esmerada en lo afectivo y lo intelectual. Estaba el Pao sensorial, que se deleitaba con las formas, el olor y el tacto de las mujeres. Éste podía salir hasta con cinco mujeres a la par, con una por sus besos, con otra para sólo contemplarla, con aquella para olerla

con los ojos vendados... Una se enfadaba pues Pao sólo la miraba pero no la tocaba. La otra se enfadaba pues Pao sólo le metía mano pero no la besaba. Aquella también se enfadaba pues Pao no paraba de besarla pero no hablaba con ella. También tenemos al Pao deportista, quien era agresivo, rápido y sólo le importaba ganar. Unas chicas salían con uno y dejaban a otro. Uno de sus yoes amaba a una mujer por su inteligencia mientras que otro la despreciaba por su olor. El Pao deportista le dio una paliza al Pao espiritual por acostarse con su novia con el rollito calienta orejas. El Pao saboreador disfrutaba de una cuajada largamente, lamiéndola cucharadita a cucharadita. El Pao espiritual se comía cualquier cosa de un solo bocado sin saber ni lo que era. Un amigo regalo un vino Tinto Gran Reserva de la Rioja al Pao sensorial al que conocía tan bien, pero el regalo lo aceptó el Pao deportista como si le hubiesen regalado tinto para mezclar con gaseosa, el Pao sensorial estaba fuera de casa. Pao perdió un amigo. Las versiones de Pao se enviaron anónimos entre ellas, no se prestaban la ropa y se escribían cartas los que se llevaban bien entre sí.

Con la madurez, todos "los hermanos" como se llamaban entre sí, llegaron a ponerse de acuerdo par al cumplir 40 años combinar sus habilidades para dar el atraco perfecto. El robo al Banco Espirito Santo en Roma. La policía esturía de acuerdo en algo, no podía ser obra de un solo hombre. El trabajito requería al menos de un equipo de diez personas. Auténticos profesionales altamente especializados. Al menos un hombre de gran habilidad física para entrar y salir del edificio, otro de grandes conocimientos informáticos, alguien de dentro con conexiones en la iglesia, un observador en el exterior... La interpol investigaría el caso, con la colaboración de los carabinieri, la guardia civil y la CIA entre otras agencias. Llegaran a la conclusión de que Pao está implicado. Pero no tendrá antecedentes y además tendrá una coartada perfecta, estaba en otro país cuando ocurrieron los hechos, en una fiesta benéfica con una multitud de testigos que certificarían su presencia.

Pao piensa vivir más de cien años, en realidad morir diez veces al menos, en sitios y fechas distintas, tras viajar por todo el mundo y amar a muchas mujeres cada uno de los hermanos. Tener cien hijos. Pero el plan antes del atraco, las 10 muertes y los 100 hijos era olvidarse el uno del otro, que tu mano izquierda no sepa lo que hace la derecha.

4. Sinestesia.

Con la testosterona cambió mi carácter. Como soy inteligente pronto comprendí que siendo buenecito no me comería una rosca, pero siendo un poco hideputa, todo era posible. Lo que más añoro de esta época es el deseo, una presencia fuerte que me guiaba. La adolescencia y la juventud fueron confusas. No estoy seguro de si mis recuerdos son míos o son de

otros, de si fui uno o muchos. Recuerdo que todo empezó con los colores, era un juego poner colores y números a la gente, a los coches en la carretera, a todo. Ese es un tres, aquella un 8.5, este es rojo, aquel verde. Al principio dibujaba el número en el aire, como si fuera una pizarra mental, haciendo el gesto con mi mano dominante, la zurda. Practiqué tanto que llegó un momento que no pude evitarlo, cada vez que conocía a alguien nuevo, inmediatamente se formaba en mi mente un número y un color. El número me daba su valor y el color su valencia. Me gusta la gente roja y de 7 para arriba. No soporto a la gente verde y con menos de 5 puntos. Entre 4 y 7 son azules o marrones y muy poco interesantes. No lo podía evitar. Yo no elegía su color o su número, se imponían a mí, pero determinaban por completo mis juicios y mi afecto. Sólo me acuerdo con chicas rojas por encima de ocho. Sólo soy amigo de gente al menos azul y por encima de cinco. Para mí, con el deseo apareció en mi mente una línea mental numérica. Cada número tenía un color. El 3 es amarillo, el 5 es azul. El 9 es rojo. Los números menores del cinco son siniestros. Los números mayores son diestros. No me gustaba la gente cuyo color mental y su número no coincidían, no eran coherentes. No soporto a una persona azul con un número 8 o a alguien rojo con un número 3. Mi propia percepción era variable, según los días, mis números subían o bajaban y mis colores variaban. Me levantaba, me miraba la espejo y me decía hoy estoy marrón, va a ser un día de mierda. O estoy violeta, tengo un 8 (la nota dependía de la cantidad de rojo de cada matiz), esta noche a ligar. Afortunadamente guardo diarios de aquel tiempo que me hacen de memoria. De memorias debería decir, pues son varios cuadernos y parecen escritos por personas distintas, tal vez según el número y color de cada día. Ya no se si son míos o le robe el alma a alguien. No me identifico mucho con ellos, pero si recuerdo algunas anécdotas y me gusta hojearlos las tardes tristes. Ahora se que en aquella época yo era un habitante de la tierra invertida. Tal vez todos los adolescentes lo son. La tierra invertida es un juego mental. Imagina un planeta paralelo al nuestro pero con los colores oponentes, el cielo amarillo y la sangre verde. En la tierra mirar al cielo tranquiliza, ver brotar la sangre excita. ¿Pero como sería un ser humano de la tierra invertida? ¿Se excitaría ante el cielo y se tranquilizaría ante la sangre? Si los colores son un mero adorno, un artificio sin valor funcional, los habitantes de la tierra y de la tierra invertida serían indistinguibles por su conducta. Pero si los colores son la esencia de nuestra experiencia subjetiva, los determinantes de nuestros afectos y excitaciones, entonces los habitantes de la tierra invertida son marcianos. Yo era un habitante de la tierra invertida en el planeta tierra. Me gustaba la sangre, me excitaba contemplar el cielo, me activaban, me gustaban los colores fuertes, marcaban cada acto, cada pulsación, cada afecto, cada reacción. Comía colores y números, los amaba. Me preguntaba si el universo era regular, lógico o matemático o si era pura incertidumbre y mi cerebro supo encontrarle una lógica un orden con los colores y los números. Nadie se enfrentaba más rápido que yo al azar, a la novedad.

Supe que era el dueño de un secreto, de un secreto importante. Entendí que los colores no estaban en el mundo sino en el cerebro, pero que este era quien daba color al mundo indiferente, quien le daba sentido. Si yo muero, muere el color del mundo. El cielo ya nunca más sería azul o amarillo, la sangre no sería roja o verde. Un espíritu destructivo se apoderó de mí. Yo quería, literalmente tener razón, comerme el color, que todo fuera para mí, según mi modo de ver el mundo. Me dolía imaginar un mundo sin colores, un cielo inmenso pero sin azul, unos árboles altos y frondosos sin verde. Un mundo sin mi, cuya mirada le daba sentido (numérico) y color era impensable.

Cuaderno rojo

Cada tres meses cambio de coche, y cada día cambio el color del coche. Tengo ahora un Peugeot 306. Desde hace semanas, en la gasolinera, por un módico precio, 18 euros, una maquina monstruosa parecida a las del lavado automático, te pinta el coche en un santiamén. Hoy día cambiar su apariencia es tan fácil como mudar la cubierta de un móvil. Lo mismo hago con mi cabello, cada día me lo tiño de un color. En general intento que ambos vayan a juego, mi pelo y mi coche. Hoy llevo ambos de color rojo. Visto un jersey negro de cuello alto con mangas de punto ingles, de Massimo Dutti. Chaqueta de cuero negro, unos jeans lavados con una ligera campana, y unos zapatos negros con talón gris y cordones color crema, con calcetines de talón gris y el resto negros a juego con los zapatos; igual que mis boxers de seda con la huevera gris y el resto negro como la ajustada camiseta. Es el nuevo estilo de ropa casual para jóvenes directivos.

He disfrutado con el aseo de la mañana. Siempre sigo con cuidada devoción el ritual de asearme y vestirme. Tardo unas dos horas. En realidad, le dedico el tiempo que haga falta para salir guapo a la calle. Al escenario. Me tomo mi pastillita contra la caída del cabello. Me doy un afeitado con un apurado perfecto. Me depilo las cejas. Me aplico una crema para después del afeitado, suave y perfumada, sólo un pelín, con un toque del perfume 212 de Carolina Herrera para hombre. Cada dos semanas acudo al peluquero para que la media melena rizada y negra permanezca brillante, con volumen y con un estudiado desorden de sus rizos. Me aplico el spray para el aliento de hierro, la maldita acidez. Me perfilo los labios con una barra de cacao, para humedecerlos, deben estar siempre dispuestos a un beso. Me cepillo los dientes con energía, me limpio las orejas con delicadeza y me aplico una crema limpiadora cada noche, odio los puntitos negros en la nariz. Me encanta quemarme en la ducha, es como oír música clásica, lo que suelo hacer al mismo tiempo. Me froto con energía las axilas y los genitales, listos siempre para un encuentro. Me aplico un desodorante en barra, limo mis uñas perfectas y me aplico una leche hidratante en la piel. Me encanta tener la piel suave como un bebe. Estoy depilado por completo. Corrijo la posición de mi espalda, para parecer más corpulento y seguro de mi. Hoy es un bonito día rojo y yo soy un ocho. A veces, si tengo clientas, me masturbo

antes de salir, me ayuda a parecer inofensivo. Me espolvoreo algo de magnesio en las manos, para transmitir confianza en el apretón de saludo a los maridos. Me mantengo en forma con mi tabla de ejercicios matutinos antes del aseo. Me pongo la sonrisa y la mirada franca. Me digo ante el espejo: soy un tipo interesante, tengo personalidad. Estoy seguro de mi. Soy un genio.

Luego he leído mi libro. En la empresa cada hombre tiene un libro. El mío es un diario, con un pensamiento para cada día, de origen indio-bulgaro, del maestro Omraan, que debe regir mi conducta. Mi vida es la imitación-interpretación del libro. Hoy toca la pagina 342 del volumen 32. Es el único volumen de papel que queda en casa, estoy pensando en escanearlo y llevarlo en mi computador de bolsillo. El texto para hoy dice así: "Debéis mantener siempre el pensamiento despierto, vigilante, a fin de distinguir los peligros que os amenazan y evitarlos. El que no vigila, el que cierra los ojos, está continuamente expuesto. Un hombre dormido... ¿está tan claro que cualquiera o cualquier cosa puede sorprenderlo! No hay nada peor que vivir con los ojos cerrados..."

Soy agente de seguros. Es mi primer trabajo. Los seguros son el negocio más seguro del país, hoy día. Claro. Siempre me han parecido una tomadura de pelo, del tipo como hacerse millonario vendiendo un libro para hacerse millonario. Se basan en el miedo, y este siempre se renueva como dice el jefe. Es un negocio inagotable, incluso más que las funerarias. El hombre quizás llegue a ser inmortal, pero nunca dejará de tener miedo, lo dice el jefe. La lista de miedos es interminable: Miedo a volar en avión, miedo a la muerte, miedo a la altura, miedo al paro, miedo a las enfermedades de transmisión sexual, miedo a amar, miedo a la libertad, miedo a la hipoteca, a salir de noche, a subir en ascensor, miedo a perder la pareja, al terrorismo, miedo al miedo, a la soledad, ansiedad generalizada, temores difusos, inseguridad vital... todos ellos avalados con las correspondientes estadísticas y estudios, presentados diariamente en el teletexto y los informativos, sobre la creciente enfermedad del miedo. Titulares del tipo: los accidentes mortales en el trabajo crecieron un 13 % de Enero a Julio. Las muertes por tabaquismo aumentan un 16 % en seis años. Hemos comprobado que la cifra 16 % es el máximo aumento creíble para el público, y la que más alarma genera. Al público no le gustan las malas noticias con números redondos, y deben creer que el crecimiento no es un caos que va a barrer sus vidas, sino moderado pero preocupante. El juego del azar y la predictibilidad, de la verdad y la mentira.

Hoy tengo varias entrevistas. La primera con un economista de 39 años que teme ser víctima de un asalto, y aunque tiene microcámaras y detectores en toda la casa, nunca le parecen suficientes y siempre desea invertir mas. El perfecto cliente. Su casa es un bunker. Además tiene blindados sus seguros, esto es, tiene un seguro para proteger a cada uno de sus seguros fundamentales. Le calculo unos cien. Seguro de ruptura matrimonial,

cobertura de fracaso sexual, de maltrato conyugal físico y psicológico, de desempleo, de vida, de hogar, plan de jubilación, de coche, de moto, de protección de las vacaciones, de accidente laboral, de pérdida del juicio, de pérdida del perro, de muerte del hijo, de cáncer de pulmón por fumar... Todo tiene su precio. La detención ilícita, la equivocación judicial, el asesinato, el embargo erróneo, el crimen terrorista, el accidente de tráfico, el despido laboral, la infidelidad... Desgraciados. Lo vendo todo, lo compenso todo, lo soluciono todo, me lo follo todo. Ese soy yo. Vendemos apariencia de seguridad, tranquilidad de conciencia. Aunque nuestra intervención es más paliativa que preventiva, lo contamos al revés. Lo cierto es que damos nada a cambio de mucho dinero. Es el negocio perfecto. La fortuna ayuda a los audaces, lo dice el jefe, en latín (Fortuna audaces iuvat).

Miercoles, 21 de Diciembre.

Las palabras del maestro: "¿Qué sucede cuando miráis un objeto, un rostro, un paisaje? No lo sabéis, porque nunca habéis reflexionado en lo que significa la mirada...Nada hay más vasto, más profundo, más significativo, que el acto de mirar...Parece sencillo, sin misterio, pero estudiadlo, descifradlo, y descubriréis que es un acto de la más alta magia. Cuando miráis un objeto, sabed que este representa un peligro, o una dicha, que os acecha..."

Pero yo conocía el secreto. La mirada me daba la clave: el número y el color. Por eso las enfermeras de quirófano son tan promiscuas y siempre andan liadas con el cirujano. Se entienden con la mirada. Obedecen, atienden, son cómplices, salvan vidas, sólo con el gesto de la mirada. Es la división de papeles que vuelve loca a la mujer. Seducidas por el jefe seguro de sí. Nada es más excitante que cubrir el cuerpo y descubrir la mirada, entonces el cuerpo se estremece. Por eso perdimos el juicio contra la otra empresa. Recibimos la indicación expresa de no mirar al jurado popular directamente a los ojos. Eso les hizo pensar que éramos culpables, lo que por otro lado era cierto, pero el jefe equivocó la estrategia. Quería transmitir seguridad y seriedad y la cagó. Somos guapos, tenemos ojos grandes, las personas son primitivas, dan prioridad a las emociones. Se lo dije una vez, pero no insistí. Es peligroso tener iniciativa. Podrían considerarme peligroso.

Soy un joven directivo, un poco egocéntrico es verdad, ambicioso pero con todo bajo control; además no engaño a nadie, me creo más listo que la media, pero tampoco pretendo hacerlo muy evidente. Soy amigo de la buena mesa, con una gran credibilidad en la empresa. Hago la pelota hacia arriba y soy cariñoso hacia abajo. Por las mañanas, nada más llegar a la oficina el jefe y yo tenemos un juego de ingenio: él dice un refrán y lo le respondo con otro contradictorio, por ejemplo él dice "A quien madruga Dios le ayuda" y yo replico "No por mucho madrugar amanece más temprano". El primer día es sencillo, pero cuando llevas un año jugando a diario hay que exprimir el cerebro. Es un buen tipo el jefe, se aprende con él. Tiene pinta de viejo

venerable con algo de diabólico, son sus cejas grises y despeinadas, siempre en punta. A veces tiene confidencias conmigo. Siempre cita a Sócrates, Aristóteles o cualquier otro pervertido. Un día me dice: Según Sócrates unos pocos hombres son de oro, los gobernantes. Otros de plata, los ayudantes, y los más de bronce. Supongo que él es el rey de oro, yo soy la espada de plata y los clientes ponen las monedas de bronce. Es su manera bonita de contarme su fe en las elites. Aunque, sobre todo, él tiene fe en los números, son la verdad objetiva. Por eso se pasa horas ante el teletexto observando las subidas y bajadas de las columnitas de la bolsa. Entonces si que veo sus emociones, se vuelve maniacodepresivo, según suba o baje la altura de la columna. Hasta se resiente de su columna vertebral de cristal o estornuda y se vuelve más hipocondriaco. Otro día, sin embargo, me confesó que Socrates sabía que mentía, y me preguntó si tenía novia ya.

Mi novia es una clienta. Me dijo que tras mi primera visita profesional se tuvo que meter en el baño a meterse los dedos, aún no tengo claro dónde. Me encanta no saberlo. Ella es como un tío. Se excita o se encabrona con solo mirarla. Me gusta así. Le encanta bailar, conmigo o sin mí. No me hace compañía alguna, sentimental quiero decir, pero lo prefiero así. No espero nada de ella. Me río cuando estudio en el periódico la sección de contactos. Todas las mujeres mayores de treinta buscan hombres de un mismo tipo, el patrón sería: guapo, amable, interesante, simpático, empresario, romántico y que le guste hablar. Así finjo ser yo. Siempre me pregunto qué ofrecen ellas además de pedir. Siempre piden lo que no dan. Ya deberían saber que todo eso no cabe en un solo tío. Fue una coincidencia, que fuese clienta mía, pero así pude ver por segunda vez a mi novia. Me gustó saber que era una inmadura perezosa desde el primer vistazo. Así que soy feliz con mi novia imbécil, ella no me hace sentir vacío alguno en el estomago. Se que yo debo resolverlo todo y estar al mando. A cambio no siento celos, no me siento más solo sin ella que con ella.

Si algo he aprendido en la empresa es que la debilidad mueve el mundo. La debilidad es el tejido de la sociedad. Si halagas la pereza, la cobardía, la mezquindad, la ambición, tu negocio funcionará. Todo el mundo vende lo que no posee. Acudes al psicólogo por problemas de pareja y es divorciado. Al dermatólogo por la caída del cabello y es calvo. Al amigo filósofo en busca de consejo y descubres que predica lo que no hace. Hace tiempo que aprendí que las personas siempre hacen lo contrario de lo que dicen. Si tu novia te dice te seré fiel es que no lo será, sobre todo si formula la frase de manera negativa: yo no te he sido infiel. Si alguien te dice te respeto es que te desprecia, sobre todo, si te dice: yo no te he faltado al respeto. Desconfía de las frases negativas, siempre llevan a su afirmativa. Sólo importa lo que las personas hacen, no lo que dicen. Para vender lo mejor es parecer amable y ser un cabrón. Nos pagan viajes a latino América, a Colombia, a Cuba, a Brasil, para aprender a ser dulzones. Lo llamamos la estrategia "Ojos de

Panda". A ser cabrones ya nos enseñan en Madrid, Munich y Londres. A veces discrepo con el jefe, a él le parece que los negocios están bien para España si gustan a los alemanes y molestan a los italianos, y a mi me parece al revés. No quiero parecerme a un ordenador. Pero, volviendo a mi novia actual, me gusta: es debilidad por todas partes. Para Navidad le regalaré una talla mayor de tetas, que es su máximo deseo. Le encanta coquetear. Por cierto, el oso Panda es peligroso, el lobo solitario no. Sin embargo, la cara de niño del oso nos seduce y preferiríamos quedarnos a solas con él, con verdadero riesgo de muerte, antes que con el inofensivo lobo con cara de malo. Estamos hechos para el engaño, para la seducción. Pero para una clase simple de esta. Así que aprendí a no fiarme de la cara de nadie. Menos de una cara bonita. El jefe dice que estamos diseñados para autoengañarnos. Yo prefiero engañar a otros antes que me engañen a mi.

En una ocasión despedí a quince mujeres de la empresa a la vez. Las reuní, hice que una tercera persona les contase mis problemas judiciales, y les di una bonita carta a cada una donde me mostraba melancólico y lamentaba lo ocurrido, sobre todo la pérdida de mis ilusiones por la maldad de la política insensible. Incluso conseguí que trabajaran todas quince días más sin contrato, con la excusa de que tal vez al menos a la mitad conseguiría salvar del despido. A las mujeres les encantan las cartas. Las tenía explotadas. Las despedí a todas sin contemplaciones, excepto a una. Conseguí que celaran entre ellas y odiasen a una que les propuso denunciarme a los sindicatos. No se atrevieron. Tenían esperanzas. La chica alborotadora me denunció. Escribió una carta a los periódicos y me llamo hijoputa en mi cara. Por supuesto la carta nunca se publicó. Tenemos mucha publicidad en el periódico. El jefe me dijo que despidiese a ésta y readmitiese a las otras con sueldos inferiores y recicladas en labores menores. Pero a mí me gusta la gente con iniciativa. Le ofrecí ascender, a la chica peleona. Yo también tengo mi corazón. Las otras se fueron felices, con una lagrimita y diciendo que soy buena persona yo y una puta la luchadora gordita. Siempre fui amable con ellas y jamás hice nada por ellas. Es una regla de oro. Te adoran. El jefe me dijo, nunca hagas un favor a nadie, te odiará.

Otra gran lección de la compañía es que los adultos no cambian. Si un tipo es imbécil y lo engañas una vez, puedes volver a intentarlo tras hacerte su amigo por un tiempo, volverá a picar. Nadie aprende nada pasados los veinticinco años. Lo hice con Juan de Dios y con Angel Custodio, entre otros. Todos pican en lo de venderles duros a cuatro pesetas. Siempre están dispuestos a perder un poco para obtener mucho. Es el mecanismo de la lotería y funciona.

Por supuesto, la pena y los remordimientos son sentimientos prohibidos. Se empieza teniendo pena por las miserias de los demás y se acaba teniendo pena por uno mismo. No merece la pena. Aunque una vez sentí algo de pena por un joven tímido al que golpeé al dar marcha atrás con mi

Rober deportivo cuando él estaba parado. El chico estaba nervioso. Lo tranquilice, firmamos el parte amistoso, en realidad tomé la responsabilidad en mis manos y rellené mi parte y la suya: puse que me había golpeado por detrás. Lo puse tan mal, que si lo hubiese hecho le hubiese roto la cara, de modo que me enfadé y casi le di un tortazo antes de irme.

La gran lección, sin embargo es esta. La vida es simple. Ve a tu bola y aplica a cualquier persona la siguiente regla, de cada tres interacciones jódela dos veces y se amable una vez, a ser posible la del medio al principio, luego cambia el orden al azar. No importa la circunstancia. Lo llaman refuerzo parcial. Funciona de maravilla, sobre todo con las mujeres. Si eres amable las tres veces serás un idiota. Si eres amable dos veces y jodes una, ella te creará un hombre bueno y fuerte; si la jodes las tres veces eres un cabrón y si aplicas la regla eres un canalla interesante e irresistible. No das nada y te bailan alrededor. Ella alrededor de tí y el buen pelele alrededor de ella. Puedes elegir entre ser bueno y fuerte o canalla irresistible, las otras opciones son para sádicos o masoquistas.

Tú no le regalas nada en el cumpleaños, pero te acuerdas y le preguntas que quiere y le ofreces dinero para que se lo compre una semana más tarde. Ella te comprará un regalo magnifico a tí. Si tu le compras un regalo magnifico a ella, ella no te regalará nada a tí o un cinturón, unas zapatillas a algo así. También funciona la regla con los tíos. Jamás he escuchado nada bueno de los hombres a los que aman las mujeres de verdad, salvo calificativos abstractos como interesante, irresistible, viril, atractivo. Pero no relatan acciones concretas que muestren a un gran tipo por ninguna parte. En realidad nunca hicieron nada por ellas. Esta es la regla. Pero si escuchas que el tío es buena persona, un buen padre, un marido atento puedes tener la seguridad de que su mujer lo tolera pero no lo ama. No temo a la debilidad de mi novia, se manejarla para que me ame como una idiota. Algún día le ofreceré una boda cateta, donde un charlatán dirá palabras sencillas ante un altar de oro y ella será feliz. Me ha costado tiempo entender las palabras del jefe, cuando se refirió a un viejo directivo que acabó mal. El jefe dijo: amaba a su mujer el muy idiota. Cuando oí esto, me pareció extraño. Acababa de ingresar, a los quince años en la empresa. Yo pensaba que amar a tu mujer era lo deseable. Hoy día entiendo al jefe, después de haber conocido a las mujeres y a los hombres, se que lo normal es que no se amen, sino que se aburran juntos. El problema es que el viejo hombre me gustaba.

Es una mera cuestión de poder. ¿Quién manda? Los seres humanos son como el gas, tienden a ocupar todo el espacio disponible. Es fundamental, marcar límites, poner reglas, según el jefe. El que ama no manda. Las reglas de funcionamiento básicas son: la gente valora lo que cuesta trabajo, así que nunca digas sí a nadie a la primera. Putea y hazlos sufrir y te estarán eternamente agradecidos. La frustración aderezada con éxitos parciales crea placer. Si das y niegas cambiándole el pie con frecuencia al otro, será tu esclavo. Cuando alguien es tu esclavo, no importa que descubra lo que tú

seas, un monstruo o una puta, no dejará de amarte, aunque no sepa por qué. Abandona tu primero. El placer se agota, el dolor del abandono nunca. Crea adictos, a lo que sea, es la tendencia natural humana, engancharse a algo: drogas, personas, credos, juegos...

Hasta ayer yo era una joven promesa. Perfectamente vestida. Un perfecto y elegante nuevo hombre de empresa. Un bello cabrón. Sin embargo, me temo que ya estoy acabado. Mi manera de actuar en el despido de las chicas no gustó, pero lo peor vino por mi borrachera, lo pude ver en los ojos de mi rival y en la ausencia del jefe en mi fiesta de cumpleaños el 25 de Diciembre. Por una estupidez: fui sincero. Y quede fuera de la jerarquía dominante en la empresa. Demasiado individualista, dicen los rumores. Noto el vacío a mi alrededor desde entonces. Todo es correcto pero ya nunca ascenderé más. Sólo soy un jefe local. Competente, muy competente, pero con ideas propias y sin pelos en la lengua desde entonces. La falta de atención, las lagunas de información, está claro que me han dejado de lado. Sólo hable una puta vez, en la cena de Navidad de la empresa, tres días antes de mi cumple, y la cagué, como un principiante, yo que era el mejor de todos los cabrones.

Fuimos a la cena de Navidad como siempre. Salimos de la reunión urgente de última hora de la sede, y seguimos al jefe cada uno en su propio gran coche, BMW, Golfs, Rober... Todos tras el gran jefe en fila india, formando una caravana, aunque todos sabíamos donde era la cena y cabíamos perfectamente en un par de coches. Luego en el restaurante jugamos al juego de la sillita para sentarnos en torno a la mesa redonda. Unos dando vueltas para caer junto al viejo rey, otros corriendo para no caer frente al pelmazo o al don nadie. Yo siempre me siento el primero. Así que los Don Nadies siempre se sentaban en torno a mi. Siempre tuve la rara habilidad de atraerlos o ellos a mi. Como Raimundo, el último mono, al que llamábamos Reydelmundo. El jefe con frecuencia ni lo saludaba. Los otros ni lo veían. Se sentaba junto a mi e intentaba monopolizarme con su aburrida conversación, pues no soportaba la tensión del silencio. Yo le sonreía a veces, por lo demás, no le hacía más caso. El último en sentarse siempre se quedaba sin silla, era el pelota que mariposeaba hasta el último momento para pillar una junto al jefe. La comida consistía en pimientos rojos rellenos de bacalao y gula de primero y en pata de cordero a la pimienta verde de segundo, todo regado con buen vino muy rojo. Sangre y carne, para omnívoros como nosotros.

Todo empezó bien, con bromas y chistes de empresa, como el del jefe que le da por el culo a su empleado, y este le dice: perdone jefe que le de la espalda. Siempre me han aburrido los chistes. Todos rieron, pero al gran jefe de la fundación no le gustó, tampoco le gusta oír la verdad. No quiere ni oír mis frases favoritas del tipo "todo es mentira así que inventemos". El cree en la Justicia, la Democracia, el Amor, la Ciencia y todas esas palabras platónicas escritas en mayúsculas, pero sin ninguna relación con el

comportamiento de jueces, políticos o amantes. La ciencia, por ejemplo, sólo sirve para justificar prejuicios a priori bajo la falsa apariencia de objetividad. Los números son mentiras, experiencias subjetivas. El Jefe ama lo cuantitativo pero yo prefiero lo cualitativo. Por eso nuestro negocio pone precio a todo. No hay nada que no este tasado. Yo le digo en broma que tanta obsesión por lo cuantitativo sólo lleva a preocuparse del tamaño: de la polla, del cerebro, de la cartera. Sin embargo, el gran jefe no soporta oír que no hay ética y mantiene que hay cosas que no tienen precio como la vida humana. El gran capo hipócrita. Mi error fue que viole la regla básica: actúa como un tiburón y habla como un hombre de fe.

Así que se que voy a perder el proceso de selección a nuevo subdirector, en favor de un tipo mediocre, que jamás cuestiona las ordenes y pone siempre buena cara. Un tipo la mitad de listo que yo, tiene hasta faltas de ortografía. En realidad son celos, debo admitir que tiene la poca inteligencia necesaria para no ser un bocazas. El perfecto hijo imbécil, que continuará la obra del gran padre sin rechistar. Un conjunto de mequetrefes se han aliado contra mi. Un caso claro de acoso laboral indemostrable. Pusieron en marcha rumores horribles sobre mi pasado, mi ambición desmedida y mis medios para conseguir las cosas. Como si yo no fuese un tipo claro que llama al pan-pan y al vino-vino, aunque sin dramatismos, sabiendo elegir el momento, no soy un compadre. El gran capo temió elegirme, no se fuesen a sublevar, a mi que era el delfín, el mejor. Le tembló el pulso al muy cagado. No quería alborotos. Pero los alborotadores fueron ellos, un grupo de débiles dirigidos al acoso de un hombre mas fuerte, con el que nunca se atreverían cara a cara, de uno en uno. Nunca he dorado la píldora a nadie descaradamente, me da asco. Mis resultados eran los mejores. Somos embaucadores, bien, pues seamos los mejores, dije. No importa, estoy acostumbrado a ello, siempre ganan los cobardes. Platón se equivocaba, no hay formas y es posible que entre criminales no haya ni la más mínima decencia para confiar unos en los otros. Absoluta falta de honradez. Yo era el más honesto de todos a fin de cuentas. Un bocazas, por una sola vez, un solo día, el día de Navidad y la cagué.

Para mi desgracia cometí un solo error. Fue tras la cena de navidad, en las copas. Hace algunos meses, antes de los cambios de color de pelo y coche, hice una gran contribución a la agencia, lo que me deparaba un gran futuro en ella. Mi proyección terminó al desvelar mi idea. Yo la usaba y me iba bien, pero cometí el error de formularla. Estaba un poco bebido. Con un puntito pasado y mi exaltación de la amistad me llevo al barranco. El puntito como las feromonas son un arte difícil. Enseguida te pasas y hueles mal o estas beodo. Pasas de la lucidez máxima a la "tartamudez". O no llegas y es demasiado higienico, demasiado impersonal, tan poco desinhibido, tan poco sexual. A las comidas les pasa igual, es difícil manejar las especias en general. No te digo nada con la eyaculación, cada caso es diferente. A veces un polvete de medio minuto es tan sabroso y uno largo, de cinco minutos, tan

aburrido. No sólo para nosotros también para ellas, todo depende del peligro. Me encanta follar en los ascensores, en todo lo que sube en realidad, las mecedoras también me gustan mucho, sobre todo de teca. Una vez deje preñada a una chica con el suave balanceo. Le dije que el hijo no era mío sino del carpintero-artista. Bueno, me desvíó del asunto principal.

El caso es que es una ironía que haya caído en mi propia trampa. Sólo quería confraternizar. El viejo me dijo que para ser el elegido me faltaba un poco más de mano izquierda con mis iguales, se refería a mi rival. Así que intenté intimar con él con la copa de coñac en la mano tras los postres. El viejo cabrón alimentó mi debilidad, tal vez para probarme, y yo caí en la trampa, como un cliente tonto. Dije, si tuviera que destacar un rasgo de la humanidad, de interés primordial para las compañías de seguros, ese es la resistencia al cambio. El cambio da pereza, da miedo. Yo estoy entrenado en el cambio. Siempre estoy de obras en casa, cambiando los muebles de sitio, quitando o poniendo la chimenea, ampliando la cocina... He tenido más de cincuenta novias dije exagerando, tantos coches al menos, y cada dos años o así cambio de sección en la empresa y de ciudad. Viajar por el mundo es para mí como ir de un pueblo al de al lado. Me encanta ir por la autovía en movimiento y dejar al lado a un pueblo quieto. En cualquier país estoy a gusto, y no tengo más constantes que las vitales. Bien, sin embargo, el hombre medio es de su casa, su familia, su trabajo, su pueblo, su verdad. Todo fijado.

Dime, por ejemplo, ¿qué ocurriría si la sociedad descubriese que los doctores son en verdad auténticos matasanos? Yo los he visto celebrar con champán la muerte en urgencias, con champán pagado por el de la funeraria por hacerles el papeleo gratis, mientras los dolientes se tiraban del pelo en la habitación de al lado. Si se supiera que ningún medicamento supera el efecto placebo y que en realidad ni han sido testados. Si se supiera, con evidencias, que los policías en realidad son pistoleros y los políticos ladrones, que van a su interés particular y a corto plazo pero nunca al interés general a largo plazo... ¿Qué cambiaría? Nada es la respuesta. Esto es sabido de todos en términos vagos. Usamos expresiones como corrupción, tráfico de influencias, ausencias de controles, de protección de la infancia, abusos de todo tipo... Cosas del pueblo que nunca es revolucionario y que no desea cambiar nada, sólo quejarse y embromar.

Todo lo anterior es evidente pero no hay pruebas concretas. Sólo sospechas certeras. El crimen debe ser evidente, la sospecha directa, pero debe haber ausencia de pruebas. Esta es la clave. Si alguien denuncia, la sociedad matará al mensajero antes que creerle, antes que permitir la alteración de un orden, de una rutina, de una inercia. Es más barato. El cambio cuesta demasiado trabajo, sospechar consuela, saber no, obliga al cambio. Por esta razón soy un cabrón y no un revolucionario. La cagué. Me di cuenta. Decidí que ya no había marcha atrás.

Recuerdo mi primera novia. Era contradictoria, como todos. Tenía un trabajo fijo, me mantenía, vivíamos en su piso, pero con veinte años no fumaba delante del padre. En la casa paterna del pueblo, como una cría, me pasaba el cigarro alterada, casi aterrorizada, cuando se acercaba el padre al salón. Ella disimulaba, y el papi suponía que el fumador era yo. ¡Ah!, el delicioso masoquismo femenino. Siempre tan cerca el placer y el dolor en ellas. En la casa paterna dormíamos en casa separadas. El padre nunca le había pegado, sólo era la autoridad. El padre sabía que yo compartía piso con ella en la ciudad. ¿Pensaba quizás que dormíamos en camas separadas? ¿Era tonto? No, sabía pero no tenía la evidencia. No quería saber. Si me pilla en la cama con su hija me parte la cara. Pero así lo podía ignorar. No le gustaba yo, ponía caras de desagrado por tener un gandul por yerno pero no se enfrentaba al problema, al fin y al cabo la hija era un asunto menor. Dios mío, que margen de maniobra tan espléndido, pensé, la ambigüedad entre la acción propia y la consciencia de los otros. Hacer y confesar lo contrario, con el amparo de la duda, de lo que nadie quiere saber. Si la sociedad entera se fundamenta en esta idea, en su origen los policías serían pistoleros y el gobierno puerca mafia y los médicos asesinos sin escrúpulos, estranguladores y degolladores de ovejas. Los pasteleros amargan la existencia, los guardias urbanos generan caos en el tráfico...El mundo al revés. El planeta deformado, invertido, eternamente igual, bocaarriba o bocabajo.

¿Han cambiado? No, esto es lo interesante, hoy día siguen siendo sociedades secretas, encubiertas tras siglos de buena prensa. Son logias. Sus nombres, sus títulos, representan lo contrario de lo que son. Los nobles son hijos de padres desconocidos, los religiosos apóstoles del mal. Es la teoría del doctor matasanos o de "mata y sonrío con ternura". La sociedad sólo es confusión. Tanto que la consciencia no sabe lo que hace el cuerpo. Son racistas inconscientes. Haz una cosa y di lo contrario. El papel de los medios no consiste en informar sino en alimentar la confusión. Cuanta más información más confusión. Todas las contradicciones caben. Un crimen no sale impune si se oculta. Los secretos sólo pueden ser pocos. La solución no es tapar, sino desvelar todo. Es necesario multiplicarlos y darlos a conocer pero disfrazados. El papel de la televisión no es educar ni distraer sino formar opinión, contradictoria a ser posible. Todas las portadas de todos los periódicos del mundo son sospechosamente iguales. El papel de la escuela no es educar en la salud, ni en la verdad ni en la felicidad. Es joder, la inteligencia, la creatividad, la autoestima. Los libros de autoayuda en realidad lo son de autodestrucción. La sociedad crea monstruos. Esa es su labor. Producir anorexicas, fomentar el cancer de pulmón. La conclusión es sencilla: El papel de las compañías de seguros es promover el miedo. Aquí fue donde la cagué a conciencia. Estaba ya casi levitando con mi monologo en voz alta, me sentía volar a ras del suelo por la gran vía, sorteando coches, con mis brazos en cruz y mi cara sonriente al viento, pregonando la verdad.

La verdad que nos haría ricos. Estaba absolutamente pedo y en posesión de la verdad. Para mi desgracia continué con mi teoría. No puedes decir que sea mentira, parece creíble, pero no tengo pruebas, le dije al que pronto sería el nuevo subdirector, quien me miraba con cara de mosquito muerto. Esta versión es al menos una cara de la moneda, la otra cara. A la empresa no le importa si eres maricón, sólo no desea saberlo, y quiere verte venir a la cena de navidad con una mujer tonta. ¿Esa es la tuya, mariconcete?. La zorra me miró con desprecio. Me gusta la zorra, así que lo he hecho bien, la he jodido en la primera interacción, pensé. Tenía luminosidad en la mirada. La zorra de la mirada luminosa.

1 de Enero

"NO podéis impedir que se produzcan accidentes y tragedias pero, para no tener que sufrirlas demasiado duramente, podéis preparar en vosotros las condiciones que os permitirán enfrentarlas...vivimos en un mundo tan caótico que siempre estamos expuestos y no podemos hacer nada para impedirlo...No se trata de transformar el mundo, porque ello es imposible, sino de transformarnos a nosotros mismos..."

Esta bien, soy un idiota. Fui honesto en la cueva de los tiburones y traté de cambiar para ganar, además actúe como un cerdo. Así que la cagué, la cagué. Pero no me di por vencido, desde entonces tomé el mando de mi sección y me mostré individualista y puse en marcha toda mi iniciativa, y en menos de un año había multiplicado por dos los beneficios. Seguía siendo el mejor. Nadie me dijo nada. El jefe ni me felicitó ni me censuró, me ignoraba. Todos me respetaban, pero todos me hacían el vacío. Se hablaba de remodelaciones fuertes. ¿Me despedirían? No se atreverían, soy demasiado peleón. En realidad, yo ya no era un hombre de la empresa, casi podía decir que mi sección era una empresa aparte. Nadie me invitaba ni me rechazaba a la cena de Navidad o a las reuniones del consejo, pero estaba claramente fuera de los grupos de opinión. Me dejaban hacer pero no contaban conmigo. Era el último de la lista. Hasta la novia chupapollas del pelota había ingresado en la empresa y contaba más que yo.

Por cierto hace unos meses tuve mi segunda interacción con ella, me tocaba ser amable. Tras pedirle disculpas por mi comportamiento en la cena de navidad (bueno yo nunca pido disculpas), y regalarle un vela azul gigante con forma de velero para su nuevo despacho, le pinché la rueda del coche, y la entretuve tras la reunión para que nadie pudiese bajarla. Entonces me ofrecí a bajarla yo en mi moto grande tras lamentar que hubiera tanto desalmado suelto. Nunca antes había montado en moto me dijo, y note su estremecimiento. Le pregunté si era de las que prefería aprender o ir de paquete. La invite a unas cañas, le di un par de consejos sobre el despacho, para que le entrase más luz y estuviese menos frío. Le dije que el jefe era un buen tipo y la anime a que se presentase a la elección para la directiva. Ya era hora de que tuviésemos una mujer en la dirección, le dije. Tal vez

cambiaría el estilo, menos militar y con más inteligencia emocional, más dialogante. Ella me confesó su preocupación al competir con su novio. Le dije que nada tenía que ver el amor con el derecho a realizarse. Esta muy feo eso de sacrificarse por él, ¿tan poca cosa lo consideras? Entonces, por fin, me dio información de calidad, para alucinar. Me contesto que pensaba que él, su novio pelota y subdirector, era el hombre definitivo, pues, y lo dijo en este orden, vestía muy bien, tenía unos modales exquisitos para comer, era dulce con ella y ella lo amaba. Lo amaba en cuarto lugar, tras la ropa, los modales y la dulzura. Jodido lo tengo pensé. Si hubiera dicho lo amo en primer lugar, hubiese estado seguro de que me la tiro en poco tiempo, pues el amor de las mujeres fluctúa más que la bolsa, y cuanto más énfasis ponen en algo más mentira es. Pero su gusto por la ropa y los modales es constante. Tendré que convertir al novio en un tipo desaliñado y no se si tanto esfuerzo merece la pena. También se que le gusto yo y mi forma de vestir. Su mirada era aún más luminosa ese día.

Bueno, eso sí, estoy "out" pero ahora todo era más divertido. Ese año, la navidad coincidió con las vacaciones de verano y la Semana Santa se adelantó a la Navidad. Lo peor es que yo parecía el único que se daba cuenta. Cada año el Corte Inglés empezaba la navidad más temprano, no a finales de Diciembre, sino a principios de Noviembre y luego en Octubre. Así año tras año, de modo que acabamos tomando las uvas en Agosto. Las pastelerías no querían quedarse fuera, así que antes de acabar los polvorones, sacaban el roscón de reyes y al día siguiente la Cuajada de carnaval. Tanta prisa se daban que terminaron por invertir los ordenes y sacaron los roscos de Semana Santa y las saladillas del día de La Cruz en Navidad. Dulces sin descanso, luminosos constantes, villancicos con el calor, polvorones en verano, la gente engordando y con los sentimientos confusos, pues es más difícil ser caritativo y amoroso en agosto con tanta calor. Se perdieron las estaciones, y el tiempo de la fruta y el momento de recogerse en el propio interior y el de salir de uno mismo.

Respecto a nuestra empresa, en la cena de Navidad rompí la fila india de coches y adelanté al jefe, este se cabreó e intentó adelantarme, pero no lo dejé. Desde entonces, el jefe va por su cuenta a la cena, y entre todos los demás se forma un auténtico rally. Por eso se mató el capullo de Julián Marías con su moto grande. Por gilipollas. Todos son críos que se pican por llegar primero. Cuando tras alguna reunión nos bajan en coche, sobre todo si conduce la novia del pelota, me siento siempre en el asiento del copiloto y he dejado en más de una ocasión al jefe en el asiento de atrás, con el pelota, y el consiguiente cabreo de todos. Ya no me baja nadie. Nada es inocente, sobre todo el lugar, el orden. LLevamos la jerarquía en la sangre. Nadie confía en nadie, salvo si hay un orden y cada uno ocupa su sitio. El jefe, la esposa, el hijo, la mascota sólo son sitios fijos, asientos. El pelota prefiere que el jefe vaya de copiloto, en segundo lugar él mismo y después yo. Me pregunto si también es su orden para la cama. La mujer engaña al marido

con el amante y al amante con el marido.

Tal y como estaban las cosas, sólo me quedaba ir a por todas, así que me la jugué, basándome en mi intuición. Yo había accedido por intuición al secreto que estaba reservado sólo a "la mesa de los sabios", el gran consejo de los tres, donde no fui ascendido por el pelota cabrón. En realidad, la sorpresa fue mayor, tampoco ascendieron al pelota sino a su supuesta novia tonta. Un secreto a voces eso era, y yo lo pille. Me sobrevino una mañana en el aseo, al verme reflejado en la alcachofa de la ducha. Ese es el verdadero espejo, todos los demás son espejos distorsionantes, como los de las tiendas de ropa femenina, que te hacen más delgado. Los espejos "normales" te hacen parecer lo que no eres. No somos seres proporcionados, no hay una medida del hombre, ni una simetría, esto es un invento civilizado. NO somos así, somos orangutanes. Como nos vemos en la alcachofa del baño. Negamos la fealdad y nos pensamos bellos. Con polla de elefante, manos de orangután y cara de retrasado, así somos.

Alimenté mi sospecha consultado a un artista y un libro de ciencia, sobre neuropsicología. El verdadero mono no es el mono, ni el negro, el ser inferior es el hombre blanco. En el libro de ciencia venía una imagen de un hombrecillo deforme, como un troll y lo llamaba el homúnculo somatosensorial. Al parecer reflejaba el tejido de nuestro cerebro dedicado a representar a nuestro propio cuerpo. El homúnculo es un mapa de la importancia vital, para ver, tocar y actuar que tienen las partes de nuestro cuerpo. Imagina un mapa de la ciudad de Granada, pero para los turistas: el centro de la ciudad se presenta a una escala mayor, ampliado respecto a la periferia, que carece de interés. Imagina que el mapa es el cerebro. El centro de la ciudad se lleva casi todo el papel del mapa. En nuestro cerebro humano, el centro es una gran polla, unos labios gigantescos y unas manos de simio. Nuestra sensibilidad mayor está en la polla. Sólo en su cerebro el hombre tiene una polla inmensa. El cerebro es el órgano de nuestra voluntad, por eso nuestra voluntad es joder, meterla en cualquier sitio. La verdadera cabeza del hombre es este gorila dominante. ¿Cómo será el homúnculo de un negro? ¿Y el de una mujer? El del libro es el homúnculo del hombre blanco, su verdadero yo. Un yo oculto. He visto un poster que imita la cabeza de Freud y sostiene la pregunta ¿Qué tiene el hombre en la cabeza? Si lo miras bien, el perfil de Freud está formado por una mujer voluptuosa, cuyo sexo es el bigote del maestro. Por internet me enviaron un dibujo de un cerebro, que visto de lejos parece un cerebro pensante, lleno de circunvoluciones grises en acción, que tiemblan como olas, pero visto de cerca son parejas copulando. Esto es falso, el hombre no tiene en la cabeza a una mujer ni la pareja sino a si mismo, tal y como es: un mono fálico, primitivo y jerárquico. Un mono blanco, un mono cabrón, un mono sexista, un mono enano. Como Hitler. El jefecillo lo llaman los libros de neuropsicología. Este es mi jefe. Ese soy yo. La realidad está más allá del espejo. Como en el caso de Alicia en el país de las maravillas o de ciertos

locos que intentan coger lo que hay tras el espejo. Las anoréxicas, esclavas de la sociedad, intentan parecerse a la imagen del espejo de las tiendas de ropa. Los hombres atacan a todo lo que es mejor que ellos llamándolo inferior, para creer que son seres proporcionados. Sin embargo, sólo seleccionan a seres deformes como ellos, a su imagen y semejanza. Los feos se llaman guapos y llaman feos a los guapos. Mandan los enanos en nombre de los seres altos. Sólo vemos lo que queremos ver. No vemos lo que no queremos ver, aunque esté delante de nuestros ojos. En el espejo. El espejo es público y mágico. Aunque sea el del baño de nuestra casa, jamás nos miramos en él solos. Además pone a la derecha lo que estaba a la izquierda y al revés.

El espejo me dio una gran idea. Tenía problemas para encontrar colaboradores, así que sólo me quedaban los Don Nadies. Reydelmundo ya había salido del hospital, aunque le habían diagnosticado una esquizofrenia y no podía afrontar mucha ansiedad. Lo llamé y le ofrecí ser mi colaborador. Le pedí que buscásemos más exlocos, siempre tuvo intuición. Formé un nuevo equipo con cinco exconvictos del psiquiátrico. Uno había inventado las tostadas con sabor a churros, otro siempre regalaba dos cosas: un pijama y otro pijama igual por ejemplo. Dos veces lo mismo para sorprender con el segundo y dar abundancia. A otro le dije nada más conocerle, aparta de ahí infeliz pues me obstaculizaba el paso. Me respondió: yo no me llamo Felix, me llamo Antonio. Tenía una hermana suicida y dos padres que se odiaban. Se dedicaba a romper las cabinas telefónicas por no devolver el cambio. Otra era una bella chica con cara de esquimal, de origen chino, que siempre se empeñaba en prepararme un baño de agua caliente en el cuarto de aseo de mi despacho antes de las reuniones. Esta fue su única contribución al bienestar de la empresa, pero las reuniones nunca fueron ya lo mismo, sobre todo para mí. También le gustaba hablar conmigo de la mesa, los dioses y los locos. Todos fumaban como locos. El infeliz era el más creativo. Cuando le pregunté de dónde le venían sus ideas me dijo: veo números, signos y formas geométricas. Por ejemplo el otro día, cuando se me ocurrió lo del programa de radio para hacernos publicidad, vi un cuadrado, un signo de multiplicar y un ocho. ¿Y ya esta? Le dije. No, entonces los vi navegar como naves espaciales que intentan acoplarse, y copularon entre sí de muchos modos hasta que el ocho aterrizó en horizontal sobre la cara superior del cuadrado y la "X" de la multiplicación se incrustó como sus diagonales. Entonces vi que ya lo tenía, que era como una caja de regalos envuelta en un lazo. El regalo me hizo cosquillitas, miré en mi mente y encontré la idea. Muy bien, le dije. A todos les comenté que la puerta de mi despacho no estaba abierta para ellos, no quería llorones, pero que organizaríamos una reunión de grupo semanal, a la que llamaríamos "poner la mierda sobre la mesa", y que siempre empezaría con la invitación: "vamos suelta tu mierda". Les gustó la idea. Pronto observé diferencias entre ellos y el oficinista normal. A diferencia de un gato, cuando alguien entra repetidamente en la

oficina, haciendo chirriar la puerta, el oficinista normal siempre levanta y vuelve la cabeza. Nunca habitúa. Los locos sin embargo nunca levantan la cabeza, ni la primera vez. A Infeliz se le ocurrió la idea de hacer un programa de radio llevado por exlocos que hablasen sobre la sociedad y los políticos desde sus raros puntos de vista, e incluir publicidad sobre nuestra agencia de seguros en él, con el eslogan: la vida es caos, no deje la suya en manos de un loco. El programa se llamó "¿Verdadero o falso?". Las cosas funcionaron a la perfección. No hice nada por ellos, salvo darles algo de cariño y respeto. Por cierto ellos exigieron un código ético respecto al cliente. Sin duda, los exlocos son los mejores hombres que ningún jefe pueda desear.

El reflejo de la alcachofa es el verdadero. Se trata de un secreto que escuchas en la boca de cualquier albañil pero que no tomas en serio. Confiamos en nuestros verdugos. Los mercaderes de almas. Al no poder iluminarme, me consideraron un enemigo. Esta es mi versión de la gran verdad que, estoy seguro, la nuevo subdirectora escuchó de la boca de los sabios:

"Lo que más preocupa a la ciudadanía son los asesinatos que generan alarma social y cuyos autores jamás son descubiertos. El crimen perfecto es lo que más dividendos nos ha aportado hasta ahora a las compañías de seguros, bueno después del accidente de tráfico. Por eso nos hemos convertido en auténticos mecenas y además de invertir en Arte y asegurarlo, lo hacemos también en investigación, de manera que tenemos varios departamentos de psicología y filosofía trabajando en la consecución de crímenes perfectos. Titulares del tipo "¿Quién mató a Fulanito?" favorecen la inseguridad personal. No nos interesa que fulanito sea un presidente o un actor o un cantante famoso mas que de tarde en tarde, para que el público sepa que nadie es intocable. Es preferible que las víctimas sean anónimas, así cada pequeño hombre, cada mujercita, puede pensar que la mala suerte le puede tocar a él o ella. No nos interesan los crímenes reales, sino el temor a que se produzcan, eso es lo verdaderamente rentable. Es la llama del miedo que debemos mantener encendida". No me extrañaría que llevarsen con este plan todo el siglo veinte hasta hoy. "Fue un pena tener que acabar con JFK y con John Lennon -me gusta bromear pero lo pienso. O con la universitaria holandesa, aquella chica, ¿cómo se llamaba? No lo recuerdo. Recibió un disparo en la cabeza cuando paseaba por el campus, por que sí, una muerte al azar. ¿Te extrañaría que lo hubiésemos hecho nosotros? Sería perfecto. Conseguir que los periódicos vendan sobre todo malas noticias fue nuestro mayor acierto. "

El jefe es un romántico, un caballero, il cavaliere. Está especializado en el crimen pasional. Me he fijado mucho. Otros colegas promueven en mayor medida el envenenamiento masivo con productos de consumo básico, o la estadística de muertes en carretera por las vacaciones con la contratación de jóvenes pilotos suicidas. Pero al jefe le interesa cada pequeño caso, tiene su

corazoncito. Como el del camarero enamorado de una bella cliente, quien siempre acudía a la cafetería acompañada de su joven esposo, a quién a su vez él camarero fue envenenando día a día, poquito a poco, sorbito a sorbo de café con estricnina*. O el conductor del autobús suicida que se arrojó por el barranco con los pasajeros presa del desamor. Por no hablar del caso de la dulce enfermera asesina de urgencias, que no soportaba el sufrimiento. De las monjas secuestradoras para evitar el síndrome del nido vacío. De los vecinos espías. Todos sin resolver. Como interesaba a la compañía, que prefirió pagar los seguros de vida antes que enviar a los culpables a la celda, a pesar de los informes de los detectives. Yo fui uno de esos detectives.

Desde que descubrí la verdad, con la lucidez de un sueño etílico, ando camuflándome, como un camaleón. Cambio el color del pelo y del coche. Me han desacreditado en la prensa. Tal vez soy un sabueso con manía persecutoria, un esquizofrénico peligroso que sospecha de todos. Pero se que ahora me toca a mi ser asesinado. Es la muerte tribal del individuo aislado, el sacrificio del mensajero. Nada debe cambiar. Con menor frecuencia, pero de cuando en cuando, debe morir un hombre de la compañía, para no levantar sospechas. Por eso no me expulsaron. Decide el azar, debidamente ponderado por supuesto por la jerarquía. Se que me ha tocado a mi. Me han dejado decir, me han dejado ser yo, me han dejado pues ya me consideran un muerto. Soy el próximo agente de seguros que va a morir. Pero tengo mi seguro. He acumulado pruebas. Están guardadas. Lo peor es que sólo aparecerán una vez que yo haya muerto, y es terrible confiar en mi abogado, en mi chica, tal vez estén todos compinchados. No puedo confiar en nadie. Me siento como el único ser humano en un mundo de zombies. ¿Denunciar qué a quién? NO hay nadie a quién denunciar. Sólo los vagabundos y desgraciados me creen y se sienten atraídos por mi. Me consideran un hombre sabio. He recibido algún apoyo en los foros de internet desde los cybercafe donde vagabundeó. Se que nada puede cambiar, que antes de aceptar la verdad, matarán al mensajero. Otro mundo no es posible. Crear enfermedad es el propósito de la sociedad. Por eso la pareja es un zapato que te aprieta. Los enfermos se buscan entre sí. Las personas llevan un letrero en la frente que dice: busco a alguien que me putee. La verdad es aquello que nunca debe decirse. La verdad es el secreto. Los padres quieren creer en un mundo seguro. Los grupos se crean para proteger verdades, es decir, para crear mentiras. Detrás de un grupo siempre hay una gran mentira construida sobre una pequeña verdad descubierta por un individuo. Piensa en el cristianismo. Un grupo, una mentira. El mundo no se mueve, pero he dejado de temer mi destino.

Este es mi plan, voy a entrar en la sala de reuniones del consejo de los sabios, y sin mediar palabra voy a descerrearle un tiro en la frente al pelota cabrón, bueno a su puta, más lista que él. Si estoy equivocado iré a la cárcel como lo que soy, un loco, pero podrás leer la noticia en los periódicos. Si tengo razón, pronto seré el tercer miembro del consejo de los sabios.

¿Por qué? Es una pregunta tonta me digo, pero si te tranquiliza me daré un porque. Te tranquilizaría si te digo que sigo amando a mi primera novia y que me traicionó y que aún sigo dolido y asqueado de la humanidad. Pues es mentira, me gusta la vida, me gusta la gente, alguna, los tontos como tú y algunos listos como yo, aunque quizás he vengado al viejo ejecutivo tonto que amaba a su mujer. No hay una razón, ni razones de psicoanalista, pero puedes quedarte contento si te digo que lo hice porque soy un canalla, o soy un hombre, o soy un líder natural. Un psicoanalista te diría que la sociedad crea monstruos y los oculta de sí misma como la mente. La sociedad es muy tolerante con estas razones, las del poder. Puede entender que un hombre maltrate a su esposa y la mate, pero no puede entender que una adolescente mató a alguien por que sí. Entiende lo irracional: lo hice por pasión. Entiende menos lo racional: lo hice por frialdad. Entiende lo absurdo: estamos en guerra, son terroristas. Pero no lo lógico: la guerra es secreta y yo no estoy indefenso ni voy a dejarme aburrir. Yo soy un amante de la verdad, hago lo que me satisface y soy responsable de mis actos. Soy un individuo y nada me puede doblegar. En realidad no me puedo estar quieto, esta es la verdadera razón.

¿Sabes? Por un segundo dudé. Ya estaba en la sala del consejo, con ellos tres delante de mí, pero algo me desconcertó. Cuando sostienes un revolver, y notas su peso en tu mano, y la fuerza del brazo se afloja, éste pesa como si fuera un cañón. Casi no tenía fuerzas para apretar el gatillo. No había matado a nadie antes. Estaba mentalmente preparado, llevaba meses simulando la situación, soñándola. Yo entraba en la sala, y ella ocupaba la silla de la izquierda, el jefe la del centro y el tercer miembro, un desconocido para mi, la de la derecha. Me acercaba, sacaba mi revolver y me acercaba con pasos grandes y apuntando a su bella sien, hasta poner el cañón sobre su piel y luego con un tiro silenciado la mataba y su silla era mía. Pero al entrar, la situación no era como la había imaginado, ella ocupaba la silla de la derecha, el jefe la de la izquierda y el desconocido la del centro. Entonces dudé. ¿Yo que quería? ¿Matarla a ella o el asiento de la izquierda?. Siempre me imagine en el asiento de la izquierda y negociando con el jefe. Me puse nervioso, pensé en matarlos a todos, es difícil reprimirse cuando has desenfundado una pistola y te domina un propósito. Pero no soy un asesino apasionado, había venido a recuperar el control así que no iba a perder el autocontrol. Yo había venido a matar a una sola persona. Mataría a una sola persona. Matar a un desconocido es fácil, pero me parece de mala educación, y ella valora mucho la buena educación. Era mi tercera interacción con ella, y según mi regla tocaba putearla. Claro que si la mato nunca sabré si el puteo es efectivo. Pensé todo esto y más cosas. Mientras reparaba en su mirada luminosa, y el jefe que no me miraba. Recordé que el jefe me había enseñado muchas cosas y que lo quería aún a pesar de todo, me gustaba escucharlo, lo hubiera salvado de la cárcel si estuviera en mi mano. Esto pensaba mientras le pegaba un tiro en la cabeza y pensaba

mírame cabrón y en que a mi me gustaba de verdad la silla izquierda. ¿Sabes?, la pistola dejó de pesarme en la mano en cuanto hube seleccionado una víctima. Todo ocurrió en milésimas de segundo, pero la realidad se redujo para mi a la figura de la silla izquierda, ya no veía a los otros ni la habitación, miraba como por una agujerito. Me sentía feliz, satisfecho, como un depredador al acecho, en los instantes antes del salto, o como debe sentirse un futbolista en estado de gracia cuando encara sólo ante el portero la meta. Era feliz pero no pensaba y no veía formas. Si hubiesen cambiado al jefe por mi madre la hubiese matado igual. Nada podía salvarlo, ni yo mismo, de mi propia ansia. Un rugido arañó mi garganta y estuve afónico dos semanas, mientras apretaba el gatillo. Por cierto, tras su muerte, tras la calma, los otros me dijeron que el viejo rey tenía cancer en la sangre, leucemia, y que su sangre era de un color verde podrido. Yo ya lo sabía. Me felicitaron por ser el nuevo rey, pero yo no quiero morir de mala sangre. En realidad, la razón era muy simple, era evidente, algo de lo que no podía dudar, como la duda cartesina. El jeje era verde, no pasaba del 4, no podía ser el jefe. Ella era rosa furcia, era un 8, con suficiente valor para acostarme con ella pero nada más. Pero la silla era roja, y yo era rojo. Un hombre verde no puede sentarse en una silla roja. Era incoherente. Lo hice por el bien del mundo, para que el cielo siguiera siendo azul y la sangre roja, para descubrir si ellos eran marcianos de la tierra invertida como yo o nativos terrestres. Para demostrarme que tengo control sobre mi y el control de todo. Para poner mi culo rojo en la silla roja. Sentado esperé que llegase la policía.

5. El efecto dominó.

Debo confesar que hasta los veintitantos años mantuve varios juegos infantiles. Uno de ellos era perseguir desconocidos hasta la puerta de su casa sin que se dieran cuenta. Me sirvió de entrenamiento para mi edad adulta, cuando me convertí en detective. Luego, en mi libreta de bolsillo, con mi bolígrafo apuntaba algunos datos de los desconocidos con mi mano dominante, la diestra.

Con veinte años me fascinaba la voluptuosidad de la vida, me obsesionaba el anhelo de estar en varios sitios a la par. Me gustaba pensar en la simultaneidad de las cosas y no me importaba nada el paso del tiempo. Solía decir a mis amigos: Mientras hablamos tú y yo hay gente en los cafés de pueblos remotos, otros se bañan en las costas de Canarias, alguien mira el contoneo de una chica al pasear en una plaza de Roma o toma una Guinness en un pub de Dublín. Así será siempre. Me gustaría tener una cámara obscura, un ojo que me permitiera observar todo el planeta. Yo quería verlo todo, lo universal y lo local, la multitud y las tetas de la chica que toma el sol en la terraza. En nuestra ciudad, a nuestro alrededor ocurren historias, se producen conversaciones simples, encuentros sin memoria, delante de nuestros ojos, aquí y ahora, que en realidad no presenciamos, pues estamos metidos en nuestros pensamientos en nuestros problemas que

nunca nos parecen pequeños. Nada sabemos de la historia de los desconocidos que viajan en nuestro mismo autobús de línea, de su destino ni sobre si en el futuro se cruzará con el nuestro. Por ejemplo, observo al joven que se mantiene de pie junto al conductor. Se parece a mi, con un par de años más. Tiene la nariz grande y viril, el pelo rizado y oscuro y las orejas un poco grandes. Me pregunto ¿Qué piensa? ¿Qué hará cuando se baje del autobús? Cuando yo llegué a casa, me habré olvidado por completo de él, pero tal vez este encuentro fugaz y unilateral tenga más importancia en nuestras vidas de lo que nunca sabremos. Hoy debo digitalizar las viejas fotos, las del capitán América (la fotografía es uno de mis entretenimientos favoritos), pero aún me preocupa lo que pasa por la joven cabeza del doble desconocido. Así que he decidido seguirlo. Hacía tiempo que no perseguía a alguien, aunque normalmente elijo chicas. Estos encuentros intrascendentes se multiplican por doquier (él contactará con otra persona al bajar del autobús, que a su vez contactará con otra y así sucesivamente), se encadenan y ramifican y si los pudiéramos seguir nos llevarían tal vez a nosotros mismos. Hoy no tengo mucho tiempo para seguirlo, como me gustaría, pero sin duda se dirige a algún lugar, a encontrarse con otras personas, en un efecto domino que terminará de modo brusco con la última ficha.

Si pudiera como un diablo cojuelo entrar en su mente, podría llegar a saber lo que el chaval piensa: José, Joselillo, tienes 25 años, acabas de salir de chirona, ya has pagado por matar al viejo marciano verde y tienes la pistola bien dispuesta, tendrías que ser el más feliz de la tierra. Eso me digo, como una cantinela, pero también acabo de saber que Mar no me quiere. Es una cabronada. Ahora sólo deseo un poco de aire fresco, creer en algo bueno, y una mujer. Esta es mi carta a los jodidos Reyes Magos. Sus tetas eran la vida. Eso creo recordar. Eso aprendí a creer en la cárcel. Me he pasado empalmado desde que la conocí. Llevo un año duro. Mar es una estudiante de psicología que hacía prácticas en la carcel, para educar presos y enseñarles a controlar sus emociones. Y a los pocos días antes de salir, me entero de que tiene novio. Salí en Mayo, me jodió la alegría, y, tras disfrutar de la ciudad bajo el sol, con un largo paseo, tomé un autobús lleno de gente. Es propio de Granada, caben cincuenta personas pero los conductores apretujan dentro a cien, peor que en el Puerto 2. No pude evitar el contacto de mi cuerpo con el de una tía desconocida. No te digo nada de sus formas. Yo, no quería robar de nuevo, me lo había prometido, ni un poquito de calor humano. Yo amaba, amo, estúpidamente, a Mar. Claro que tengo que estar solo y encerrado y débil para enamorarme, pero una vez que ocurre ya es inevitable. Siempre he sido un egoísta. La carcel me ha servido para conocer todas mis debilidades (no para compensarlas) y mejorar mis habilidades de ladrón. Miré a la tía del bus a los ojos. Como se mira a alguien que se respeta, para que lo supiera. A ella le daría igual, pero a mi no. Ahora voy de legal. Y ambos soportamos el contacto obligado, mi antebrazo sobre

la curva de su trasero, por unos minutos. Pero su olor, el sol, la libertad, y la ciudad a través de la gran ventana móvil, fue demasiado para mí, note como me subía y temblé de pies a cabeza, como nunca la música me había hecho temblar, ni en la soledad de la cárcel, mientras cubría la pared de mi celda con un enorme puzzle de la ciudad de Munich. No podía mirarla a ella, me lloraban los ojos, tampoco podía mirar a la ciudad a través de la ventana, por el sol, sólo podía humillar mi mirada, mirar mis pies, y refregarme los ojos, fue peor que trocear cebollas. Sobreviví a este resfriado extraño, y cuando la chica se hubo bajado los síntomas desaparecieron, aunque desde entonces necesito gafas negras para protegerme del sol. Si me da directamente en los ojos, me lloran y me ciego. Un hombre así, tan sensible, merece el amor de una mujer, de una hembra, digo yo. Me dieron ganas de querer a Mar. Las tuberías del lavabo se llevaron mi pasión. Nadie va a sentir pena de mí. Es la última vez que me enamoro. Venceré esta mierda, Me lo debo, joder. A Sobrevivir otra vez.

Voy a hacer inventario de lo que tengo. Están la naturaleza, los animales, me gustan, y un nuevo trabajo de camarero. Una habitación alquilada. Tres pares de calcetines, dos pantalones, cuatro sudaderas, cinco calzoncillos, un abrigo de marino. Me voy a tatuar un gato en la espalda. Una radio despertador digital. Y desde hoy me voy a duchar y afeitarse a diario, a hacer algo de pesas. Estreno vida, así que voy a pelarme y a sacar brillo a mis zapatos. Y a desayunar en una buena cafetería y a leer el periódico. Ahora también leo psicología y filosofía, me voy a parecer a un cura: como librarse de las preocupaciones, es un libro muy americano, de un tío que te dice las cosas claras, y del sentimiento trágico de la vida de Unamuno, y ahora leo "La carretera menos atravesada" de M. Scott Peck. Soy autodidacta pero no gilipollas. Todos estos tíos, filósofos y esos, saben lo mismo que yo, que el cerebro acumula mierda y que hay que tirar de la cisterna. Los psicólogos creen que en los primeros años de la infancia las personas establecen su personalidad neurótica o forjan una salud mental de puta madre. Los primeros son perdedores, sufren, mascan los pensamientos. Ser un perdedor o no depende de tu capacidad para ser listo, para dejar correr las cosas, para dejarlas atrás. También se cual es la respuesta correcta para sobrevivir y tirar. Se que es suficiente con enviar tu atención a las cosas de afuera. Como mires la mierda antes de tirar de la cadena estás perdido. Pero yo tengo que bucear en la mierda. Lo inteligente es NO dejar que, quien no te ama, te haga daño. Siempre he dejado la mierda a un lado, hasta ahora. No espero nada de nadie. Sin embargo, no quiero ser inteligente, estoy hasta los cojones de la miseria. Todo esto por un coño. Es de risa, por no follarse voy a saber más que los médicos. También se que Mar da clases de Psicología en la facultad de Cartuja. Quiero saber lo que ella sepa, lo que se mete en la cabeza, no me va a dejar atrás. El maricón de su novio es un profesor de la facultad. Soy un imbécil, me digo, voy a olvidarla, y acepto un trabajo para robar coches en la zona de la facultad. Es lo que aprendí en los cinco años

de cárcel: a robar. Me había dicho: No más robos, No más Mar. Y me veo robando coches a los estudiantes, sólo por verla, sólo por si la veo, aunque no me lo quiera confesar a mi mismo. Esto no puede seguir así.

La viejita del piso de abajo, me ha pedido ayuda para pintar las puertas de su piso. Ella no puede con la edad, la artrosis y esas cosas o algo así. Vive sola, no tiene a nadie en el mundo. Quise ser un buen vecino, por una vez. Y hacer algo útil. Fue divertido pintar. La mujer no sabe a quien mete en su casa. Lo que es ser un profesional, veo un piso y tengo el registro de las habitaciones, las entradas y salidas, y los muebles y un calculo rápido de lo que se puede sacar de allí, en cinco minutos, una buena furgoneta nos haría falta. Fui feliz esa tarde. Pintar y hacer ejercicio mental. Hubiera sido un buen negocio robarle. Su marido murió hace unos años. No tiene hijos. No puede ser más fácil. Es como un canario. Pasa el día tomando el sol en la balconada. Es una buena mujer. Se ofreció a zurcir mis calcetines. No se la razón, pero me compré unos hamsters siberianos al día siguiente, pase por delante del escaparate de una tienda de animales, los vi corretear en la jaula, dar vueltas y vueltas tontas a la rueda y me recordaron a algo, tal vez a mi mismo. Será que necesito cariño. Y los compré, sin más. Y luego fui a la biblioteca municipal y lo leí todo sobre sus hábitos de vida, son bichos nocturnos, como yo, sobre sus embarazos y la relación peso corporal, energía y actividad. Sólo viven un año como máximo. Luego pensé: son el animal ideal de compañía para la vieja, no creo que piense vivir más de un año más. Así, de repente, sin saber la razón me vino este pensamiento cruel. Y también de repente, encontré la respuesta a mi angustia de idiota: Yo tampoco voy a vivir más de un año. El hámster siberiano es ahora mi reloj biológico. Estoy muerto, y tengo un mes, un año, lo que el bicho viva, de vacaciones de mi mismo, sin sufrir, sin pensar, que me den por el culo, a tomar el sol y cervezas. No pienso más.

Sin embargo, mis compromisos me obligan a ir a robar a la facultad de Psicología una vez más. Ordenadores esta vez. No quiero complicaciones con la banda del Luís Punta. Sólo que me dejen en paz. Voy a cumplir.

Mierda, casi nos pillan, mis compinches huyeron por la puerta principal, por patas. Han avisado a la policía. Yo me confundí con los estudiantes y me metí para disimular en el aula magna, donde un profesor del extranjero se disponía a dar una conferencia. La sala estaba repleta de estudiantes con sus carpetas.

El profesor Miguel Fénix sube al estrado. Es elegante. Empieza a hablar.

" Me encontraba paseando por Port Meadow, en Oxford, observando los caballos y vacas libres, el río y a los jóvenes estudiantes practicando remo. Es difícil imaginar un sitio menos adecuado para hablar del amor que el salón de actos del viejo Trinity College, pensé. Así que decidí venir a Granada, a una ciudad mítica, a dar esta conferencia. No pertenezco, no obstante, a la

tradición romántica inglesa. En realidad, mi tema no es el amor. Nadie sabe como se inicia. Posee su origen en una cualidad inaccesible para la ciencia (I hope). Stenberg (1994) tiene una interesante teoría sobre su mantenimiento, basada en estudios psicométricos, para predecir la duración de las parejas. Sin embargo, mi tema es el desamor y sus efectos. Soy un psicólogo experimental, y esta conferencia, que repetiré en los cursos de verano que están al caer, mi excusa para viajar por Europa, en mi último viaje. No es un viaje nostálgico, aunque me siento tan viejo como Europa, pero miro hacia adelante. Tengo 35 años y se del amor menos que cualquiera. Durante mi vida académica he conocido a grandes hombres, quienes después de una larga vida dedicados a la ciencia se retiran con un tema de viejo, escriben algún sabio libro sobre la filosofía y la mente, o sobre las claves bioquímicas de la felicidad. Algún libro hermoso e inútil, donde queda patente que la ciencia no sabe gran cosa y que el desarrollo espiritual de algunos hombres de ciencia es extraordinario, lo cual los hace amables. Willian James es el caso más expresivo. Es mi turno. No soy viejo, no soy sabio. Pero tengo SIDA. Ustedes hagan como que no lo saben, pues son espectadores de algo invisible. Sólo yo debo saberlo. Ustedes no lo merecen, ya lo se, pero yo se que esta es mi última conferencia y quiero ponerle corazón a mi adiós y no sólo literatura científica. Un profesor, uno de verdad, no un burócrata, debe contar lo que no está en los libros, con un poco de egocentrismo, así que hoy voy a lucir mi inteligencia. Mi sentido del humor, mi vanidad, mi rencor hacia la universidad que maltrata a los buenos profesores mientras da títulos honoríficos a los miserables. Mi incompleto alejamiento de los pecados capitales, me llevarán a decir con mucho sentido común, con mucha madurez, algún disparate, que no sea verdad pero tampoco mentira. Tras años de trabajo sobre la percepción visual inconsciente, me puedo permitir este capricho. Nunca he sido un rebelde, es mentira, lo he sido siempre, aún lo soy, pero un rebelde discreto, si ello es posible. Después de todo, mi única vanidad ha sido pretender ser un caballero ingles, aunque soy de origen español, es decir, un vanidoso gilipollas. Y ya ven he resultado marica. Sospecho que todos los caballeros ingleses lo son. He llegado hasta aquí, hasta ustedes. No es lejos. No es cerca. No me preocupan las reacciones de la audiencia, sólo espero que no acudan a etiquetas fáciles, ya saben, misógeno, infeliz, "gay", resentido...al menos esperen a escuchar el relato, uno puede ser todo lo anterior y decir la verdad. Como científico conozco lo tentadoras que son las ideas fáciles, simples y claras, las otras cuestan esfuerzo y exigen abrirse al que habla, ya he luchado contra esta ingrata estupidez, así que mi tolerancia hacia ella es alta. El abanico de sus reacciones es asunto suyo. No he venido a rendir cuentas, he venido a pasar un rato bueno e inútil, como yo."

El auditorio murmura, algunos profesores se marchan, el decano se sonroja y el profesor sonrío y aguarda. Entretanto, el corazón de José va a cien por hora. Cuando entró en el auditorio huyendo de los porteros y

escuchó al tipo del estrado hablar del amor, casi revienta su corazón de un brinco loco. Fue como si Mar estuviera allí. Decidió que aunque lo pillasen iba a escucharlo, sentía la necesidad de escucharlo. Le gustó el tipo, aunque fuese un jodido maricón.

El profesor, con una voz tranquila y segura, casi ensimismado, comienza su discurso. "El amor y la timidez tienen mucho que ver. Se mantienen por interpretaciones erróneas de la realidad social, por hiperactividad de nuestras conciencias. Ambos deberían desaparecer al hacernos adultos, pero sólo la timidez suele hacerlo. Volveré a esto más tarde. En realidad, mi punto de partida es un disparate: negar la conducta voluntaria. "no hacemos lo que queremos, queremos lo que hacemos", es una vieja sentencia psicológica. Por supuesto voy a ilustrar cada una de mis afirmaciones con estudios experimentales y ejemplos de la vida cotidiana. Voy a desentrañar la frase de Blas Pascal: el corazón tiene sus razones que la razón no conoce, aunque Tal vez prometo demasiado.

Stemberg mantiene, tras sus estudios psicométricos, que el amor consiste en la interacción de tres componentes: pasión, intimidad y compromiso. Cada persona tiene su propio triángulo del amor, donde cada vértice corresponde a un componente. Cuando dos triángulos del amor son iguales, es decir, con el mismo peso en los tres componentes, o cuando el componente principal o dominante para ambos es el mismo, por ejemplo la intimidad, los triángulos son compatibles, y la relación entre estas dos personas, si se produce, podría ser estable. En caso contrario, la ciencia predice un completo desastre. Con el paso de los años, las parejas que funcionan son aquellas que pasan pesos del componente pasión a los componentes de intimidad y compromiso. Todo esto está muy bien, aunque resulta aburrido sin duda. Y en todo caso se refiere al amor consciente. Nosotros vamos a ocuparnos aquí de sus aspectos inconscientes".

Mientras el profesor habla, la cabeza de José no se puede estar quieta. Ignoro la razón, pero siempre la cago -Piensa-. El jodido amor verdadero, ese que el cine refleja tan bien en algunas películas hermosas. Con frecuencia para huir de los policías nos metíamos en el cine. Con el corazón palpitando por la huida, entrábamos en la oscuridad y me hipnotizaba la luz del cine. Pero no hay ninguna relación entre el cine y la realidad. Entre las mujeres de allí y las de la calle. No sólo por el físico, sus cabezas son de otra manera. El cine hace daño. No debí mirar las películas. Amor verdadero, una mierda. Sólo es atrapar a alguien, escapar de algo, vencer la soledad o satisfacer el deseo sexual. Pero si fuera eso cualquier mujer valdría. El cocinero -el mejor en abrir puertas- me decía siempre, eres un idiota, eres honrado en lo único que no hay que serlo, si a las tías les gusta que les mientan. Hazte valer, tío, no seas tan inofensivo. ¿Has visto tú que algún bicho macho quiera intimar con su parienta? Es estrategia, hasta los pájaros tontos lo saben. Se trata de hacerles el chocho agua, de ser pesado. Luego charlas lo que quieras. Pero no al revés. Lo peor que era yo quien daba

estas consejos que ahora soy incapaz de aplicarme al buenazo del Coci.

A la mierda, No necesito engañarme. El desamor sí que es estable, como la misma muerte. El desamor sí que es verdadero. Debo reconocer que parece que ha sido fácil para algunas personas, no mejores que yo. ¿Tan difícil es lo sencillo? Que dos personas se gusten y pasen tiempo juntos. Así parece. No se donde reside mi fealdad, pero debe ser secreta y evidente a la vez. Mi poco sentido común me dice que le he pedido demasiado al amor. Aunque la verdad no me ha dado nada. Estamos en paz. Sólo soy un jodido roba gallinas, ¡qué carajo me creo!, no soy mejor que los otros. El hijoputa del amor casi me deja ciego en el autobús, fue una señal. El sentido de la vida está comprometido con él. La autoestima. Lo dice el hombre del discurso. El amor, cuando no es recíproco no es amor. Dice el profesor. Ya no hay dolor. Pero estoy vivo. Hay que follar, es todo. No trato de entender el cambio de la dulzura en indiferencia, sólo quiero librar esta batalla conmigo mismo. El recuerdo de su dulzura me mantenía vivo en la cárcel. Y no puedo reprocharle nada. Otro le rajaría la cara a ella, y le reventaría los sesos al mierda del profesorucho con el que está liado. Pero yo no, a la mierda, soy un blando. Fue tan sencillo hablar con Mar, y las miradas y la sonrisa franca, tomé un café con ella y salimos una noche. Fui sincero y optimista, como puedo ser a veces, le hablé de mi amigo el canadiense, quien me escribió una carta bonita, nadie me había escrito una carta antes, pero a este fui a atracarlo en la gran Vía en un permiso de fin de semana, una noche, y acabamos de cervezas, luego desde su tierra me escribió. Y también le hablé de mi fascinación por el gato. Y de un mono que vi en otra cárcel, un zoológico. Todos lo miraban y esperaban que hiciera una gracia. Pero el mono estaba triste. No fijaba su vista en ninguna persona. Eran despreciables, los que lo miraban, ellos eran los monos. Se reían de él, les hacía gracia su tristeza, su mirada ausente. El mono tomó una manta sucia que había junto a sí y se tapó la cabeza con ella. Me dolió ese mono. Se lo que es la cárcel. Me llevo mejor con los animales que con las personas. Un año no es mucho tiempo. Creí que le gustaba. Ella me habló de su jilguero amaestrado, que se cree una persona y se asusta de otros pájaros y duerme bajo su pelo, su pelo que huele tan bien. Es una mujer extraña, dedica las tardes del domingo a ir al patio de su antiguo instituto a practicar el lanzamiento de disco. En la cárcel, en el patio, yo practicaba el lanzamiento de piedras, era como estar con ella. Sin embargo, algo tan sencillo como ir al cine juntos, ahora es imposible. Me fue suficiente verla, le fui fiel incluso con la chica del autobús que lastimó para siempre mis ojos, le había guardado tantos besos. En sus ojos no había ninguna dilatación pupilar, le dije de ir al cine y me respondió que ese fin de semana no podía, que tenía un examen. He pasado tardes enteras esperando que llamase. Y se que no lo hará, pero una maldita esperanza se agita en mi interior y se resiste a admitir lo que hasta los pájaros tontos saben. Primero la estrategia, luego la pasión. No al revés. El cocinero, que se trabaja tan bien las puertas como a las mujeres

me lo dijo. Todo es una receta. Todo tiene método. Bueno, vale, se lo dije yo a él, antes de ser un tonto verdadero.

El profesor continua su conferencia, entusiasmado, gesticula, sus manos se mueven al compás de su pensamiento. "Una vez formada una intención consciente, la mente, el sistema de procesamiento, se pone en marcha para alcanzar la meta. El sistema carga programas de acción dirigidos a alcanzar esa meta. Los Programas de acción esperarán el estímulo adecuado para dispararse. Si se trata de resolver un problema, la maquinaria cerebral involucrada en la resolución continuará trabajando a nivel subpersonal. Es decir, inconsciente, aunque nuestra mente consciente se ocupe de otras cosas, como hacer la comida, dormir, leer un libro o charlar. Cuando la maquinaria subpersonal encuentra la solución, se lo comunica a nuestra conciencia, primero en términos emocionales. Tenemos la sensación gratificante, un "feeling" es el término inglés, de haber encontrado la respuesta de forma espontánea. En realidad, sabemos que tenemos la respuesta. Pero ahora la conciencia debe buscarla dentro, en el inconsciente. Por eso la primera vez que formulamos la solución del problema, después de la sensación espontánea de "Eureka", sólo formulamos una aproximación incorrecta a la solución, pero no la solución. Ello se debe a que la comunicación entre la conciencia y la maquinaria subpersonal es compleja, hay varios caminos posibles. Hallar la solución que ya tenemos exige un proceso de búsqueda activa en nuestras ideas. Es decir, esfuerzo y contemplación.

La maquinaria subpersonal es, por otro lado, una maquinaria imperfecta que tiende, por defecto, a la repetición. La inercia mental es su principio de funcionamiento. Alguien del público, podría intentar generar, usted, jovencita, una secuencia de números aleatorios. 7 9 1 5 2 -5 14 25 36....Bien, ahora hágalo mientras escucha este poema de Walt Whitman. 2, 7, 5, 9, 5, 2, 7, 7, 2, 7. No puede, se empeña usted en repetir y repetir los mismos números. La razón, en cuanto ocupa usted su conciencia con la lectura o escucha del poema, su maquinaria subpersonal entra en un ciclo. Posiblemente de pequeñas variaciones aleatorias de este pensamiento cíclico e inconsciente, surge la solución a los problemas. En realidad de la confrontación de estas dos fuerzas. De un lado, la inercia de la maquinaria subpersonal garantiza la constancia necesaria para perseverar, para cumplir (fulfill) las intenciones. No lo podemos llamar empecinamiento debido a que no es consciente. De otro lado, esta actividad inconsciente deja libre a la conciencia para monitorizar el mundo, para vivir hacia adelante. La conciencia no debería dirigirse hacia el interior salvo cuando la activación emocional nos dice que la maquinaria subpersonal ha hallado la solución a un problema. Este es el mejor funcionamiento de un sistema limitado para afrontar una realidad extraordinariamente compleja.

José escucha y rumia sus pensamientos a la par. "No me duele Mar. Esto es entre el amor, esa fuerza interior, y yo. Debo librarme de ella. Me pesa ahí

dentro. Me hace daño. Ya no me consuelan de este dolor crónico el agua caliente o la música nocturna frente al insomnio. Ni las putas. Ni las cervezas. Se ha apoderado de mí. He tenido que arrojarme al mar para llorar dentro de él, en otro sitio no cabía mi llanto inútil, el sábado anterior tuve que coger un autobús a Almuñecar para tirarme al mar, mejor que tirarme por la ventana, y llorar a gusto. Luego tuve que robar un coche, un Golf audi blanco de Madrid, para volver a Granada, ya de noche. El horario de autobuses sólo llegaba hasta medianoche. A lo mejor, el profesor me puede ayudar.

El profesor. "Pero a veces un problema no tiene solución. Entonces se produce la rumiación. Cada cierto tiempo, la maquinaria subpersonal envía la intención de nuevo a la conciencia para que sea desechada. Si el sistema no acepta esto, decide enviar a la conciencia hacia el interior para ayudar. El resultado será el fracaso. El pensamiento obsesivo.

El resultado de la acción combinada de la inercia mental y de la voluntad nos obliga a cumplir nuestras intenciones programadas, las cuales no pueden dar paso a otras hasta que se hayan cumplido. Sólo hombres extraordinarios pueden evitar esto. Por ejemplo, un buen inglés vota de modo habitual a los conservadores, de lo contrario no sería un buen inglés, pero desilusionado decide cambiar su voto a los laboristas, no podrá hacerlo en las elecciones próximas, lo hará en las posteriores. No podrá evitar en las actuales votar a los de siempre. Sólo cuando su sistema este vacío de las intenciones previas, podrá cargar las nuevas intenciones de voto: apoyar a los laboristas o castigar a los conservadores. En el caso del amor, aunque la persona amada resulte ser completamente distinta de como pensábamos -más práctica, más frívola, menos sensible, más tonta, más promiscua, incluso un monstruo-, no podemos dejar de amarla por un acto de voluntad. De igual modo, si esa persona no nos ama y nos deja, pero nuestro sistema ya había cargado un montón de acciones de acercamiento, de ensoñaciones etc. No podemos adaptarnos a la nueva situación por un acto de voluntad. Ese amor sin objeto no puede dejarse sin salida, tampoco puede sustituir su objeto por otro, aunque sería lo más inteligente, pero no es posible este desplazamiento. Es una esclavitud de solución difícil. La mente no está bien pertrechada para ello, para el rechazo en general. En este sentido el amor es ciego. Amar y dejar de amar no son elecciones voluntarias en gran medida. De manera que no siempre hacemos lo que queremos ni queremos lo que hacemos. En este sentido no existe el libre albedrío, no demasiado al menos. La conferencia, como todas, aburridas o no, terminó con aplausos del poco público asistente y pocas preguntas.

Terminada la conferencia, en el turno de preguntas, José no puede evitar preguntar al profesor, aunque eso suponga delatarse ante los porteros de la facultad. Le miraron todos, no era un estudiante seguro, iba en ropa de trabajo, el chándal para correr por si las moscas, les resultó gracioso, un torerillo queriendo asomarse a la vida elegante, a los niños pijos de mierda -eso pensó él-, si supieran quien soy yo, un asesino. Le daba igual, le

espetó al profesor lo primero que se le ocurrió, necesitaba llamar su atención: Mi chica no me quiere, ¿usted puede hacer algo al respecto?

Puede ser – continuó el profesor sonriendo-, pero a cada uno nos duele nuestro propio dolor y tenemos nuestras propias batallas. Yo me curé un día de la tristeza, mientras abatido por el desamor, escuchaba a una chica inteligente defender su tesis doctoral. Me curé con el comentario de un miembro del tribunal que parecía un hombre severo, uno de esos imbéciles que se cree mejor que los demás. Dijo: Su tesis es tan inútil como aprenderse de memoria las matrículas de los coches, a continuación le otorgó calificación Cum Laudem. Cuando dijo esto yo me cure, como si me hubieran exorcizado. Me cure para siempre, y note el sentido del humor penetrar en mi y recorrer mi cuerpo. Entendí que soy tan gilipollas como el de la frase. Entonces entendí que el desamor no me dejaba ver el mundo. ¿Cómo podía entonces ser amable? Ser amable es la primera obligación de un hombre.

Al término del turno de preguntas José se acercó al profesor. Hablaron. El hombre lo recibió amable, e invitó al joven a comer con él. De camino al restaurante, el profesor y José charlaron de manera animada. José comentó que en la cárcel el SIDA era un problema gordo. El profesor contestó que lo del SIDA había sido una mentirijilla para atraer al auditorio y para escandalizar un poquito. No sabía la razón pero era un pequeño mentiroso patológico, desde que gozaba de buen humor. Ni era marica, ni tenía SIDA, en cada conferencia se inventaba algo trágico o cómico. El profesor le dijo que si le interesaba el tema del amor, que leyese un artículo que le publicaban a la mañana siguiente en el diario el Ideal de Granada. Así que ese día, en lugar de comer en la corte con el decano, ambos se fueron juntos a comer a un barucho. El profesor quería contarle a José una historia de amor, según él los seres humanos que simpatizan deben darse algo. Deben intercambiarse algún regalo. En concreto, el profesor prefiere dar relatos, historias, hacerlos circular, compartir los secretos. El le regalaría a José una historia dulce, la de Anís, que nada tenía que ver con él y sus problemas, ni pretendía enseñarle nada, era sólo un regalo inútil, una historia bonita. A cambio, José le regaló el ordenador portátil que acababa de mangarle.

6. La historia de la Dulce Anís

"Me encontraba en el pequeño cementerio del barrio de Jericó, en Oxford, dando un paseo antes de mis tutorías en el Saint Anne college, mirando sin mucho interés las inscripciones, emborronadas por el verdín y la erosión de la lluvia y el viento, de las lápidas entre la hierba. A este pequeño campo santo vienen los estudiantes a descansar, a tomar un sandwich, y a charlar entre las clases. Mientras comía una tableta de chocolate descubrí una tumba con un nombre español, Ana Márquez. No Era reciente, pero era imposible ver las fechas. Se adivinaba 1938. En perfecto español se leía

sobre la piedra: La memoria amada de Ana te aguarda dentro. De inmediato, creí recordar que en South Park había un banco de madera dedicado a la memoria amada de esta misma mujer. Lo comprobé. Efectivamente era el mismo nombre. Ana Márquez. Me dirigí a la parroquia para consultar los archivos, por si era posible descubrir algo de esta mujer y su esposo. La inscripción en español había despertado mi curiosidad. No es difícil despertar la curiosidad de un solterón. También acudí a las oficinas del ayuntamiento, para indagar sobre el registro de donativos y donantes para colocar el banco en South Park. Mis indagaciones me llevaron al equivalente al ayuntamiento aquí, y en concreto a una oficina de registro, donde un funcionario me dio un sobre dirigido a: el primero que pregunte por mi, firme su recogida y me lo llevé. Me fui al banco dedicado a la memoria de Ana, en el parque, con mi sandwich, a abrirlo. En el interior del sobre había unas cuantas páginas escritas a mano, en perfecto español, con tinta negra.

Esto decían las páginas, me las se de memoria. "Nada importa mi nombre, desconocido, sólo debes saber que mis ojos miran a la bahía como si fuese el confín más remoto de la tierra, sabiendo que más allá no había nada mientras Ana estaba aquí. Ahora, sin ella, nada significa esta tierra para mi. Me he sentido ridículo haciendo esto, gastando mis últimas monedas así, pues soy un maldito ateo, descreo de todo, de nacionales y de republicanos, de la iglesia y de los hombres. Se que mi esfuerzo es inútil, cambiar una piedra de sitio. Es una idiotez, ella nunca lo sabrá, es ilógico satisfacer una voluntad cuando la muerte es la rendición de la misma. Robé su cadáver del lugar donde le dieron sepultura, en España, y lo he traído aquí, donde le corresponde. Junto a ella he enterrado a su esposo. Aunque me repugna hasta el cadáver de este, debía esto a mi amiga.

Podría relatarte nuestras deliciosas charlas y paseos. Descríbértela (permíteme que te tutee), confundiéndola con las heroínas de las novelas, hablarte de su interés por los callejones, los bares baratos, las agónicas actuaciones de las compañías ambulantes en cualquier granero, por deambular en la oscuridad de cualquier perdida ciudad en soledad, por los viajes en autobús por carreteras provinciales. Sin duda estaba loca, pero ¿es esa una razón para dejar de amar a alguien? Después de su muerte asalté, sin pudor, los cajones de su dormitorio. Encontré hojas donde ella soñaba que tras la muerte existe la literatura. Todo lo que muere debería transformarse en un cuento. Según ella, Freud no existió más que Sherlock Holmes, ni su abuelo más que uno de los personajes de sus cuentos, Guadalupe Humanidad -fulana por filantropía-, o que ella misma después de muerta. Espero que igual ocurra con el dictador. Siempre fue una mala escritora, aunque su imaginación no tenía límites. Encontré frases desdibujas, casi extraños jeroglíficos. Están a salvo de fisgones. Las he experimentado mil veces, una tras otra, repitiéndolas sin cansarme, gozando con que fueran exactamente iguales, sin entenderlas, como un crío come aprisa el primer pastel para empezar a comer el segundo. Una de sus frases:

"Me acosté temprano muchas veces en mi juventud para soñar con mi amado, traicionando al real con el de mis sueños"

Un fragmento de uno de sus textos: " ¡Qué lejos el océano de la luz inefable! Anhele las largas y deliciosas noches de insomnio, con una pierna sobre el brazo del butacón, la otra sobre la mesa de mármol. En soledad, en la hacienda, soy unos grandes ojos que se mueven de lado a lado, y miran largamente de modo manso y dulzón el techo, la noche, dejando gotear el tiempo. Esto es la noche, una inmensa sala de espera. La claridad no faltará a la cita".

Pero faltó, ganaron los fascistas. Sin embargo, yo no he faltado a la mía. No se que contar de ella, no te he dicho nada, no se hacerlo mejor, tampoco hace falta. Atentamente, un hombre que la amó".

Bien, esto es parte de las hojas que encontré en Oxford. Me decidí a seguir mi investigación. Lo que más me desconcertaba era que el hombre de la carta, tal vez por ignorancia del idioma inglés, dirigía su carta a un español. ¿A mi? Era un español, republicano, exiliado de la guerra civil tal vez. Y se mostraba incapaz de adoptar el punto de vista del lector. O bien no tenía estudios, pero el texto, la manera de decir, parecían indicar que no era el caso. Podía atribuirse su falta de perspectiva, de valor informativo de las hojas, a sus emociones, y estas a las circunstancias, la muerte de su amiga. Pero no, creo que la carta no estaba escrita bajo el influjo de un arrebató, era una carta calmada. Escrita tal vez antes de la propia muerte de Ana, en parte al menos.

Luego pensé que un hombre como él sabe que sólo lo que no conocemos atrae, a los idiotas al menos, incluso puede llegar a apasionar. Así se aseguraba, tal vez, el proporcionar a su amiga, nuevos amigos y amantes. Me pregunté si dado que soy tonto de capirote, tímido y misógino, no era inevitable que yo la amase también.

Pensé en descubrir la razón de tan extraño proceder. ¿Por qué en Oxford?, ¿Por qué en español?, y todo lo posible sobre ellos en definitiva. Durante la comida, el profesor contó como viaje a España, y con los indicios de la carta localizó el pueblo de Cádiz de donde eran Ana y su amigo. Habló con la gente de allí y algunos viejos los recordaban, encontró la casa de Ana, con una fachada con blasones labrados en piedra ostionera, que ahora tenía alquilada un médico que la usaba para pasar consulta. Habló con el médico, que le permitió hurgar en unos armarios donde estaban almacenados todos los viejos papeles que había en la casa cuando la ocupó. Entonces encontró el manuscrito definitivo del amigo de Ana. Decía así:

En la ciudad primigenia de occidente, en Cádiz capital, entonces luminosa y festiva como un tendido de bombillas de verbena desde la noche peninsular, flotando en el horizonte marino, vivía Ana, estudianta del primer curso de medicina, a la que por su dulce simpatía llamábamos entonces Anís. Aunque a veces podía ser seca como el aguardiente. Era una de las

pocas mujeres que estudiaban entonces. Hija de un abogado rico. Se había empeñado en ser independiente como un hombre. Cada mañana paseábamos juntos hacia la facultad. Según ella, yo era el correveidile del señorito Mario, un guapo joven de tercer curso de una familia bien, ni hace falta decir que yo era un pobretón. Aquella mañana, la definitiva mañana en que Alan se entrometió en nuestras vidas, Ana andaba como siempre ensimismada, sin hacerme caso, y yo con mi charla incansable, no sabía estar callado delante de ella. Dije algo que la despertó. Yo hablaba de política y había dicho algo así como: " Sólo los borrachines y los Don Nadies podemos tomar grandes decisiones, valerosas y desesperadas. Acometer contra un tren, la de partir o acabar. Bruscas y firmes, cambiando el devenir de nuestras vidas. Debemos matar al dictador. En ese instante vi a Mario. Y añadí. Aunque sólo nos duren unos minutos, luego la flaqueza y vuelta a arrastrarnos". Todavía me duele su mirada de entonces. Primero me miró con atención, aunque Mario estaba ya al alcance de nuestra vista, surgió por la esquina de la calle Castillo, ella lo ignoró, luego yo añadí aquella coletilla de desgraciado y su mirada hacia mi se volvió de una piedad casi impersonal. Y se volvió hacia Mario. Y lo saludó alegremente.

Mis recuerdos son ya confusos, no se cuanto fabulo. Pero sí, nos quedábamos sentados en el cantillo de su puerta o en el mío hasta las tantas, hablando felices de las mayores tonterías. Una vez dijo que únicamente podría querer a un hombre, y que era tan concreto que tal vez ya hubiera existido y muerto, o que existiese ahora, pero en algún lugar remoto del mundo y fuera imposible conocerlo. Dijo que no haría la idiotez de quedarse con cualquiera del surtido, a la fuerza con uno de los que existen hasta donde la vista alcanza, como hace el paisanaje, optar entre lo que tropieza, empeñado en querer. Otro día, bueno, hacíamos chiquilladas, nos poníamos en los butacones de su salón colonial, cabeza abajo o patas arriba, para poder sentir el movimiento de rotación terrestre. En otra ocasión, afirmo que a pesar del corto avance de la ciencia y de la técnica, ella era capaz de conseguir que un hombre alcanzara la velocidad de una bala. ¡Imposible! -exclamé yo-. Nada más fácil, dándole un tiro -replicó ella-.

Pero debo volver a Alan. Aquella mañana teníamos prácticas de disección de cadáveres con el Doctor Gonzalvo, profesor de gran prestigio como forense y criminólogo, en las dependencias bajas del hospital Zamacola. Allí había nichos colectivos y piezas de hielo robustas como columnas. En alguna de las neveras, que ronroneaban más que un ejército de gatos, se conservaban algunos restos de cuerpos humanos. Algunos porteros enfriaban allí el vino. Otros restos, cabezas, manos, estaban como las uvas en aguardiente, pero en formol. Anís y yo dimos una vuelta por el museo de la muerte, y ella creyó ver en una cabeza en formol al hombre de llevaba tanto aguardando. Jodida cabeza, se conservaban algo los rasgos del rostro, aunque turbios, podía haber sido hermoso el condenado, a pesar de la rigidez. Ni que decir tiene que me pase una semana vomitando. Dios no

podía ser tan injusto. Ana no podía estar tan loca. Bautizó a la cabeza con el nombre de Alan. Aquella cabeza podía haber conocido otros mundos, el terror, podía haber sido un ajusticiado. Ana le tomó verdadero afecto, charlaba con él. ¡Pobre Alan! le decía. Nadie te reclamó, a nadie le importabas. Y así le resultaba unas veces que él había entristecido, otras que le sonreía. Nunca quiso conocer su verdadero nombre, ni sus datos. No interrogo al personal del hospital, ni indagó en los archivos. Ella, confusamente, le atribuía biografías entrecortadas y disparatadas, a las que siempre le faltaban datos y que no se podían completar, en las que todo cabía y todo era modificable, reconstruible. Esos eran nuestros juegos ahora, jugábamos a las muñecas con Alan. Tendría gracia, pero fue la etapa más triste de mi vida.

Afortunadamente aún hubo lugar para buenos días. Recuerdo uno, donde paseamos en pleno verano del membrillo, al sabor de la fresquita llegada con el atardecer, andando calles al azar, en la medida de lo posible, pues la fuerza de la costumbre solía empujarnos hacia las arenas de la caleta. Discutíamos, divertidos -al fin sin Alan-, sobre temas aleatorios, según invitasen los callejones, los vehículos, las gentes o los escaparates. En realidad criticábamos a todo hijo de vecino, análisis llamaba yo con mucha seriedad a aquello. Yo me despachaba a gusto con el imbécil de Mario, y a ella parecía darle igual. Aquella tarde especulábamos sobre modos originales de ganar dinero. Como en esos momentos paseábamos paralelos al muro del camposanto, tuve la ocurrencia de proponer comprar parcelas, solares para convertirlos en cementerios privados, para líneas familiares y estirpes completas. Luego -continué soñando- haríamos el negocio internacional, compraríamos parcelas en lugares exóticos como la China. Haríamos publicidad del tipo: muera en España y descansa en la China milenaria, junto a la sabiduría de Confucio. Visite el mundo después de muerto, ahora tiene todo el tiempo. Le garantizamos cinco años de reposo junto a la tumba de Napoleón o junto a su artista favorita...Y ampliaríamos los servicios a nuestro muy serios clientes. Nunca sonrías, ¿te has dado cuenta? -le decía yo a Ana-. Nos encargaríamos de cumplir su última voluntad, por muy ilegal o inconfesable que fuese. Tirar las cenizas a la mar oceánica, dárselas a escondidas de consomé a su parienta, para que sea verdad que lo llevará dentro por siempre o viceversa. Crearíamos el departamento de Consolación, para los dolientes, para relacionar a viudos y viudas entre sí, con el encabezado: el muerto al hoyo y el vivo al bollo. Y nos ocuparíamos de la venta de cadáveres a las facultades de medicina...

Esto último no le hizo gracia a Ana, como un imbécil, supongo que le recordé a la pelota -como yo llamaba a la cabeza muerta, a Alan-. Y me dijo. ¿Sabes?, me da miedo la muerte en Andalucía, es como un aullido, un esperpento, demasiado ruidosa y con ataques epilépticos, es tragicómica. NO la entiendo. A veces en los velatorios me dan ganas de reír al verlos con las caras desencajadas. Otras los desprecio sinceramente. Debe ser que no

los entiendo, creo que fingen. No lloran para ellos, lloran para los otros. Me parecen animales. Prefiero el modo de otros países, donde el lugar para los muertos es una inmensa pradera en el corazón de la ciudad, parques con banquetas, puestecillos y niños con globos. Además, cada lápida debería portar una fotografía con su morador, y una biografía para distraer a los paseantes, pero optimista o misteriosa, cosas escritas por sus amigos y enemigos, cosas como: fue un cerdo. Le olían los pies. O recuerdo la tarde en que... esto sería la auténtica inmortalidad, una verdadera comunicación con el más allá, sin mística ni brujerías.

En el curso siguiente nos mandaron conseguir un esqueleto humano, para tenerlo en la habitación de estudio. Se podían adquirir a buen precio del sepulturero, de las fosas comunes. Pero, Anís, como siempre, y yo detrás, decidió intrépida, embozada, robarlo, ser una maldita ladrona de cadáveres. Jodida niña rica, pensaba yo todo el rato, mientras le hacía de compinche, y aterido de frío le ayudaba a saltar la tapia. Saltamos, arropados por la negrura de la noche, y luego excavó con una pala y con sus propias manos en la tierra negra, de la cual afloraron racimos de lombrices, resbaladizos y fríos, humeantes como tripas azuladas. De entre las tumbas, había elegido una sin nombre, sin epitafio, sin fechas.

Ya en su casa, en su dormitorio, después de transportar los restos de un modo irreverente en una cesta de esparto, nos dedicamos a lavarlos y a despegarles la tierra. Reconstruimos el esqueleto. Anís lo miró largamente, sin poder creer que aquello alguna vez había sido un hombre. A la mañana siguiente bajamos a contárselo todo a Alan. Sin embargo, al cabo de unas semanas había olvidado por completo al bueno de Alan. En realidad, comenzó a engañarlo, casi sin darse cuenta, como un chiquillo chico traiciona su viejo juguete por el nuevo. Yo sentí lástima de la pelota, tenemos que jodernos, le dije, luego me sonreí, me estaba volviendo tan loco como ella, hablando con la cabeza muerta. El esqueleto se convirtió en su marido, en su esposo, creo que hasta dormía con él. Lo llamaba amigo mío, como las mujeres rusas de la corte del Zar Nicolás llamaban a sus amantes. Yo decidí que era el momento de irme. No podía soportar todo aquello por más tiempo. Deje los estudios y me fui a trabajar al campo. Luego estalló la guerra. Ella se hizo republicana. Murió casada con el fascista de Mario, de parto. Y el resto ya lo saben, cumplí su voluntad. Llamó a la pelota Alan, en honor a su escritor favorito Edgar Allan Poe y el esqueleto de su esposo cadáver yace junto a ella en su tumba de Oxford. Yo no soy nadie y me vuelvo a la nada.

El profesor comentó que se interesó también por la vida del amigo de Ana, que pudo localizar la casa de sus padres en el pueblo y que hablo con ellos, pero que estos le contaron que tras abandonar los estudios de medicina y volver al pueblo luego se marchó de allí, en principio a trabajar para un familiar en Rota pero que nunca llegó a su destino. Así que el profesor se tuvo que conformar sin saber la historia de la persona que realmente le interesaba.

7. La lectura del periódico en la hora del desayuno

El profesor se despidió de José tras la comida. Yo había seguido al muchacho del autobús hasta la facultad. Lo perdí de vista allí, en un despacho, aunque me percaté de que era un ladronzuelo. Para partirle la cara o denunciarlo, pero cuando espío soy un fantasma, nunca intervengo, no me parece ético, salvo en circunstancias muy excepcionales. No volví a verlo hasta que, para mi sorpresa, salió del aula magna de la facultad, en compañía de un profesor que acababa de impartir una conferencia, que no pude escuchar. Los seguí a ambos hasta un barucho, y me senté en la mesa de al lado a escuchar su conversación. Así que yo también supe de la historia de Anís y su amante amigo de hace cincuenta años. Se despidieron para siempre, José y el profesor. Nunca más volvieron a verse.

Ignoro si José leyó el artículo del profesor a la mañana siguiente en el diario. Aquel día, tal vez al igual que él, tal vez en el mismo café a una hora distinta, yo también leí el artículo del profesor sobre el amor. Me encanta desayunar una tostada caliente de tomate natural triturado con aceite de oliva y sal en los bares, mientras leo el periódico.

Diario Ideal, Granada, tantos de tantos: ¿Cómo se enamora usted? Por el Profesor Miguel Fénix, de la Universidad de Oxford. Todos hablamos de amor, pero ninguno sabemos muy bien qué es. El saber popular dice que no se puede saber, ni razonar, ni formular en palabras o ecuación. Cuando estamos enamorados, de algún modo nuestra mente está poseída. Pero ¿Cuál de ellas?. Tenemos más de un tipo de mente. La evolución nos ha dotado de cuatro tipos de mente que coexisten en un mismo cerebro. La mente Darwiniana, la mente Skinneriana, la mente Popperiana y la mente Gregoriana, según el filósofo Dennett. ¿Cómo sería el amor Darwiniano o genético? ¿Cómo sería el amor Skinneriano o por ensayo y error? ¿Y el Popperiano o por imitación y ensoñación? ¿Y el amor Gregoriano o inornívoro (comedor de información)?.

Si usted ama a la Darwiniana, se enamorará del fenotipo, esto es, será muy importante en su amor el físico de su pareja, tal vez su olor, la proporción de sus caderas, el tamaño de los pechos, en resumen los indicios que apuntan a que será una buena paridora y madre. En este tipo de amor reproductivo e inconsciente, destinado a pasar genes de generación en generación, para la mujer serán importantes la anchura de hombros y espalda del varón o la forma cuadrada de su mentón, indicios de ser un macho sano y fuerte, con buenos genes con los que dotar a los hijos. La ropa, nuestra segunda piel, potencia los caracteres sexuales secundarios para hacernos más atractivos, capaces en apariencia de seducir, dar seguridad o de mostrar poder.

Si su tendencia amorosa es Skinneriana, usted tiende a tropezar en la misma piedra. El amor eterno y pasional lo produce un condicionamiento operante con un programa de refuerzo parcial de razón variable. Esta terminología

significa ser agradable unas veces sí y castigar otras veces, sin que la víctima a seducir pueda predecir cuando va a ocurrir una cosa u otra. Este es el comportamiento característico del seductor egoísta que parece seguro de sí mismo (chulo y divertido). Si usted desea enamorar, no sea predecible, no sea siempre agradable o sólo será su amigo, pero no despertará su atracción. Este es ya un modo de amar aprendido, posiblemente inconsciente. Exagerando un poco, el síndrome de Estocolmo sería su máxima manifestación o el amor como adicción. Es, al final, un amor sufridor.

El amor Popperiano, es un amor tomado prestado de los padres, cuando alguien se casa con otro alguien que se parece a su padre o a su madre o es justo lo contrario, y reproduce el mismo tipo de relación que ha observado en sus mayores, para su propia desesperación con frecuencia. En este modo de amar, existe la imaginación tornada en romanticismo, que conduce habitualmente a la desilusión. El problema es que la supresión del pensamiento no funciona, la lógica de yo no quiero ser como ellos produce el efecto contrario. Cuanto mayor te haces más te conviertes en tu padre o en tu madre, salen de dentro de ti como un alien. El cine también contribuye a este modo de amar a través de modelos. También la conducta no verbal es importante en el amor por imitación, pues nos muestra las intenciones del otro. La pupila dilatada indica interés. La luz de las velas románticas funciona pues producen dilatación pupilar artificial.

Por último, el amor inornivoro o comedor de información, consiste en enamorarse a través de la palabra y la información. El poema que seduce, pero también el estado de cuentas o la seducción a través de terceros, por medio de celestinas. Es un amor persuasivo y cotilla. En realidad aportar nueva información no es necesario, pues la repetición de la misma información mantiene a nuestro cerebro glotón distraído. A veces la verbalización gregoriana es sólo una auto-justificación en los postres de la seducción, cuando quien manda en realidad es un amor más primitivo, pues todas las formas del verbo amar se conjugan. ¿Cómo se enamora usted? ¿Lo sabe? Tal vez su patrón sea un revuelto de todo esto, tal vez mande un tipo de amor sobre el resto. No se preocupe, saberlo no le ayudará a remediarlo.

.

Tras leer el artículo, José decidió que lo suyo con Mar no tenía remedio, se guardó el artículo en el bolsillo y decidió también quedarse a vivir en al Albaycín, como vagabundo, compró una flauta, pedía limosnas en el arco de las pesas y vivía en una cueva del Sacromonte con varios perros, atado al alcohol para olvidar a Mar, esperando tal vez algo, aunque no sabía qué.

8. El sueño del hombre o el hombre del sueño.

Hoy estreno bata de laboratorio y color de las paredes, amarillo suave. Las he pintado yo. Estoy satisfecho. Parezco un doctor de verdad, por una

vez. Aunque me he manchado la bata. El Doctor Pepe, suena mal, pero me gusta. Leo la ficha antes de recibir al nuevo paciente: Hombre blanco de 25 años, acude a consulta a través de su hermana. El nombre es Martin. El problema, una cojera psicológica. No reconoce a su pierna izquierda, declara que es una pierna fría y muerta que no es suya. Sin razón física conocida, la arrastra como si fuera de trapo, desde hace unos meses. Me apunto una nota: explorar posible daño neurológico causante de pérdida de propiocepción de la extremidad inferior izquierda.

Soy Doctor, de los de verdad, con tesis doctoral, y psiquiatra, además soy detective, un detective psíquico. Esta es mi profesión, sólo acepto casos extraños, que me permitan aprender nuevas experiencias. Desde que abandoné el pueblo y el capitán América se perdió en los comics y recuerdos de mi infancia, han pasado muchos años de estudio y aquí estoy, tratando de cumplir otro sueño infantil, el de ser un detective en Granada. Voy a repasar las grabaciones de mi paciente mientras me tomo una cerveza.

1º Grabación.

- Suelo viajar y me encuentro cosas. En invierno, junto al mar, en pueblos abandonados por los turistas, con mi detector de metales, busco algo, no se lo que es. Encuentro cadenas y monedas. Busco al mar, creo.

Hace tiempo, en un pueblo de Extremadura, en la mesita de noche de la sucia y húmeda habitación de un hostel de tercera, encontré un papel con un número mágico. Podía ser cualquier cosa, la combinación de una caja fuerte o yo que se. Como dije, era un número primo, así que lo marqué a la mañana siguiente desde una cabina telefónica. Siempre lo hago con los números primos. Al marcar me equivoqué en la última cifra, pero decidí oír la voz del otro lado. Era una voz de mujer, muy agradable, y familiar, me encantó oírla. Colgué, sabía que estaba en el camino.

2º Grabación.

- No se, sí, claro, todo tiene que ver con los sueños. Como debes saber, tenemos dos vidas al menos: la diurna y la onírica, y en ambas una biografía distinta. Claro que se influyen. Por supuesto, hablo con los muertos, con tranquilidad. No, en los sueños nocturnos y en los diurnos. Una vez me metí en los sueños de otro hombre. Pero él me hizo saber quien mandaba allí, detuvo su sueño, y me pidió que siguiera mi camino. Ocurrió en un autobús en un pequeño pueblo al sur de Londres llamado Egham, mientras estaba ensimismado, yo iba a una reunión a ver a unos amigos a los que quería mucho, pero resultó que no eran "reales", me dio lástima, tuve que "bajarme" del autobús. No, nunca he estado allí en mi vida diurna.

No pretendo hacerme el misterioso doctor, tal vez estoy como una chota pero quiero decir esto: "Estoy seguro de que me ama. El otro día, después de faltar a nuestra cita para cenar, apareció y me trajo una maceta de la flor de la alegría para mi casa. ¿No es encantador? Eran de plástico, así duran más,

me dijo".

Paseo por la noche por Granada, solo. Así descubrí al hombre de los escaparates. Un ladrón simpático, creo. Yo no puedo entrar, él no puede salir. Lo conozco desde siempre. Vive en ellos, son su hogar. Es un buen tipo. Duerme en las camas de las tiendas de muebles. Me dice que el mundo se ve distinto desde dentro de los escaparates, la gente, la ciudad. A veces se pasa noches enteras probándose zapatos. Otras comiendo pasteles. Su vida es transparente, todo el mundo puede verlo, hasta cagar, tras la luna. Sí, es un mimo, con su cara de payaso, quieto de día en la plaza de la fuente de las batallas, e hiperactivo de noche. Dígame doctor, ¿está usted dentro de mi cabeza? o ¿mi cabeza dentro de su inteligencia? Es una pena que no sepa usted leer pensamientos.

¿Un sueño?, no lo que le cuento no son sueños. Son "un pensamiento perdido" por alguien y yo los colecciono. Esto que le voy a contar ahora sí es un sueño mío. "Estaba acostado, me levanté para ir a mi trabajo, pero al salir por la puerta no había calle. Resignado y despreocupado, sigo sobre mi mesa transcribiendo cosas que están ocurriendo. Una chica va de "paquete" en una moto, grita salvaje en la noche, y ya es para mí más que una desconocida. Alguien toma una fotografía de su perro, al fondo hay un edificio. Dentro del tercero izquierda estoy yo, desde allí le escribo, doctor. Siempre quise tener una buena mesa de madera, para comer. Es lo mejor de la vida. He comido en la mesa de mi madre y de mi abuela, en la de mi mujer y en la de mis hijas y nietas, pero no sabía lo que era una mesa propia, hasta ahora. Sentía un temor cada vez más terrorífico, al vagar del mundo sostenido por una mujer al mundo de otra, cada vez más ajenas a mí. Cada día le cambio las flores y la fruta de la cesta, a mi mesa bonita. Escribo sobre ella, como sobre ella, duermo sobre ella".

Grabación tercera:

"¿Has visto que cutis tengo, hijo? A mis 60 años. Es que desde hace dos tengo un novio. Viudo como yo. Y me tiene todo el día de paseo. Y todo el día comiendo jamón en las ventas de la carretera. Este hombre sí que me entiende a mí bien".

¿Que le hable de esta frase sin sentido? Es como las otras. Lo importante es que me encuentre cosas y que todo me viene bien. También las frases. No se quien me lo enseñó, pero se que si un torero ansia la gloria de morir en la plaza, no morirá en el ruedo, sino en el asilo de ancianos. Es otra de las frases enigmáticas.

Tras parar la grabación, para parar la cascada de pensamientos y poder reflexionar yo un poco, sobre todo a partir de la grabación segunda, con el tema de la casa y la fotografía del perro y lo del torero. Entiendo lo del torero, en clínica lo llamamos intención paradójica, consiste en aceptar lo peor. Esto es, para conseguir lo que quieres debes engañarte a ti mismo y no desearlo.

Lo llaman intención paradójica. Consiste en pretender aquello que tememos. Así un tartamudo que se empeña en tartamudear no lo consigue. Un insomne que se empeña en no dormir acaba cayendo rendido. Por ejemplo, cuando trataba de aprender a montar en bicicleta, tenía mucho miedo a caerme o a chocar. Me encontraba en una gran avenida despejada donde sólo había una farola en el lado izquierdo. Tuve miedo de chocar con la farola, lo recuerdo. Fue un pensamiento fugaz. El resultado es que el miedo dirige, es decir, que la persona hace lo que teme. Me dirigí directo hacia la farola, y me di un carajazo. ¡Pum!. Volví a escuchar la grabación hecho un lío.

- Pero yo tengo suerte, Doctor, continuo Martín. No lo recuerdo bien. Ni siquiera se si le estoy diciendo la verdad o le estoy mintiendo. Creo que intento decir la verdad, pero me vienen interferencias, de los pensamientos perdidos de otras personas. Esta mañana me he encontrado en una cafetería este sentimiento: "Me voy a mi casa que mi marido debe estar al volver. Te he dejado la comida sobre la mesa. Tómate las pastillas del corazón. Dame un abrazo. Dime, tú, cuando yo te abrazo, ¿por qué no me abrazas.? A ver, es que yo no se -con sonrisa avergonzada-".

- Lo peor es la necesidad de transcribirlos, los pensamientos. No puedo dejar de escribir, ni mientras como ni mientras duermo. ¿Cuándo empezó? No lo se. Recuerdo a un viejo y triste profesor del instituto, me tomaba un café junto a él en el bar del centro, cuando al irnos se olvidó su cartera. Me di cuenta, y se la recogí. Mientras me daba las gracias me comentó que no sólo se olvidaban los libros escritos, también los que están por escribir, los pensamientos, y que luego son de quien los encuentra. Sonreí. Pero ahora se que allí empezó todo, mucho más tarde, eso sí. Empecé a recoger pensamientos olvidados por otros. El profesor me hizo consciente de algo que casi nadie sabe. Desde entonces me fue fácil verlos abandonados, a los pensamientos. Mi trabajo es escribirlos. Por cierto, doctor, ayer se dejó usted olvidado un pensamiento en el sofá. No, no se disculpe, es muy normal, acabaremos pronto hoy y podrá ver el partido de fútbol.

Un día que vi a un chico correr detrás de un autobús que partía. El chico estaba sonriente y diciendo adiós con ambas manos a su chica. Tropezó, calló de modo torpe y ridículo. Se rieron desde el autobús. Se levantó, feliz, sin prestar atención a sus pequeñas heridas y lanzó un beso sentido al autobús. Luego me contó que no tenía novia, que sólo soñaba que las viajeras lo eran. Pero en realidad yo no vi esto, ni el chico me contó nada, pero se que ocurrió. Simplemente lo sé. Aunque lo que ignoro es si el chico soy yo.

Al final de la sesión anoté algunos rasgos de la conducta no verbal de mi paciente. Gran capacidad para ponerse en lugar del otro, para la empatía, también parecía hipocondríaco. Conducta corporal de aproximación, pupilas dilatadas, sonrisa franca y sencilla. Un tipo agradable. Acudí a casa de

Martin. Le pedí a su hermana el álbum familiar de fotos. Por cierto, ellos se parecían bastante. Apunté en mi bloc notas sobre su parloteo incansable. Busque las fotos de perro con edificio al fondo, las de toreros.

Hallé una de perro con edificio al fondo. Al fondo se veía la casa nº 45 de la cuesta de Gomez. Visité la casa. En la casa vivían unos estudiantes, de bellas artes, no paraban de fumar porros. Les conté que su casa alquilada había sido mi casa familiar antes, que tenía un gran valor sentimental para mi, y que le estaría eternamente agradecido si me invitaban a un café y me dejaba echar un vistazo. Dijeron: claro, hombre, pasa. No encontré nada. La hermana de Martin no sabe nada de la casa tampoco. Me gusta, le digo con una sonrisa abierta si podemos vernos un día. Me dice que es muy poco profesional, que cuando haya curado a su hermano, tal vez. Las mujeres y sus chantajes emocionales. Tendré que esmerar si quiero besar esos labios cálidos. Aunque los recuerdos de Martín no le parecen reales. El no tiene un detector de metales. Tampoco ha estado nunca en Extremadura, según su hermana, que se llama Mara. Ella me dijo que Martin había heredado el don de su madre, para su desgracia: sentir lo que los demás necesitan. Sobre todo al salir del instituto. Comenzó a imitar los gestos de las personas. Si alguien estaba triste, la cara de Martin se ensombrecía al instante, era un reflejo inconsciente. Si en las clases de atletismo alguien saltaba, Martin levantaba una pierna, como si él mismo fuese a saltar, en el instante mismo del salto del otro. No, no era tanto un asunto de falta de personalidad, como de ayudar en el esfuerzo, ayudar a saltar. También se metió en líos, empezó a llevarse cosas, sí, tuvo anorexia nerviosa durante un año, luego comenzó a hacer pequeños robos en tiendas, ya sabe cleptomanía: llaveros y cosas así. Pero no los coleccionaba, los regalaba, a veces a desconocidos, pero no a cualquiera, el parecía saber a quien. He usado el detector de decepción con Martin: no miente.

Me he dirigido a la agencia de alquiler responsable de la casa. Les he comprado la lista de anteriores inquilinos, de los últimos 5 años. Con los recuerdos de Martin he delimitado una lista reducida de pequeños pueblos en Extremadura donde pudo haber estado. He pasado tres fines de semana visitando todos los hostales, tampoco hay muchos, mostrando la lista de nombres. Un nombre de la lista pasó dos noches en un hostel de un pueblo llamado Jerez de los caballeros. Había habitado la casa de la cuesta Gomez hace dos años. Alquilé la misma habitación. Sólo hacía algunos meses que había estado en el hostel. En la mesita de noche encontré una revista pornográfica vieja y una tarjeta con la dirección de una tienda de muebles en Granada. Al despertar, por la mañana, sentí un pinchazo en el talón de Aquiles, se me había clavado un trocito de cristal que había en las sábanas. La sabana blanca se manchó de sangre. Amenacé a los del hostel con denunciarlos. Volví a Granada. Visité la tienda. Miré el escaparate, luego entré y pregunté por mesas de madera, de cocina o de comedor, estilo rústico. No encontré nada. La tienda de muebles se llamaba MAR. Más tarde

me hice las pruebas del SIDA. No hubo problemas. Volví después de medianoche a merodear en torno al escaparate, por si aparecía el mimo de los escaparates. Pasé frío.

Grabación sexta. Dígame doctor...pero, ¡por favor!, no se de por vencido tan pronto, haga el esfuerzo que lleva al secreto. Pero, dígame, ¿mi madre es sólo mi madre o es todas las madres? Mi madre escribió una vez algo, aunque no sabía escribir, o yo no sabía que ella sabía escribir:

"El día uno de Noviembre es el día de todos los santos. El día dos es el día de los difuntos. Esos días vamos toda la gente al cementerio a llevar flores a sus difuntos. Yo personalmente voy todo el año a llevarlas y a rezar por mis seres queridos, que son muchos los que tengo allí. Aunque yo creo que es una tontería porque después de muertos ya no hace falta nada, las cosas hay que hacerlas en vida.

Mis padres decían que ellos no iban hasta que no los llevasen. Mi madre hace siete años que murió y mi padre tres, y yo no los olvido nunca, y voy mucho a la iglesia para encender velas al Nazareno y a la virgen del Carmen, pues mi madre era muy devota de ellos, por eso yo lo hago en su memoria y mis hijos también siguen mis costumbres".

Dígame, doctor, ¿por qué una mujer que nunca escribía, cogió la pluma para dejar este testimonio? Sabe doctor, he tenido que arrojarme al mar para llorar dentro de él, en otro sitio no cabía mi llanto inútil, mi extrañeza, por la ausencia de mi madre. Como se lo digo, el sábado tuve que coger un autobús a Almuñecar para tirarme al mar, el mar de nuevo, mejor que tirarme por la ventana, y llorar a gusto. Luego tuve que robar un coche, un Golf audi blanco de Madrid, para volver a Granada, ya de noche. Sabía hacerlo, el puente quiero decir. Estoy seguro de que no ha sido la primera vez, lo de robar, digo.

Una vez amé a una mujer, doctor, creo recordar, también ella esperaba algo, se llamaba Mar: "Aquel día Mar no supo reaccionar. La llamada inquisidora se propagaba rítmicamente por todas y cada una de las habitaciones, de una casa habitada únicamente por el amor, la confianza y la comprensión de dos personas. Sobresaltada acudió al auxilio de la débil voz, entrecortada por una fuerte tos, que surgía del interfono que le cedía su compañero. No lo podía entender, todos sus planes se habían ido al traste, y la sutil lista de estrategias construida para tales fines, también había fallado. Sólo pronunció un sí, antes de descender acaloradamente los desiguales peldaños que con esmero alguien había construido sobre los años 30, según databa el letrero que sostenía una viga de la entrada.

Preocupada por su aspecto, comprobó agudamente cada uno de los detalles que la adornaban, relegando a un segundo plano la ausencia de un sujetador instantes antes abandonado. Los pendientes ocupaban su lugar, al igual que el reloj, los anillos y los pelos del flequillo. Al abrir el cerrojo que protegía ese majestuoso portón se topó con.. "

- Esto es lo que escribe mi pluma cuando pienso en ella, es todo lo que sé. Una voz me dice: "Construye un mundo. Estás preparado, hasta para fracasar, tú eres la vida". Y me voy en tren a algún lugar. El tren es un prodigio de velocidad, de ventana móvil. Sin embargo, uno no tiene la sensación de estar ya en otro sitio. Comprender es el juego de las muñecas rusas, se me ocurre, y me siento inteligente. Grabo cintas con la voz de las estaciones, el ruido de los trenes y las charlas de los pasajeros. Siento la voz de ultratumba que me habla, y en los sueños me confundo en el juego de ser y parecer. Pero todo lo que se me ocurre en una parada, mientras tomo un nuevo tren es observar al gato de la estación. El gato no cogió el tren, yo sí. En las estaciones todo es de ida y vuelta. Eso es todo lo que he aprendido.

Yo tenía que dar una conferencia en la facultad de Filosofía y Letras, era un profesional invitado en unas jornadas sobre criminología científica, debía hablar sobre la mente psicótica. El caso de Martin me bombardeaba la cabeza. La amada de Martin se llama como la tienda de muebles. El hombre del hostel de Extremadura y de la casa de la cuesta Gomez se llama Manuel Artiz Ruiz. No puedo evitar darme cuenta que si junto sus iniciales, surge el nombre de Mar. He investigado sobre él. Desapareció sin dejar rastro hace años. He intentado olvidarme del caso, para ver si eso me permite resolverlo (he tratado de aplicar la intención paradójica). He paseado más allá de la medianoche visitando todos los escaparates y maniqués de la ciudad, buscando indicios. Mara me dijo que Martin había estado unos meses en un grupo de teatro, y que hacían pasacalles, con juego de antorchas y monociclo, Martin iba de charlot mimo estático, con la cara harinada, sus ojos azules y enormes, se hacían aún más grandes, era unos ojos dulces que recogían mucho dinero en el sombrero, sobre todo de las chicas y de las mamas. He tratado de oír a mis sueños, pero duermo tan profundamente que no recuerdo nada. Y sin embargo, todo este trabajo inútil, no resultó tan inútil al final, parece. Me hice una putada a mi mismo. No tengo ni puta idea de por qué dije lo que dije. Aquel no era mi discurso preparado. La improvisación espontánea me visitó, para mi vergüenza, ante mi auditorio de jóvenes universitarios y profesores. Esta fue mi presentación el día de mi conferencia (mientras lo decía me daba perfecta cuenta de haber jodido mi carrera académica):

" Me encontraba paseando por Port Meadow, en Oxford, observando los caballos y vacas libres, el río y a los jóvenes estudiantes practicando remo. Es difícil imaginar un sitio menos adecuado para hablar del amor que el salón de actos del viejo Trinity College, pensé. Así que decidí venir a Granada, a una ciudad mítica, a dar esta conferencia. No pertenezco, no obstante, a la tradición romántica inglesa. En realidad, mi tema no es el amor. Nadie sabe como se inicia. Posee su origen en una cualidad inaccesible para la ciencia (I hope). Stenberg (1994) tiene una interesante teoría sobre su mantenimiento, basada en estudios psicométricos, para predecir la duración de las parejas. Sin embargo, mi tema es el desamor y sus efectos. Soy un psicólogo

experimental, y esta conferencia, de los cursos de verano, mi excusa para viajar por Europa, en mi último viaje. No es un viaje nostálgico, aunque me siento tan viejo como Europa, pero miro hacia adelante. Tengo 35 años y se del amor menos que cualquiera. Durante mi vida académica he conocido a grandes hombres, quienes después de una larga vida dedicados a la ciencia se retiran con un tema de viejo, escriben algún sabio libro sobre la filosofía y la mente, o sobre las claves bioquímicas de la felicidad. Algún libro hermoso e inútil, donde queda patente que la ciencia no sabe gran cosa y que el desarrollo espiritual de algunos hombres de ciencia es extraordinario, lo cual los hace amables. Willian James es el caso más expresivo. Es mi turno. No soy viejo, no soy sabio. Pero tengo SIDA. Ustedes hagan como que no lo saben, pues son espectadores de algo invisible. Sólo yo debo saberlo. Ustedes no lo merecen, ni por ser demasiado buenos ni por ser demasiado malos. Mi sentido del humor, mi vanidad, mi rencor, mi alejamiento de los pecados capitales, me llevarán a decir con mucho sentido común, con mucha madurez, algún disparate, que no sea verdad pero tampoco mentira. Tras años de trabajo sobre el inconsciente, me puedo permitir este capricho. Nunca he sido un rebelde, es mentira, lo he sido siempre, aún lo soy, pero un rebelde discreto, si ello es posible. Después de todo, mi única vanidad ha sido pretender ser un caballero inglés, aunque soy español. Y ya ven he resultado marica. Sospecho que todos los caballeros ingleses lo son. He llegado hasta aquí, hasta ustedes. No es lejos. No es cerca. No me preocupan las reacciones de la audiencia, sólo espero que no acudan a etiquetas fáciles, ya saben, misógeno, infeliz, "gay"...al menos esperen a escuchar el relato. Como científico conozco lo tentadoras que son las ideas fáciles, simples y claras, las otras cuestan esfuerzo y exigen abrirse al que habla, ya he luchado contra esta ingrata estupidez, así que mi tolerancia hacia ella es alta. El abanico de sus reacciones es asunto suyo. No he venido a rendir cuentas, he venido a pasar un rato bueno e inútil, como yo."

Todo esto es mentira. ¿Por qué lo dije? Esos pensamientos acudieron a mi boca y yo decidí seguirlos. Jamás he estado en Oxford, no tengo SIDA, no tengo 35 años, no soy homosexual. Pensé en Oscar Wilde. Pensé en el miedo por el corte en el talón de Aquiles en el hostel de Extremadura. Supe que si hubiese dado el discurso en el salón de actos y no en el aula magna, hubiera dicho otra cosa. Las habitaciones hablan. De alguna manera, he adquirido la habilidad de Martin de oír las voces perdidas, lo comprendí de modo fulminante. Investigué, y un profesor había dicho algo parecido a lo que yo dije unos años atrás en una conferencia. De otro lado, tendré que vivir con este estigma. Me esperan expulsiones, burlas, cartas de afecto. Debo haberlo hecho por alguna razón. ¿Qué busco? La conferencia fue un pequeño desastre, el decano estaba nervioso, como un animal enjaulado, sonreía estúpido, y miraba a todas partes mientras se acariciaba la corbata, se escurrió en cuanto pudo.

Décima sesión:

Sabe doctor, he estado pensando en mi habilidad para robar coches. Creo que he recordado haber estado en la cárcel. Más bien, recuerdo la sensación de haber salido de ella, aunque tampoco puedo saber si estos pensamientos me pertenecen:

"Tienes 25 años, acabas de salir de Chirona, tendrías que ser el más feliz de la tierra. Eso me digo, como una cantinela, pero también acabo de saber que Mar no me quiere. Es una cabronada. Ahora sólo deseo un poco de aire fresco, creer en algo bueno, y una mujer. Esta es mi carta a los jodidos Reyes Magos. Sus tetas eran la vida. Eso creo recordar. Eso aprendí a creer en la cárcel. Me he pasado empalmado desde que la conocí, poco antes de entrar en la prisión. Llevo un año duro. Y a los pocos días antes de salir, me entero. Salí, en Mayo, me jodió la alegría, y, tras disfrutar de la ciudad bajo el sol, con un largo paseo, tomé un autobús lleno de gente. Es propio de Granada, caben cincuenta personas pero los conductores apretujan dentro a cien, peor que en el Puerto 2. No pude evitar el contacto de mi cuerpo con el de una tía desconocida. No te digo nada de sus formas. Yo, no quería robar de nuevo, me lo había prometido, ni un poquito de calor humano. Yo amaba, amo, estúpidamente, a Mar. Miré a la tía a los ojos. Como se mira a alguien que se respeta, para que lo supiera. A ella le daría igual, pero a mi no. Ahora voy de legal. Y ambos soportamos el contacto obligado, mi antebrazo sobre la curva de su trasero, por unos minutos. Pero su olor, el sol, la libertad, y la ciudad a través de la gran ventana móvil, fue demasiado para mi, note como me subía y temblé de pies a cabeza, como nunca la música me había hecho temblar, ni en la soledad de la cárcel, mientras cubría la pared de mi celda con un enorme puzzle de la ciudad de Munich. No podía mirarla a ella, me lloraban los ojos, tampoco podía mirar a la ciudad a través de la ventana, por el sol, sólo podía humillar mi mirada, mirar a mis pies, y refregarme los ojos, fue peor que trocear cebollas. Sobreviví a este resfriado extraño, pero me dieron más ganas de querer a Mar. Las tuberías del lavabo se llevaron mi pasión. Nadie va a sentir pena de mi. Es la última vez que me enamoro. Venceré esta mierda. Fue tan sencillo hablar con ella, las miradas y la sonrisa franca, tomé un café con ella y salimos una noche. Fui sincero y optimista, como puedo ser a veces. Le hablé de mi amigo el canadiense, quien me escribió una carta bonita. Nadie me había escrito una carta antes, pero a este fui a atracarlo en la gran vía una noche y acabamos de cervezas, luego desde su tierra me escribió. Le hablé en la carta de mi fascinación por los gatos, y de un mono que vi en otra cárcel, un zoológico. Todos lo miraban y esperaban que hiciera una gracia. Pero el mono estaba triste. No fijaba su vista en ninguna persona. Eran despreciables, los que lo miraban, ellos eran los monos. Se reían de él, les hacía gracia su tristeza, su mirada ausente. El mono tomó una manta sucia que había junto a sí y se tapó la cabeza con ella. Me dolió ese mono. Se lo que es la cárcel. Sin embargo, me bajé del autobús tras la chica que olía tan bien, y la seguí hasta su casa en la cuesta Gomez".

Martin ha dejado de venir a consulta. Voy a visitarlo. Su situación clínica se ha agravado, todo su cuerpo es ahora de trapo. Guarda cama, su bella hermana lo cuida con una dedicación y un optimismo que me estremecen, sobre todo cuando miro sus tetas respirar. Parece además haber entrado en una especie de estado autista. No habla, tan sólo fija su mirada en mi, sin más, aunque su mirada brillante y optimista está ahora sin vida. Me dejó una carta escrita:

Doctor, he soñado que perdía mi cuerpo. He notado la sensación fría de la pierna repulsiva y muerta treparme. Me ha dado tiempo a pensar que somos un puzzle, estamos hechos de jirones, a trozos. Tengo las manos de mi abuela Isabel, los ojos de mi madre, las piernas de mi tío José, el pelo negro de mi padre. ¿Soy un hombre? El carácter debe ser igualmente un mosaico sin sentido. Se puede tener suerte o no, y que el conjunto resulte armónico, parezca un todo, o muchas mentes paralelas. No se quien soy. Sólo se que deseo seguir el ritual de llevar flores a la tumba de los míos el día de los difuntos. No estoy muerto. Sigo pensando, sigo luchando.

Martin me pedía ayuda. Debía seguir investigando. Ha amanecido. Creo que la única manera de solucionar el problema de Martin es pensar que tiene una explicación. Escribo:

Tal vez mi paciente no es un hombre, sino una idea perdida. La idea busca una memoria congruente con ella, y un ser que le produzca satisfacción emocional. ¿Pero de quién es la idea? ¿De Martín?, ¿del hombre del sueño que obligó a Martin a bajarse de su mundo onírico, del autobús?, ¿de la gorda?, ¿del profesor con SIDA?, ¿del mono sabio que se cubrió la cabeza? ¿Del expresidiario? La idea tiene que ver con el piso de la cuesta Gomerez. No se que tiene que ver con la cojera-parálisis de Martín. Tampoco se en qué consiste la idea. ¿Qué es lo que busca? Viaja a través de los hombres en busca de una mujer, la voz del teléfono. ¿Para amarla?, ¿para matarla?, ¿desea encontrarla?, ¿olvidarla? Pensé que Martín, hace algunos años, cuando salió de la cárcel, él o alguno de sus otros yoes, persiguió a una mujer bella hacia el piso de la cuesta Gomerez, hasta el portal. En la escalera exterior de ese piso captó una idea de alguien, tal vez de Manuel Ángel, el hombre del hostel de Extremadura. Ese hombre debe tener algún tipo de relación con una mujer, real o soñada, a la que llamaré Mar, tal vez la que Martín persiguió. Sí, eso es, tal vez para captar los pensamientos abandonados u olvidados, sea necesario un estado emocional, cierta sintonización con el emisor del pensamiento, y ciertas características de personalidad, hipersensibilidad emocional o algo así, en este caso ambos sintieron atracción por Mar. El pensamiento captado debe implicar alguna intención que Martin no acepta. Martin es un hombre bueno, dulce. El pensamiento implica acciones, esta es mi teoría (de William James en realidad). La idea una vez dentro de la mente de Martin le conduce. Martin se resiste a la idea, a llevarla a cabo. El pensamiento busca a la mujer, quiere algo de ella. No creo que Martin sea consciente del pensamiento que

lo posee, sólo siente impulsos a hacer cosas, como los robos, son deseos de otros, de clientes correctos a los que se le pasó por la cabeza llevarse sin pagar un perfume, una pluma, una pequeña cosita, pues todos llevamos dentro a un niño caprichoso. Sin embargo, esa maldita idea ha enfermado el cuerpo de Martin, sólo se resiste a ella de un modo emocional. En realidad, sólo ha podido resistirse a ella a través de una especie de suicidio o disociación corporal. El viejo profesor de Martin le pasó una maldición, le hizo consciente de que los pensamientos abandonados pueden encontrarse. ¿Martin me ha pasado la maldición a mí? Tal vez, una vez que lo sabes ya no puedes ignorarlo. Es como aprender a leer, una vez que sabes, no puedes mirar a una palabra escrita y no saber lo que significa. Pero tal vez hace falta una capacidad extraordinaria para sentir el empuje del otro, el don de la madre de Martin, sólo una sintonización emocional. En este último caso, yo he estado en algunos de los lugares donde estuvo el hombre del piso de la cuesta Gomez después de abandonarlo, tratando de oírlo, de conocerlo, de sentirlo, de entenderlo. Ignoro si ha dejado olvidados más pensamientos tras de sí, por ejemplo en el hostel de Extremadura. Parece claro que abandonó el piso de la cuesta Gomez para escapar de su pensamiento, un pensamiento poderoso asociado a Mar, una pasión, ¿amor?, ¿odio?, ¿desamor?... Por eso viajaba en el autobús de Egham. Pero Martin intentó huir de la idea con él, y el hombre no le dejó, no le dejó acceder de manera consciente a la idea. Dejó allí la idea, en el portal de la cuesta Gomez, y le pidió a Martin que lo dejase a él y su destino, que no interfiriera, que se bajase del autobús. Pero Martin recogió el deseo. Tal vez también está en mí. Puede que la verdad sea una mezcla de todo esto. Puede que Martín con sus poderes telepáticos combine de manera arbitraria las ideas de varios desconocidos en un sobretodo psíquico, en una idea dominante, la de amar o matar, confundiendo su emisor y receptor.

De momento, sólo puedo hacer una cosa, protegerme de mi nueva facultad. Soy de los pocos hombres que saben que pueden olvidarse las ideas en algún lugar, las intenciones, y ser encontradas por otros, debo comunicar esto a todos, a través de este caso clínico, para que la idea no esclavice a ningún hombre concreto más o lo haga con todos, para que la ciencia deba buscar una solución a esta enfermedad o maldición, aunque temo que hagan un mal uso de este conocimiento. Tengo miedo, lo confieso.

Mis manos han empezado a enfriarse y sudar con independencia de la temperatura ambiental. Ya no puedo ni saludar, mi contacto se ha vuelto húmedo, mojado. He ido al dermatólogo, pero ni las toallitas hiposudol me sirven. No puedo acercarme a Mara. A ella le encantaba la calidez de mis manos. ¿Por qué amamos a alguien? ¿Por su físico? ¿Por su alma bonita?. O por algo más puntual, como su sonrisa, su calor corporal. Es increíble como todas las relaciones sociales pueden joderse por una hiperactivación del sistema nervioso autónomo. Se que Martin no está inmóvil por una caída. Sólo ha sido incapaz de cumplir la idea, y debe pasarla a otro hombre, o tal

vez la idea no quiere ser cumplida e inutiliza a todo el que se acerca a su solución. En su sueño, cuando iba en el autobús camino de Egham, él y el hombre que soñaba, y dentro de cuyo sueño Martin viajaba, intercambiaron, confundieron ideas, los nombres de sus amadas, algo, no se exactamente qué.

" Leo algunas de las notas escritas por mi, durante mis últimas sesiones con Martin. ¿Caso de olvido dirigido en un sujeto con personalidad múltiple? Confunde el sueño y la realidad. Afirma leer los pensamientos, y ser personas distintas. Parece que es incapaz de continuar su propia biografía. Fabula continuamente. Se sabe que Martin estuvo en la cárcel, en su juventud, por hurto menor, pero no por el asesinato de la mujer de la escalera. No se aclararon nunca las causas de esta muerte. Esta mujer es al menos dos, la de verdad y la mujer soñada. Parece que el sentido de su vida está comprometido con la realización de este amor, que el mismo destruyo. Su necesidad de olvidar, responde a su creencia de que esta es la única manera de deshacer el asesinato y de recuperar su amor. Su manera de olvidar es ser otros, hacerse pasar por otros. Intenta engañar al destino".

¿El asesinato de la mujer de la escalera? ¿El asesinato de Mar? Pero no recuerdo haber hablado nunca de asesinato con Martin. Desconozco si estos pensamientos transcritos pertenecen a Martin o al hombre del autobús, o a ambos o a otro. He vuelto a la agencia que alquila el piso de la cuesta Gomez, y consultado a la policía y los periódicos, no ha habido ningún asesinato allí. He subido la escalera del piso y me he sentado arriba del todo a oler la atmósfera de la escalera. Ya no puedo huir.

En la escalera pienso, pienso que tal vez la consciencia no es privada, sino pública y accesible. Tal vez sólo existo en la mente autista de Martin, o él sólo en la mía. Tal vez la persona que mata es la que muere, tal vez la gorda es la bella, el hombre de los escaparates es Martin, y yo no soy nadie, o tal vez soy la idea. El horror. Lo incomprensible también puede existir. ¿Por qué debe haber una inteligencia que lo comprenda? ¡La de Martin!. El me dio la solución junto con la maldición. La intención paradójica, de eso trataba la conferencia que se metió en mi cabeza en el aula magna. Martin se resiste a la idea. No debe uno hacerlo. Es la única manera de conseguir que no ocurra lo que uno teme. No quiero yo ser el asesino de Mar, ni Martín tampoco. Debo dejar de pensar en este asunto, debo dejar las cosas fluir. Iré a casa de Martin para contarle todo esto, tal vez le ayude a sobrevivir, y lo dejaré todo escrito por si la idea me vence. Si alguien lee esto debe ser que he matado a Mar.

Menos mal que hoy estreno bata de laboratorio y he pintado paredes del despacho de un color celeste. Lo nuevo devuelve la alegría, casi parezco un doctor de verdad. Voy a consultar la ficha de mi nuevo paciente. Su DNI es un número primo. Voy a llamar por teléfono a ese número. Tal vez me llevará hasta la mujer. Cada cierto tiempo dejo a mi cuerpo merodear en torno a la

casa de la cuesta Gomez. Se que algún día Mar aparecerá, saldrá por el portal y yo la estaré esperando. Entonces no se que ocurrirá. Si he vencido a la idea, nada, tal vez le hablaré, de lo contrario, me temo que la mataré. ¡Ojala nunca aparezca! ¡Ojala la intención paradójica funcione! Al menos Martin empieza a mover los dedos de las manos, aunque con mucho esfuerzo de atención visual sobre estas. El brillo de sus ojos inmensos ha vuelto, y mis manos vuelven a estar calentitas y secas. Salgo con su hermana. Sus labios son tan acogedores como parecían. Me contó que antes de mi hubo otros hombres, al menos dos, un muchacho dulce que la atraco una noche y que acabó en la cárcel del que nunca más supo y un profesor interino. A las mujeres les encanta contar su lista de amantes.

9. El auténtico impostor

No hay gente normal. Gente es una palabra negativa, gente son los otros, los ajenos a nosotros, por eso decimos " la gente es increíble, la gente no es normal", aunque también decimos "es buena gente", pero siempre sobre un desconocido. Lo cierto es que normal es una palabra extraña. Normal puede significar frecuente, pero no hay nada más raro que la "gente normal", es decir, gente con sentido común, verdaderos ciudadanos. La mayoría son auténticos capullos. Entrás en un bar de machos, y si eres mujer y vas sola, te violan. Las mujeres no son mejores, son brujas y putas, se "sacan los ojos" entre ellas por un hombre o por cualquier otra cosa, destacan por sus habilidades para la seducción, el llanto, la manipulación y la conspiración, de modo inconsciente e inocente, según ellas. Al final, madres adictas y folladores sin sensibilidad, relaciones enfermizas de dependencia, habladurías, egoísmo, suciedad, cobardía, engaño, corrupción, traición, mezquindad, pasividad, violencia, utilización, prejuicios... gente normal.

Así que todo es mentira. ¿No te lo crees? Entonces pide ayuda, reclama justicia, trata de hacerte entender. La policía te responde que si te crees tú que ellos son guardas jurados. Y tú: "pero oiga, es que un conjunto de vándalos invaden mi jardín cada tarde y me lo destrozan ¡socorro!", y te mandan a tomar por el culo si vuelves a llamar y te amenazan si les preguntas para qué sirve la policía y pagar impuestos. Les informas desde una cabina telefónica que le están dando una paliza mortal a un inmigrante africano en el paseo marítimo, y te responden que no llames más, que ya lo saben, pero ninguna patrulla aparece por allí. Y de paso la compañía telefónica te roba el cambio. Pides justicia porque tu jefe no te paga las horas extras y te despiden de manera improcedente, y el abogado al que acudes te estafa tus ahorros, y el señor juez te responde cinco años más tarde que la palabra no vale nada en este país, y que si le levantas la voz, te encierra. El agua moja, la lluvia cae hacia abajo, la nieve es blanca, caperucita roja, la justicia es un cachondeo, los políticos corruptos, la publicidad engañosa, la universidad analfabeta, las inmobiliarias mafiosas, la oficina del consumidor

es una papelera, las normas de seguridad y el chaleco salvavidas de los aviones un engaño inútil... La gente tira los papeles al suelo, hace pipí en las esquinas, pone la música estridente al máximo volumen, engañan y roban a todos menos a los de su familia (en principio); pero los crímenes más atroces, las violaciones, los asesinatos, ocurren siempre en el seno familiar. La familia mata, lo dice la estadística, más que la imprudencia en la carretera, el cáncer o el terrorismo. La violencia siempre dispuesta a surgir. En nombre de Dios, en nombre de la naturaleza, del derecho...

Sí, y aquí estoy yo, diez años más tarde, convertido en un nuevo Pepe tras fracasar en mi matrimonio con Mara. Tuvimos un hijo. Martín se recuperó y se independizó. En el nuevo milenio lleno de hombres primitivos, monos con tecnología futura, sin esperanza, ni en el fin del mundo, soñando con ciudades desiertas donde las plantas se abren paso entre las grietas del asfalto. Ando borracho y sucio, bajo el arco de las Pezas, junto a la empedrada plaza larga, en el barrio del albaicin, en Granada, tocando muy malamente mi flauta, mendigando e insultando a los que pasan, mientras le doy una paliza a mi perrito chico por comer cosas de la calle. Quiero que sea un perrito cívico. Huelo mal, es un olor a podrido, a la peste negra. No soy mejor que nadie, tal vez un poco menos ciudadano y un poco más capullo que la media, pero estoy tan cuerdo como todos. No puedo evitar pegarle al perro, y como un desgraciado cualquiera luego me arrepiento, pero si me desobedece me llevan los demonios. Siempre me llevan los demonios. Nadie se atreve a decirme nada. A veces recibo palizas que no me importan. Parece increíble pero no siempre fui así. Cumpló una misión, estoy seguro de ello, busco un destino. Nadie ni nada en particular me ha traído hasta aquí, ni siquiera yo y mi mala cabeza. He sentido atracción, la atracción de una fuerza a la que pude resistirme, pero no quise. Nadie tiene la culpa, y no se lo que persigo, sólo escucho mi murmullo interior, eso sí, no quiero pegarle más al perro.

Algunas tardes subo hasta la cuesta del aceituno y me baño desnudo en la fuente de piedra, junto al centro de menores femenino de San Miguel, esperando que desde las ventanas las niñas me vean desnudo, como si les importase a las pequeñas zorras. Siempre me turbó ser amable con la niñas, de un modo sincero. Entran flacas y salen gordas, ¿las tratan bien?. Todos los animales enjaulados engordan como los castrados. Luego miro la hermosa ciudad de Granada desde el mirador de San Miguel, las luces blancas de las casitas del albaicin, la rojez iluminada del castillo de la Alhambra, el océano de luces, como un portal de Belén rodeado por la larga muralla de la ciudad, y me marchó a dormir en el suelo duro de mi cueva en el Sacromonte, a las espaldas de la ciudad, en el extramuros, como una alimaña, junto a mis vecinos, los hombres de las cavernas: locos, mendigos, contrabandistas, extranjeros, bohemios, adolescentes fugados, secuestrados... Como un hormiguero a las espaldas de la ciudad iluminada, que se abre entre las montañas como la lava de un volcán. Soy un cerdo, lo

se. Escuche a una muchacha okupa que sollozaba en la montaña, por la pelea con su novio, habían roto y ella se había ido de la casa, le ofrecí refugio en mi cueva y se fue a la mañana siguiente tras escucharla, sonreírle y desearle suerte. En otra ocasión, oí sollozar a otra adolescente, que también había roto con su novio, debe ser la temporada, pensé, me acordé de la primera, que era la que me gustaba más, le dije escucha tu cuerpo, la bese y me la follé en el campo.

Este salvaje no soy yo, bueno no el yo auténtico, sólo uno de ellos. Pero no el verdadero. Por las mañanas bajo al barrio del Albaicín de nuevo, ando entre las piedras de sus calles, en la parte antigua, miro las tapias blancas de las casas-cármenes y me maravillo con sus árboles y flores: la flor del pacífico, la buganvilla, las trepadoras y enredaderas... es el único momento consciente, luego todo ocurre muy deprisa tras la primera cerveza de la mañana en la cafetería de la Conchi. No obstante, incluso borrachillo me gusta mirar a la gente, veo a los albaicineros desayunar: el pan rústico con aceite de oliva untado con tomate triturado, siento el olor del café negro, el polvo de harina del mollete de Antequera y la mantequilla derretida en el pan caliente, tanto que quema. Pero sobre todo escucho los gritos, pues todos hablan en voz alta y se embroman. Un grupo de gitanos guapos de pelo negro y repelinados hacia atrás, con las uñas largas de guitarristas; sus mujeres, repintadas las caras, con grandes tacones afilados como agujas y las uñas de las manos y los pies en rojo, con grandes colas de pelo negro y alguna teñida de rubio; todos, ellos y ellas, de culo estrecho, piernas flacas y grandes espaldas. El camarero pregunta si "lo de siempre" a una pareja de jóvenes que leen juntos el periódico local, el ideal, en una mesa, a ella se le transparentan los pezones, debe tener frío, él no se quita las gafas de sol. En la Conchi se vocea como en un mercado, sobre todo cuando entra de sopetón el vendedor de lotería ilegal, canijo, con cara de boxeador canijo, en pantalones cortos y sandalias, gritando con entonación musical "¡tengo premio, que tengo premio, hostia!" y al mismo tiempo recoge las mesas hiperactivo, aunque no trabaja allí, lleva los platos y vasos al mostrador y se va, dejando el eco de sus voces que se escuchan mientras hace la calle: "¡vamos niñas, que no queréis gastar los dineros!". Aún me quedan sentidos para extrañarme o disfrutarlos, mientras me adormezco. Al viejo viejísimo con un casco de moto sin visera puesto en el bar, cara de simio, y por nombre Primitivo, que coquetea con una turista japonesa casi adolescente en francés. Allí conspira y perora, sobre Internet y el imperio Romano, el de la librería, con pinta de revolucionario francés gordinflón, amante de la buena vida y la belleza, con jóvenes universitarios bellos, de ambos sexos, siempre son bellos. Las mamás toman café tras dejar a los niños en la escuela. Llegan de la juerga nocturna los adolescentes con los ojos hinchados, a tomar un cubatita. Una lluvia de servilletas usadas en el suelo, la porra en la pared para las apuestas sobre la liga. A media mañana, entran a desayunar las cajas del supermercado, desaliñadas, y las del banco, muy arregladitas.

Yo les conozco a todos, los merodeo, los veo cada día venir, comer tostadas de mantequilla, beber zumos de naranja, ser felices en casa de Conchi, y alborotadores, me fijo en su aseo, en la expresividad de sus caras, en sus ropas. Todo ello es mi misión. La verdad es que a mi no me quieren allí, salvo Magda, separada con gemelos, la camarera, quien me trata con cariño y me echa con dulzura, que es lo que más me agrada. Aunque no importa. Todos me conocen y nadie me conoce, me toleran y me desprecian, salvo un desconocido que me invitó a desayunar un día, hablamos de los contratos millonarios en el fútbol y yo rajé como siempre del ayuntamiento que se vende por dos duros a las inmobiliarias y no tiene cojones para resolver los atascos de tráfico, recuerdo su voz pero no su cara, era un concejal del distrito Albaicín creo. Para terminar la mañana, Paquito, gordito, con gafas de culo de botella y con Síndrome de Down, eructa tras su cerveza, bebe tanto como yo, pero él hace gracia, y el camarero, Carlos, que tiene siempre una picardía para cada cliente, y los pellizca en la cara cuando se van y les toca el hombro cuando llegan, dice que Paquito es el dueño del bar y el que manda allí.

Luego, casi siempre me bajo hacia la plaza larga, por la calle del agua, por cuyo canalillo corren las aguas sucias de los cubos de la limpieza que arrojan las mujeres, y la gente, siempre la gente, viene y va, turistas, albaicíneros y vagabundos borrachos como yo, la irlandesa de pelo blanco y tetas grandes o el escocés miope con su faldita a cuadros y su cara de tonto que sabe mucho. La calle del agua lleva hacia la casa pasteles, donde la gente acude a comer leche merengada y pastelillos, piononos, bollos... A mi me gusta el bullicio de la plaza larga, unos toman en las mesas de madera sentados sobre las sillas de tijera del cafetín; otros montan puestos de fruta, a veces robo alguna pieza, un dulce melocotón, alguna cebolla, mientras las mujeres piden la vez. Un senegalés ha dispuesto una manta en el suelo y vende copias piratas de la música del momento. La floristería de la esquina ocupa la calle con sus macetas de la flor de la alegría y los animalitos enjaulados, hamsters y conejos, pero los perritos y los gatos siempre están sueltos; y al lado, la tienda donde echo la bonoloto cada semana, siempre la misma combinación, es lo único que me queda de mi anterior vida, los números de la lotería. Me pareció la mejor manera de recordarlos, significan algo, pero ya no recuerdo que, aunque sí los números, se que no debo olvidarlos...Me gusta vivir en el Albaicín, aunque ya no corra el agua desde la Sierra Nevada como antes, tan sabrosa y fresca, aunque los aljibes estén sellados y las fuentes secas, aunque los coches destruyan sus piedras negras y los pitidos el bullicio del comercio. Manuel, el dueño de la floristería, me dice los nombres científicos de las plantas. Esta es la hortensia magnífica, y también sabe decirlo en alemán. El de la lotería canta en el coro Albaycín. Las piaras de turistas colapsan la calle del agua. Miran los gigantescos geranios rojos y rosados de los viejos balcones de madera y las ventanas enrejadas, y los fotografían. Los artistas retratan las calles y casas.

La pescadera vocea su mercancía. La asociación de vecinos del albaycin hace exposiciones de cerámica, hierro, madera, pintura... En las plazas la gente toma migas con sardinas, morcilla caliente, pescadito frito, caracoles y cañas de cerveza, al sol del invierno o bajo la sombra de los parasoles y los árboles en verano. Mientras que yo, ya poseído por mi destino, mi objetivo, mi misión, tan alta que no la recuerdo, toco, muy malamente, la flauta, y el demonio de la soledad y el rencor afloran en mí. Ya llevo cinco años así. Esta vez no me equivocaré. Sabré detectar al impostor cuando aparezca. Definitivamente me tienen por loco. He sabido ser paciente.

Por fin llegó el momento. Llevo cinco años esperando, como tenía pensado, para darme un baño de agua caliente, ahorrando como un avaro mis limosnas y el fruto de mis pequeños hurtos. Me daré el último baño en la fuente del aceituno. Me rasuraré la barba, luego me cortaré el pelo. Debo engordar 5 kilos, y cambiar mi constitución, me apuntaré a un gimnasio. Todos mis actos tienen un propósito. Propósito que se hace consciente con el placer del aseo, como si la vida de hombre de las cavernas no hubiese sido.

En el gimnasio, ya aseado y vestido como la gente normal, miró a la gente normal. Veo a muchachos musculosos vanagloriarse de sus cuerpos, hablar de sus bíceps y mirarse al espejo, competir entre ellos, admirarse y despreciarse. Veo mujeres hermosas que no te miran, veo mujeres acomplejadas que no te miran, veo gente que no sonrío, veo un hombre sin piernas que para compensar trabaja infatigablemente sus enormes brazos. Veo mucha fuerza y mucho músculo, que busca resolver debilidades de la mente. Parecen trabajadores de una cadena de producción, cada uno en su maquina ejercitando de manera monótona un movimiento repetitivo de piernas o brazos, parecen condenados del infierno, como yo, autómatas sin corazón. Sus movimientos, son como vestigios de oficios, que han perdido el sentido, golpear sin objeto, cargar sin objeto. Esclavos de los fantasmas de la autoestima y del narcisismo. Lo que se hace para follar. Es gracioso mirar cuando no esperas nada de nadie. Si tú no reparas en nadie, nadie repara en ti. Soy sin duda el mayor fantasma del gimnasio.

A ver, saco mi agenda. Ya he renovado mi vestuario, he comprado varios pares de zapatos nuevos, pantalones y camisetas de moda de varios colores, una roja y ceñida me encanta. He cambiado mi olor, uso una fragancia suave para hombre. Me he comprado boxers de seda, me encanta la ropa interior suave. He cambiado la expresión sombría de cabreo permanente con el mundo, que aún sigue afectando a mi modo de ver la realidad, por una expresión más vitalista, miro más directamente a la cara, sonrío más y soy optimista. Necesito la ayuda de algún libro de autoayuda, cinco años dejan muchos hábitos. Ahora practico ser generoso, doy sin pedir nada a cambio. Trato de hacer amigos y de ligar. Leo los periódicos, compro música. Controlo mis tendencias mórbidas a la depresión, la observación, la agresividad y la sexualidad animal. Trato de ser cariñoso con todos. Sigo

siendo paciente. Necesitaré unos meses para que me conozcan en el nuevo barrio, Carmenes de san Miguel, en la parte alta del albaicin, como un vecino encantador. Me he hecho secretario de la comunidad de vecinos. Un día cada día, pero sin olvidar mi misión. La chica rubia de la caja de ahorros me sonrío como nunca antes lo hizo, siempre me gustó, he abierto allí una cuenta y ya tengo una profesión: abogado y criminólogo. Tengo un nuevo perro. Maté al anterior, podría reconocermelo. En realidad no tuve valor y lo solté, nunca me tuvo mucha estima, me lo lleve a Huetor Santillán, un pueblo próximo, donde se puede buscar la vida. Intentaré no pegarle a éste, hasta él debe pensar que soy un gran tipo.

Han pasado seis meses. Nadie echa de menos a un vagabundo. Nadie se fija demasiado en él. Nadie pregunta por él. Ahora soy más alto, más corpulento, soy otro hombre en definitiva. Me paseo por la calle del agua y la plaza larga, desayuno como un señor en el bar de Conchi, ya me conocen y me preguntan si lo de siempre. He sido amable con un harapiento y lo he invitado a desayunar, hemos hablado de los contratos millonarios del fútbol, y del alcalde que no vale un duro ni tiene cojones. Nadie me ha reconocido, todos me saludan como a un hombre nuevo venido de otra ciudad. Por fin puedo entrar en casa pasteles a tomar café y sultanas de coco. Compré la flor de la alegría a Manuel en su floristería y sigo echando la misma combinación de números en la bonoloto.

Es hora de empezar a reconstruir el pasado. Me presento como detective a Carlos, el camarero de siempre en el bar de Conchi, apuesto en la porra del domingo por un empate entre el Madrid y el Deportivo, y le preguntó por un vagabundo que tocaba la flauta en el arco de las Pezas, acompañado de un perrito negro. Pregunto a todos por mí, me gusta oírles hablar de mí. Empiezo a soltar historias, los rumores de siempre, el del vagabundo rico, hijo de una familia adinerada, de unos marqueses, que se volvió un poco majara y se escapó de casa. Es curioso como estas historias que promueven la mezquindad humana y prometen alguna confusa recompensa siempre funcionan. La historia creció por sí sola, se habló de una herencia por recibir y de una muerte secreta, de un pasado oscuro. Nada preciso, pero suficiente para generar la aparición de impostores que decían ser yo.

Elegí a uno, el vagabundo del Albaicin más parecido a mí, José se llama, y le inculqué mi vida entera. Curiosamente es hijo de Guardia Civil, como yo. Lo lleve a mi cueva, le conté como era el perrito, en conversaciones en las que yo parecía preguntar pero en realidad daba las respuestas, le hablé de mi pasado, de mis padres, de mi mujer. Mientras tanto lo invitaba, lo distraía, y me aseguré que estaba lo suficientemente alcoholizado como para no resultar coherente ni poder defenderse. El pobre diablo estaba convencido de que en el asunto había dinero fácil.

Un bonito martes, tras desayunar juntos, lo entregué a la policía como el joven Tomas Sombra (es un nombre ficticio, en realidad como saben me

llamo Pepe), desaparecido hace cinco años, es decir, como yo antes de yo ser él. El cuerpo del joven Tomás nunca reapareció tras su confusa desaparición, pero si manchas de su sangre por toda la casa, se habló de crimen pasional, y los investigadores dieron el caso por cerrado hace años, la esposa acabó loca. De nuevo volvía a oír hablar de mi, del verdadero yo, a al menos, del primer yo que recuerdo. Como su abogado lo acompañe en todo momento, no fue difícil poner mis huellas dactilares en lugar de las suyas, de modo que la identificación fue positiva. Era un plan improvisado, pero si uno es inconsciente del mismo, nadie se percata.

El periódico ideal recogió la noticia entonces y lo hacía de nuevo ahora con la reapertura del caso, y yo pude leerlo desayunando pan rustico con mantequilla en el bar de Conchi. La verdad no existe, sólo existen las emociones, si algo te produce satisfacción es verdadero. La policía nunca creará a un mendigo alcoholizado e incoherente. Mis padres han muerto, no tenía amigos y los pocos conocidos no acudirán a verme, a verle, y cuando les pregunten por mi les extrañará que acabase así pero no les parecerá imposible, con mi tendencia a ser huraño y distante, mi esposa será la única que no lo reconocerá, pero no importa, ella está loca.

Meteré un diablillo en el infierno, la sombra de la culpa, veré la preocupación aparecer en los rostros de quienes me asesinaron. Alguien me perseguía en coche en aquella época, me sentía observado. Mara y yo estábamos en trámites de divorcio. Casi la sorprendí en la cama con otro. Aunque ella siempre lo negó, dijo que había estado conmigo y me acusó de celoso. De tener celos de mi propia sombra, de mi mejor yo.

Todo se complicó con la enfermedad de Mara, la cual consiste en que se ven impostores por todas partes, el lóbulo temporal, especializado en la identificación visual, se encuentra desconectado del sistema límbico, centro de emociones como la familiaridad o el afecto. El resultado es que mi adorada Mara reconocía a su esposo al verme pero sentía que se encontraba ante un extraño, y sin embargo me amaba, de modo que sufría y tal vez su intuición o su lógica le decían que se trataba de un impostor, de un hombre que lo había suplantado, de un demonio que lo había poseído. Según los doctores es la única manera para el cerebro de resolver la contradicción, una parte le dice que soy yo (la razón) y otra (el corazón) que no soy yo. Todo empezó gradualmente, al principio tuvimos problemas al hacer el amor, pero no fueron culpa de Mara sino de mi falta de ternura, ella decía que no era yo. También fui violento con nuestra perrita, cuando hacía alguna travesura, como robar comida o escaparse. No podía contener mi furia cuando no me obedecía. No quería pegarle pero no podía evitarlo. Entonces, Mara me miraba como si no me conociera, como si fuese un desconocido indeseable. Y yo sentía dolor. Luego todo empeoró, al principio parecía que se había vuelto loca, empezó a gritar que no me conocía, a preguntarme dónde estaba su marido, a preguntarme que había hecho con él. Era como si ya no me amase, y sin embargo me amaba, deseaba que su

amado volviera. A veces, cuando le sonreía con dulzura me amaba por un instante, como si me reconociera.

Un mal día perdí el control y grité, ella no soportaba que no fuese dulce, yo la abrazaba desesperado y llorando, gritando: ¡soy yo, soy yo!, mientras ella me pedía que la dejase, entonces me apuñaló alguien, tal vez Mara, pero la trayectoria de la puñalada no parecía indicarlo así, tal vez fue el otro hombre, su amante, mi sombra. Yo prefiero creer que fue Mara, quien, como cupido, me asestó una certera y rabiosa cuchillada de amor, que afortunadamente no rompió mi corazón pero sí mi razón.

Huí, me volví loco, ¿quién era yo?, el hombre dulce y generoso o el egoísta violento, o ambos. Pelele o cabrón, empecé a dudar de mi. Me gustó la puñalada (era de amor) y no me gustó (¿a quién amaba Mara?). Los médicos tardaron mucho tiempo en ponerle nombre a su enfermedad y en darme una explicación que me permitiese comprender que Mara no estaba loca, sino que me amaba. Amar a Mara y ser amado por ella, y no poder acercarme, tocarla y no poder verla sin que me rechace y quiera matarme por haber suplantado a su esposo, a mi mismo. Una jodida gilipollez.

No obstante, la esperanza renació cuando descubrí que sí reconoce la voz, los neurólogos dicen que por el oído se va directamente a un centro emocional más primitivo, la amígdala, donde Mara reconoce mi voz, la voz amada. Así que la llamaba por teléfono y milagrosamente me amaba, me aceptaba y me suplicaba volver, lloraba de amor y me preguntaba que dónde estaba yo. La combinación de la lotería es sólo nuestro número de teléfono, no la he llamado en cinco años. Ahora dirá que el vagabundo no es su marido sino un impostor, pero nadie se extrañará demasiado, aunque algunos dirán que he cambiado demasiado, pero esto no es muy peligroso. Cuando yo era pequeño, vivía en mi barrió un niño negro como el tizón, con pelo ensortijado, pero nadie, ni yo, reparó en que era negro, hasta que cuando tenía 18 años, su madre verdadera, una puta borracha, apareció por allí, diciendo que se lo había vendido a la vecina que creíamos su mamá, y que era hijo ilegítimo de un negro de la base naval americana de Rota. Entonces reparamos, y nos fue evidente que era negro. Nadie descubrirá nada. Yo llamaré a Mara por teléfono, diré que estoy secuestrado y tal vez pida un rescate. El impostor despertará sospechas pero no certezas.

Se que todo esto parece estúpido, pero si hay un verdadero impostor, y sigo llamando a Mara, tal vez acepte una cita nocturna en un descampado oscuro, y pueda amarla, entrar en su locura y ser cómplices de nuevo. Tal vez le diga que he contraído una enfermedad que me impide recibir la luz y debemos vivir a oscuras, siempre me molestó el sol, ella lo sabe. Ya no se quien soy, tal vez así llegue a ella como un desconocido y me amé de modo inconsciente por mi voz. Sería ridículo, sino fuese tan doloroso. Al menos puedo amarla por teléfono y eso es mejor que perderla. Me siento como un crío abandonado, no existe dolor como la negación de quien te ama, que te

sienta un extraño, que no puedas buscarla, abrazarla, poseerla, sentirte amado, hacerle comprender. Creo que no podría soportar sin cometer una locura estar cerca de ella y no poder acercarme más. Siempre tengo pesadillas donde Mara me ignora como a un extraño, me grita ¡No! y se va con otros, y ella dice tener pesadillas inversas, donde yo soy un extraño que se acerca, mi voz se desvanece y quedo mudo. Ser rechazado así te hace sentir muerto. Así que soy un muerto, sólo una voz sin cuerpo que la protege. Desde que Mara no me reconoce no se quien soy yo, y experimento descanso en ser otros. Si el marido existe, está vivo y está loco, ella dejará de estarlo para todos, no será una loca sospechosa de asesinato. ¿Es el animal salvaje que hay en mi el que tiene la fuerza brutal para resistir, el que no soporta el rechazo de Mara, y está dispuesto a todo por ella, por tenerla de nuevo entre los brazos? o ¿ es el hombre amable y generoso el que sacrifica su vida por la protección y la ternura de su amada, y cambiaría el mundo, hasta ponerlo patas arriba, para que la vida de Mara recupere el sentido? Ahora puedo volver a Huetor Santillán a por mi perrito y cuidarlo como se merece, junto al otro. Mientras merodeo a Mara y cuido de ella, y aprendo a sonreír siempre, y siento este dolor que me hace estar vivo y dudar si la loca es ella o el loco disociado soy yo.

10.Un sueño: Ojos

Después de meter a José el vagabundo, un buen chico, en la vida de Mara, aún no se muy bien para qué, si por odio o por amor, tuve un sueño: Hoy me he puesto las gafas de color azul marino. Tengo una bonita colección. Soy un hombre afortunado por mi colección de gafas de sol. Les gusto más a las chicas. Me hacen interesante. Tengo de diferentes épocas, estilos y colores, incluso algunas gafas a imitación de las de los famosos...Ahora quiero comprarme las nuevas que han salido de la casa Star. Soy un tipo feliz.

El tren de hoy se dirige a Córdoba. Apenas salir tuve que amonestar a un viajero por su insistencia en mirar por la ventana. Me gusta mi trabajo. Amonestar siempre con una sonrisa. Ser joven y fuerte, tener poder. Somos la policía amable y estética. Sabemos respirar con el abdomen, bailar ritmos africanos, y relajar al personal con nuestras manos y sonrisas. Me encanta follar con las pasajeras. Debí recordarle a otro pasajero la ley básica: sonría y sea amable, había sido brusco, casi agresivo, ¡increíble!, con el teléfono del pasillo que no funcionaba.

Todavía no me he operado de nada, ni siquiera la sonrisa, y eso que tengo veinte años. Debo reconocer que yo miro a través de la ventana. La ventana es una prueba de fortaleza psicológica, de autodomínio. Nos lo enseñaron en la academia. De todos modos, siempre nos dan las gafas tan oscuras. Para protegernos de nosotros mismos. Un día vi el sol. Yo se que el sol no es tan poco brillante como yo lo vi. Tengo un viejo póster en mi habitación de un amanecer en una playa portuguesa. El sol hace daño,

destruye la piel y ciega los ojos para siempre. La gente de antes pensaba que el sol nutría el espíritu, eran unos ignorantes.

Dentro de poco me toca pasar la revisión médico-psicológica anual. Creo que he descubierto en mi pensamiento una idea irracional. Mi mente sólo necesita un par de pequeños ajustes y a seguir siendo un ser libre-independiente pero social-feliz. Hace unos meses detuvimos a un viejo. No se como pudo haber sobrevivido tanto tiempo sin ser detectado. Era un poco desagradable. Por supuesto lo tratamos muy bien, y lo retiramos de la vía pública.

De todos modos, con el sistema de túneles apenas si se ve el exterior. El sistema metro ha terminado por cubrir todo el país. No hay nada que mirar. A pesar de eso, algunos ciudadanos se empeñan en esos actos tan poco respetuosos, que incomodan a sus vecinos de asiento. Mirar por la ventana es una falta de educación, sería mejor que comieran con la boca abierta o no se ducharan. Más sano. No obstante es una falta leve. En realidad no está prohibido, no hay prohibiciones en nuestro mundo, sólo está mal visto. Me gusta pillar a las chicas haciéndolo, así les sonrío y les riño. Se derriten.

Debo reconocer que me gusta esperar esos tramos fugaces, entre túnel y túnel, donde el sol dispara un foganazo y el tren de alta velocidad parece gritar mortalmente herido. Me parece que la luz atraviesa hasta el cristal de mis gafas de sol. Me excita. ¡Qué hermoso debe ser el color de la energía!. Pero estoy preocupado. Los ojos han empezado a llorarme. Tal vez es una enfermedad por violar las leyes espirituales.

Cada vez que eso me ocurre necesito acudir al aseo, para mirar mis ojos en un espejo de bolsillo, que siempre llevo escondido en un doble fondo de mi maleta. Me lo regalo mi madre. Se que los espejos están mal vistos. Una persona que se mira al espejo es un narcisista, con problemas de identidad. Se que mirarse a los propios ojos es malo para la salud. Tal vez por eso mis ojos enferman. He oído hablar de esta enfermedad en algún libro viejo. Se llaman lágrimas, creo. Lo peor es que no puedo acudir al hospital mayor para curarme de una enfermedad prohibida. No hay asistencia médica para alguien que es culpable de su propia enfermedad, es lógico. No quisiera pillar alguna enfermedad terminal como la tristeza. Es la peor de todas las enfermedades. Se come al hombre por dentro dicen.

Debo vigilar mis pensamientos. Se pueden volver irracionales. Soy un policía de tren. Y me gusta. Mi trabajo consiste en viajar cada día en una línea distinta. El otro día detectamos a una gorda. Hacia mucho tiempo que no veía ninguna. La verdad es que no me pareció tan repulsiva como habían dicho. Es verdad que afectó a la sensibilidad de algunos ciudadanos, sus sonrisas casi se borraron de sus caras. La entregamos en la escuela para que los niños la vieran. Estar gordo debe doler.

Bien, será mejor que vuelva a mi asiento y sonría. Recuerda la segunda ley: el optimismo es imparable. El hombre que sonrío es aceptado. Pero cada

vez me gusta más esconderme y mirar mis ojos. Son tan extraños. De un color verde. Con una profundidad turbia. No se parecen a la piel. Parecen conducir a algún lugar oculto. Algo se dilata en ellos cuando me los miro, y me estremece. Lo peor es que cada vez siento más deseos de quitarme las gafas en público. Pero ese pensamiento me hace sudar las manos, y los ojos empiezan a picarme y a llorar. Debo disimular, si alguien notase que mis ojos lloran, sería mi fin. Mi autodestrucción. Sólo los matrimonios pueden quitarse las gafas, en la intimidad de sus dormitorios, y siempre a oscuras.

Yo jamás le he mirado los ojos a una mujer. La chica situada frente a mi debe tener unos ojos preciosos. Me turba sólo pensarlo. Pero si me quitase las gafas, gritaría y llamaría a la policía. Sólo que la policía soy yo. Me gustaría hablarle de mi deseo, decirle que anhelo ver el sol, preguntarle si se atrevería a mirarlo conmigo. Pero estos son deseos irracionales, son pensamientos trágicos. Me rechazaría. Las mujeres sólo aman a los hombres que sonríen y tienen pensamientos positivos. Debo calmarme. Tal vez acudir al psicólogo para que regule mis pensamientos y me ayude a interiorizar el decálogo de pensamientos positivos: sonreír siempre, ser amable siempre, no esperar nada, cumplir la ley con agrado, aceptar la injusticia con una sonrisa, no desear el amor... Quiero curarme. A veces me despierto por las noches con una pesadilla terrible: creo que la sonrisa se me ha borrado de la cara. Hace algunos días detuvimos a un pasajero que había dejado de sonreír. Le dimos la opción de volver a sonreír, pero se negó. ¡Qué poca vergüenza hay que tener! -dijo una señora. Las emociones se contagian. Por no sonreír, aquel mal sujeto provocó un pequeño enfado en la dama. Es peligroso. Amablemente lo retiramos de la vía pública, y calmamos a la señora con un masaje.

Estoy experimentando con los ojos. He descubierto que expresan cosas. El otro día ocurrió algo muy desagradable, un hombre comenzó a llorar, debía estar sufriendo mucho, tuvimos que dejarlo inconsciente con una inyección. A pesar de nuestros requerimientos educados no obedeció la orden de dejar de llorar. Desalojamos el vagón y el doctor le administró una segunda inyección, esta letal, sin odio. El hombre no tenía salvación, había caído en una depresión. Una vez que te da una, ya nadie puede evitar que recaigas. Según la medicina mental los deprimidos son unos miserables, culpables de su autodestrucción, deberían suicidarse, y no representar una carga para el sistema.

Una vez muerto, me dejaron a solas con él. No pude evitarlo. Me quite las gafas, le quite sus gafas. Con mis ojos desnudos mire sus ojos desnudos. ¡Dios, estoy enfermo!. Me siento tan mal, tan despreciable. Debo ir al psiquiatra. Tuve incluso la tentación de arrancarle los ojos. Para estudiarlos en casa. Fue alucinante. Eran azules. Más bonitos que las gafas de sol. Debo entregarme. De repente, el hombre muerto, abrió sus ojos y me sonrió con comprensión. Y habló. Dijo: -todo hombre lleva dentro de sí un abismo, hasta el más analfabeto es capaz de crear sueños que superan la

imaginación de los artistas. Debieron ser imaginaciones mías, debo ir al doctor y contarle lo de mis ojos. Desde que lloro ya no soy feliz e imparable. Las chicas parecen notarlo. Cometí el error de comentarlo con una, de hablarle del sol, de las lágrimas y de mi deseo de verle los ojos: a mi no me gusta eso, me dijo, y se fue, asustada, creo.

11. Una decisión: irme

Ignoro como le va a José con Mara. Parece que mi plan funcionó. Yo aún la llamo por teléfono alguna vez. Pienso en Jacinto, un anciano de un pueblo perdido en las montañas del Sur, y en su mujer y sus hijas, todas de mal carácter, agrias y violentas, y en la amenaza feliz con que Jacinto, a quien llamaban Papatinto, por sus numerosos hijos, quince, y su afición al alcohol, las oía sin escucharlas: como un día me arranque. Papatinto se murió sin arrancarse.

Pienso en él mientras lucho por matar las cochinillas de la humedad que invaden el patio de mi casa, que ya no es mía, me ganaron los recibos y las facturas, y los horarios y los reproches. Un día me paré y nada más se detuvo. Ni siquiera las cochinillas, que no faltan cada día a su cita: sobre las seis de la mañana, un pequeño ejercito intenta trepar las escaleras del patio, a diario, de modo imperturbable. Ellas fueron demasiado para mi, rompieron el delicado equilibrio de puntualidades que era mi vida. Ahora que todo lo demás se ha ido, incluida mi mujer, les dedico toda mi atención.

Todo es un flujo, y yo soy una piedra del río. Parece una letra de unas sevillanas. No quiero sentir pena de mi. Voy a hacer algo, cualquier cosa, enviar un mensaje. No tengo nada que decir. No quiero ser un héroe solitario, ni un pobre hombre. Todos queremos tener biografía, ser alguien: yo, mi matrimonio, mi casa, mi perro. Todo en un video para alquilar un fin de semana, para que lo vea otra persona que también quiere ser alguien. Me voy.

Bebo agua de una fuente. Aquí me ha traído el azar de los caminos. Me duele el pasado. Temo al destino. Un asco. Siempre he sido un poco triste, esto es, un hombre equivocado, pero ya me ha mareado bastante mi cabeza. La meto bajo el chorro helado. No he sabido convertirla en mi aliada. Estoy harto de sus traiciones. No estoy preparado para pensar, me hace daño, tanto analizar. Me gusta comprender, pero no alcanzo a ver la mayor parte de las cosas. Esto ya no turba mis sueños. Tampoco lo hace el mono que llevo dentro. No soy un sabio, no soy un santo, no soy una bestia, ni una persona alegre. Estoy harto de mi. Desde ahora voy a sentir todo lo que no soy yo. Estoy un poco cansado de sobrevivir, es mi suerte, espero que esta que ahora comienza sea mi última aventura. La decisión devuelve a mi alma la fuerza de la buena fortuna. Te sigo camino.

Voy en un barco, hacia una isla del sur. Siempre al sur. El norte es para

los que van, el Sur para los que vuelven. Se despierta mi libido. Imagino a todas las mujeres del barco, de todas las edades, desnudas, junto a sus novios y familias, y que todos sonrían y me reciben bien, mientras paseo por cubierta, y beso a una, acaricio el pecho de otra, toco el trasero a aquella, con suavidad, no quiero nada más, ni follarlas, ni casarme con ellas, ni ser su amigo, y ellas aceptan sonrientes y sensuales.

Anochece en la playa. No hay nadie, es Septiembre. Nado. Me encanta nadar. Solo hacia la profundidad. Me da miedo y vuelvo a la orilla, es como si fuera el primer hombre en pisar la luna, así he sentido el misterio del mar. Hacer algo importante. Aún conservo la medalla de la orden de San Hermenegildo de mi abuelo el subteniente de la guardia civil. Me condecoraré al salir del agua. Mi maldito estreñimiento despierta. Me apetece un donuts. Pisar la luna. Disfrutar de lo maravilloso que es el don de tener consciencia, de poder darse cuenta de la belleza, de la inmensidad de la existencia, de la brevedad de la vida. Me asombra esta facultad misteriosa. Vence el retortijón de mi estomago. Mi comunión con la naturaleza será en breve mayor. Cuantos flujos de consciencia a la par hay en cada hombre, reflexiono en cuclillas. Entierro mi mierda en el pinar profundo.

Vuelvo a nadar. Me hago largos y largos. Me gustaría escuchar las canciones de Antonio Machin mientras nado, bajo el agua, y nadie me espera en ningún lugar. Recuerdo como me gustaba jugar a las paletas en la playa. Me gustaría morir practicando un deporte divertido, de extenuación, reventar de satisfacción. Recuerdo cuando hacia cientos de abdominales ante mis compañeras adolescentes para impresionarlas y ellas pasando, o así lo parecía, hablando de ropa, dietas...Charlar, me gusta charlar. Voy a irme en busca de seres humanos.

Pero llevo odio dentro, resentimiento, será mejor que lo deje en la playa, necesito echar las culpas de mi, acusar a alguien: falsa, dramática, hija de puta de gran corazón, quejica sacrificada, llorona... ¡que mas da!. Te lo digo a ti luna, que tal vez no tengas culpa de nada.

¿Mi trauma?. Mi padre y mi madre son ya mayores, siguen casados pero nunca comen juntos. Ese es el trauma de los domingos. El de diario: una vez me encontré en un mesón a un hombre cincuentón que comía cabezas de ajo como si fueran manzanas, y me dijo con cara de pena: a mi mujer le da asco el olor. No quiero ser ese hombre. Ni conocer a su mujer. Menos que sea la mía.

Nada de todo esto es importante mientras nado. Ni tampoco mi nombre, mi sexo, si me huelen los sobacos, si tengo hipoteca, si me aman o me desprecian, si hay vida tras la muerte.

Ser dulce no puede ser tan difícil, es una mera cuestión facial, consiste en mirar y sonreír. Pero debes estar bien contigo mismo y debe gustarte algo o alguien. No me toques más los mismísimos con la técnica budista de la caricia ligera como una pluma. Todo lo que queremos es algo de cariño.

Metó el mensaje en mi portátil y lo lanzo al mar, con ratón incluido.

Cuando me volví, ella estaba allí, sobre la duna, me saludo levantando el brazo y agitando la mano, aún puedo ver su sonrisa. Me fui con ella, tras de ella, quien fuese, a donde fuese, imaginaria o real, humana o animal, sustancia o vacío, cierro el paréntesis, a inventarme otra vida.

12. El Club del Olvido

Sin duda alguna me gustaba el barman. Era un auténtico profesional. En el calor de la noche preparaba unos cockteles deliciosos, cremosos, achampañados, con nombres pasionales como Carmen o Rusia Negra, acompañados siempre de su pajita curvada y su sombrillita, junto a un platito con gominolas de colores. Era una impresión verlo hacer. Poca cosa de hombre, calvito, con un bigotillo, parecía Charlot en una de sus películas mudas, pero con fresquita blanca. Con esa velocidad ridícula se movía. Hiperactivo e incapaz de permanecer quieto, como una mosca. Al mismo tiempo servía, preparaba, charlaba y daba órdenes a sus camareros. Presumía de mantener contacto por radio, no por internet, con todas las Bodeguitas del Medio del mundo, la principal la de la Habana, pero había varias en las canarias, en Lanzarote, en el pueblo de Teguiise, en Santa Cruz de la Palma. Su barecito se llamaba sin embargo "la Bodeguita de al Lado". Me gustan los profesionales. Cuando un abogado es profesional lo admiro. Conocí una vez a uno, de la familia de los Barcelona, que siempre te daba un caramelito al recibirte y al despedirte, y entrambos te escuchaba atentamente, sabía actuar, me recordaba a un detective de las viejas películas. Cuando un profesor es profesional es toda una experiencia, con su discurso abre las puertas de otros mundos y crea fascinación por el conocimiento. Las letras de Joaquín Sabina, los gestos de un buen carpintero cuando acaricia la madera. Que sé yo. El caso es que Chicho, el barman, es auténtico, hace bien su trabajo y le gusta. Tal vez se lleve mal con su mujer o sea un capullo en su vida privada, no lo creo, pero eso no importa.

Un verdadero profesional. Supongo que por eso lo engañe. ¿Envidia?, ¿admiración?, aún no me lo explico, pero me fui sin pagar, y lo hice como un profesional, con mano lenta. Me senté con un amigo en su terracita, disfrutamos de la noche de verano, tomamos un par de cockteles, el mío con chocolate, naranja y brandy, y le dije a mi acompañante que iba a pagar. Me dirigí al interior de la bodeguita, fui al baño, ni miré al mostrador. Salí, me senté de nuevo, le dije: "respira la noche, aguardamos un minuto sino te importa". Miramos al cielo y luego dije "¿nos vamos?". Y nos fuimos, sin prisas, con cara de personas decentes, de haber pagado la copa. Esta es mi teoría, si tú te sientes inocente nadie te pilla. Si no quieres que te vean te

haces invisible, te mueves lento. Mi amigo desde luego lo era.

Sin embargo yo no era un profesional del pequeño hurto, más bien era un tipo sencillo, que trabajaba de portero en un hospital. Hacía bien mi trabajo. Leía mucho, cuidaba del personal. Los buenos días para todos eran cosa mía. En ocasiones organizaba los desayunos. Los desayunos de Marcos. Marcos soy yo. Desayunos tipo alemán, con pan negro, zumos naturales, cereales, fruta y yoghurt natural o de fresa. Opíparos. Después ya ni almorzaban. Les traía magdalenas de mi pueblo y charlaba con ellos de las cosas de aquí y allá, tuyas y mías. Con esta pequeña y gran aspiración: ser feliz y hacer felices a quienes me rodean, en la medida de mis posibilidades. Sobre todo con mi mojito, siempre preparaba un par de ollas en todas las fiestas, con mucha hierbabuena cultivada por mí y con los limones de mi limonero.

Ahora sin embargo recuerdo mi pequeña estafa a Chicho y a mis principios. No sé por qué me fui sin pagar. En mi vida de guarda no tenía sentido, tal vez como travesura, en realidad no me sentí mal por ello, pero ahora veo que fue una premonición, un cruce de caminos.

Ahora ya no pienso igual, será el resentimiento o el miedo a confiar, creo que todo es locura. La soledad te vuelve loco. La cabeza no está preparada para vivir sin afecto y sin charla, se te mete en bucles cerrados y te vuelves huraño y cobarde. La vida en pareja es un dislate, hombres y mujeres aman de modo distinto, piden lo que no dan, cambian amor por sexo, y todo ocurre en un mar de emociones que no se encuentran, de incomprendimientos intolerantes, de egoísmos y empatías, de miedos a no ser hombre, a ser abandonadas, de controles resentidos. Es la guerra de sexos. El grupo de amigos, de compañeros de trabajo, elimina a la persona y en él mandan los prejuicios hacia el exterior, con nosotros o contra nosotros. La sociedad está más loca aún, es la arena del engaño, hace tiempo que vendió el alma de los hombres para convertirlos en consumidores automáticos. El poder que se disfraza de amor, el poder que se esconde tras el sexo y las relaciones sociales, la mala educación, la corrupción, la trampa, el egocentrismo y el triunfo estúpido. La guerra de todos contra todos. Los intereses siempre contrapuestos. El sueño no sirve para escapar, es locura también, una alucinación caótica, un ruido de la mente que te absorbe. Ahora sólo puedo verlo todo así. Será la depresión.

Dicen los médicos que el depresivo es objetivo y el optimista un tontorrón. Yo supongo que preferí ser un tontorrón hasta que me quedé sin nada.

Llevo seis meses durmiendo. He tenido varios ataques de pánico. Miedo a la soledad supongo. Sé que nadie te da nada cuando lo necesitas, sobre todo amor. Yo lo perdí todo en un solo día. Así que el pánico me hizo correr, días y noches. No quería pararme. Pararme era aceptar que todo era verdad. Corrí y corrí, días y noches, me dolieron los pies, se me agarrotaron los músculos, pasé frío, hambre, sangré y me desmayé. Ojalá hubiese muerto.

Han pasado seis meses. Siento una sensación de ingravidez, de estar atrapado en una jaula invisible donde el tiempo no transcurre, donde no hay futuro y el presente es un aburrimiento inmisericorde. He pasado seis meses en el sofá. He detenido el mundo, la tierra ya no gira. He sido incapaz de llorar. Es lo que más me ha dolido. Pero hoy, aún no sé la razón, me he levantado. He soltado un bufido poderoso y con el un caño negro de sangre por la nariz. Debe ser mi corazón roto. Debo estar muerto y no lo sé. Quisiera llorar pero no me sale. Estoy cansado, he tomado una determinación: ni una depresión más.

Como no tengo nada que hacer me he ido a correr despacito y me he apuntado a un gimnasio, para obligarme a hacer algo. Mientras siento ira e impotencia. Nada se puede hacer. Nada merece la pena. Siempre se puede hacer algo, pero no merece la pena. He tenido insomnio, mucho insomnio. La cura de sueño es una mierda. He sido un naufrago nocturno, de ilusión en pesadilla, en el océano de los sueños. La verdad y la mentira, el pasado y el futuro todo revuelto. He decidido como naufrago buscar una isla, buscar una nueva vida, buscar el olvido. Lo vi en un escaparate de una agencia: Islas afortunadas. Sí en ellas buscaré un destino, mi fortuna. En las últimas vacaciones en las Canarias engañé a Chicho. Así que el engaño me llama.

El avión se hundió en el denso mar de nubes, como una gaviota al pescar. Me adentraba en un mundo subterráneo, escondido, ajeno al exterior. ¿Iba o venía del infierno?. Sentí vértigo. El avión tembló. La pequeña Isla de La Palma, la isla bonita. Necesito y temo a la belleza. Del pequeño aeropuerto llegué a mi apartamento, en la urbanización Los Rosales. Sentí miedo al bajar del avión. Miedo al entrar en el apartamento vacío. ¡Cuántos antes que yo lo llenaron con sus voces! Pero ya no están, ni ellos ni sus vacaciones salvo en fotografías. Allí estaba yo, siempre en la dirección contraria, en temporada baja. Me fui a comer. La comida no me entraba, pero me pedí pescado asado con papas arrugas y mojo verde. Apenas lo probé.

He encontrado trabajo. Primero intenté ser dependiente en una tienda de ropa para gorditas lindas de la capital, pero no me admitieron, buscaban chicas. Al final encontré en un hotel uno que no es muy diferente al mío anterior, mi CV los convenció. Soy el cuidador de un grupo de hombres con problemas. Este gran Hotel ofrece de todo: gimnasio, fisioterapia, veladas nocturnas de baile y ayuda psicológica. Los alemanes ricos están obsesionados con el paraíso de calor y con la enfermedad. Exigen sus médicos en todas partes. Así que el hotel ofrece ayuda médica y psicológica. El tipo que se inventó esta asociación tenía mucho sentido del humor: Amnésicos Anónimos (A.A.). Anónimos a la fuerza, no se acuerdan que son miembros de la asociación. Pero sus familiares sí. Este es mi trabajo: recogerlos uno por uno en sus hoteles, traerlos al centro para que tengan sus reuniones, cierta vida social y de cuando en cuando pasear con ellos. Tres alemanes, un inglés y un argentino, de entre 25 y 50 años, todos hombres.

Los he rebautizado con el nombre el Club del Olvido. Cada día con ellos es nuevo. Todas nuestras reuniones empiezan con las presentaciones. Jamás se acuerdan unos de otros, ni de mí. Perfecto para mí, pensé. No quiero que me conozca nadie. Cuando estoy libre y me los tropiezo por la calle no tengo que saludarlos. Nadie se acuerda de mí. No me llaman ni me invitan a una cerveza. Solos yo y mi dolor. Sea o no profesional nadie agradecerá mi trabajo.

Me conozco bien la pequeña isla, no tiene más de 70 kilómetros de largo y treintaitantos de ancho. Con mi moto de 250 c/c la paseo a gran velocidad, es alquilada. A veces voy a tomar un cocktail a la bodeguita de al lado. Otras me baño en las piscinas naturales de la Fajana, formadas en la línea de costa por muros de lava. Juego a esquivar las grandes olas que asaltan el viejo paseo marítimo de Santa Cruz de la Palma, junto a las casas típicas canarias, con sus balcones al mar. Me rebozo en la arena negra de la playa de los Cancajos. Cruzo la isla soñando con los piratas que la asaltaron y los indígenas que lucharon contra su vegetación densa, su atmósfera húmeda y sus montañas abruptas e inaccesibles, cubiertas de pino canario. Me hago rutas por la Caldera del taburiente. Practico el senderismo, la espeleología, que es bajar a un infierno frío y fascinante de hermoso y el submarinismo, que es como volar en el cielo. Tomo cachapas y arepas en la cruz de terceros, al atardecer. He aprendido a hacer mus de gofio. Colecciono la artesanía Indígena. Adorna mi apartamento. Me baño en pelotas en calas perdidas. Visito los viejos faros. La gente aquí confía en la gente. Es fácil engañar. Eso pienso. Nunca piden el DNI, entras en cualquier hotel y te bañas en su piscina. Robo algún plátano de las inmensas plataneras. Me gusta el aire cubano y colonial de la isla. Sus negros y sus indígenas. Me gusta la cerveza Dorada y la de gofio. Me encanta el pan de ajo para desayunar. Leer el diario de avisos. Me gusta mirar hacia el horizonte marino, los días claros, desde Fuencaliente, donde veo al padre Teide, o es la madre Teide, al fin y al cabo es una gran teta, y las islas de Hierro y la Gomera. Me gusta mirar al cielo, protegido por el mar de nubes, que algunas mañanas es una gran ola de algodón que lame la cresta de las montañas inundando la isla al caer por la pendiente. Me gusta ver al cielo caer sobre mi.

Algunas mañanas desayuno en un Backeria alemana. La lleva una mujer alemana rubia de unos 45 años, es atractiva. Me sonrío cada mañana. Es curioso pero trata a los turistas españoles con mayor atención que a sus compatriotas alemanes y a los extranjeros en general. Al revés que en Málaga, por ejemplo. Me gusta su tarta de queso con arándanos. Me gusta ver su pupila dilatada al sonreírme. No volveré más, no quiero conocer a nadie ni que nadie me conozca.

El trabajo es divertido. Los amnésicos son graciosos y fáciles de distraer. Entre las presentaciones diarias y el puzzle se pasa la mañana. Como no se acuerdan cada mañana hacen el mismo puzzle: el del techo de la Capilla

Sixtina que representa la creación de la humanidad, el dedo de Dios dando vida al barro del hombre. Me encanta practicar el engaño. El engaño que me lleve al olvido. A los amnésicos les gusta inventar. Rellenan con bellas historias las lagunas de su memoria. Mientras dura la conversación, salvo que algo los distraiga, disfrutan del presente, de la charla y se establece una buena camaradería. Es suficiente con distraerlos para tener que explicarles quienes son, dónde están y empezar con las presentaciones. Aburrido y divertido.

Voy al gimnasio del hotel, los llevo a ellos también para que se muevan un poco. Entre el sudor y la atmósfera de túnel, presumen de musculatura los adolescentes, surge alguna hembra de movimientos felinos, otras interesantes. Se trata de un gimnasio nudista. Algún viejecillo respira pesadamente, chicas gorditas ríen mientras levantan pesas diminutas. Todos hacemos los movimientos repetitivos desnudos: sube y baja el bíceps, sube y baja el muslo, pedaleas monótonamente en la bicicleta, observas el triángulo oscuro de la chica mientras hace abdominales, o abre y cierra sus piernas para trabajar la cara interior de sus muslos, como en una copula con el hombre invisible. Entra un chico negro en el gimnasio, viste ropa deportiva ajustada, de color rojo, parece un corredor profesional de los 100 metros, se desnuda delante de todos, y todas las miradas lo siguen, masculinas y femeninas, descaradas y simuladas. Con una agilidad felina se pone a hacer abdominales, estirándose como si fuese un elástico. Indiferente a todos, centrado en sus ejercicios, ha cerrado la boca de los adolescentes presumidos, que ahora en lugar de fuertes y sexuales se ven patiocortos y brazilargos, deformes. Yo me he sentido un blanco cualquiera. Me hace gracia. Dios es negro y yo agnóstico.

Los he llevado a robar por la capital. A mis amnésicos. Somos una banda de delincuentes. Claro que ellos no lo saben. Entramos en una tienda, le doy a cada uno un objeto bonito, luego los distraigo o les hago saber que ya está pagado y salen con toda la inocencia del mundo con el objeto de la tienda, o se los meto en sus mochilas. Nunca nos han pillado. La inconsciencia les protege. La lentitud más bien. Son los mejores cómplices, nunca me delatarán. Debería ir pensando en dar un buen golpe en lugar de los pequeños hurtos. Todos hemos nacido para ser engañados. Para vivir engaños. Con las mujeres es mejor mentir que ser sincero. Todo es una repetición, una puesta en escena.

Al volver a casa por el paseo de la costa, vi a la chica alemana de los desayunos, dar de comer a los lagartos canarios. Sí, a esos centenares de lagartijas que anidan en los muros y toman el sol entre los cactus y las negras rocas de lava. Al echarles trocitos de mortadela o salchichas crudas aparecen a montones, como palomas o gorriones. Desconfiados primero, confiados después. Se persiguen y corretean a una velocidad irreal por el trozo de mortadela, y lo más asombrosos comen de la mano. Me acerqué a ella. Charlamos y me ofreció darles mortadela. Al principio no me atrevía a

darles de comer de la mano. Uno de cabeza azulada de dragón enano me mordió la yema del dedo. Reímos. Pasamos la tarde. Nos fotografiaron los turistas. Me prometí no volver a verla, pero no cumplí mi promesa. Así que inicie la repetición de la vida, la puesta en escena de la seducción. No soy muy diferente a mis amnésicos para los que todo es repetición, el puzzle, las presentaciones, pero esa repetición les produce placer, ya que son inconscientes de ella. Pero una vez que lo sabes, ya no puedes creer ni en tus actos.

A mis amnésicos les cuento mentiras y a veces les cuento la verdad. Para ellos esta distinción no existe, se ríen con ambas. Jugamos a desempeñar roles. A veces uno de ellos es un maestro y nos da una pequeña clase de geología. Tal vez fue profesor de geología o tal vez no. Sólo su expediente clínico lo sabe. A veces les cuento que son amnésicos y se ríen mucho, y les hablo del club del Olvido y de nuestros atracos. No se lo creen. Tampoco saben su edad, guardan su imagen adolescente, de cuando ocurrió el accidente. Así que los confronto con el espejo y lloran al verse con un cuerpo viejo y una mente detenida en su juventud. Tras mi crueldad les doy la vuelta y se olvidan de la causa de su llanto y vuelven a vivir felices en su inconsciencia. Nos fumamos porros. O no hacemos nada. Les grito y los llamo hijoputas. ¿Importa?. Les pregunto ¿por qué estamos aquí? y me dan las más variadas respuestas: es el instituto, para dar una vuelta, no lo sé, somos un grupo de trabajadores, vamos de viaje... Cada día es una mentira distinta. Sois dioses les digo, no tenéis pasado ni futuro, asentados en la eternidad del instante que no cesa.

A Heidi, no es coña, así se llama la alemana de los desayunos, le enseñé mi pequeña isla en mi moto de 250 c/c. A veces vamos a tomar un cocktail a la bodeguita de al lado. Otras nos bañamos en las piscinas naturales de la Fajana, formadas en la línea de costa por muros de lava. Jugamos a esquivar las grandes olas que asaltan el viejo paseo marítimo de Santa Cruz de la Palma, junto a las casas típicas canarias, con sus balcones al mar. Nos rebozamos en la arena negra de la playa de los Cancajos. Cruzamos la isla soñando con los piratas que la asaltaron y los indígenas que lucharon contra su vegetación densa, su atmósfera húmeda y sus montañas abruptas e inaccesibles, cubiertas de pino canario. Nos hacemos rutas por la Caldera del Taburiente. Practicamos el senderismo, la espeleología, que es bajar a un infierno frío y fascinante de hermoso y el submarinismo, que es como volar en el cielo. Tomamos cachapas y arepas en la cruz de terceros, al atardecer. La he enseñado a hacer mus de gofio. Le he regalado artesanía Indígena. Adorna su apartamento. Nos bañamos en pelotas en calas perdidas, donde la amé cuando sentada en la orilla una ola la sorprendió y se levantó como pudo con cara de niña chica asustada y gritando mi nombre. Visitamos los viejos faros. La gente aquí confía en la gente. Es fácil engañar. Le digo. Nunca piden el DNI, entras en cualquier hotel y te bañas en su piscina. Robamos algún plátano de las inmensas plataneras. Nos gusta el

aire cubano y colonial de la isla. Sus negros y sus indígenas. Nos gusta la cerveza Dorada y la de gofio. Nos encanta el pan de ajo para desayunar. Leer el diario de avisos juntos. La llevé al gimnasio para ver con indiferencia como reaccionaba ante la polla del negro: con indiferencia aparente. Nos gusta mirar hacia el horizonte marino, los días claros, desde Fuencaliente, donde vemos al padre Teide, o es la madre Teide, al fin y al cabo es una gran teta, y las islas de Hierro y la Gomera. Le cuento que me gusta mirar al cielo, protegido por el mar de nubes, que algunas mañanas es una gran ola de algodón que lame la cresta de las montañas inundando la isla al caer por la pendiente. Le cuento que me gusta ver al cielo caer sobre mí. Me llueven sus besos.

En definitiva, repetí con ella todo lo que antes había hecho solo. Algo me pareció fantasmal y mecánico. ¿Cuál es la vez verdadera?. ¿Dónde está el principio de las cosas? ¿Qué sentí en ambas ocasiones? ¿Cuántas veces antes habría repetido estas rutas? ¿Soy uno de mis amnésicos?. Engañado por el cuidador, que me hace creer que soy el cuidador.

Decidí no verla más. Entonces ella me buscó. Trató de averiguar las causas de mi frialdad. Le conté una historia inventada. Yo tenía un gato, pero lo abrazaba como si fuera un perro o un mono. El gato me odiaba. Así que se lo regalé a un tío mío que tenía un huerto pequeño. El sueño de un pequeño burgués, con una casita blanca rústica, piscina y un jardín con melocotoneros y manzanos. El gato era de ciudad, criado en un pequeño apartamento con terraza, de donde se cayó una vez. Jamás había visto otros gatos. En el campo lo paso mal. Los gatos salvajes lo apaleaban, no entendía sus reglas sociales de dominación y sumisión. Un día fui a verle, y estaba algo triste. Le lleve comida, lo lleve al veterinario y lo abandoné allí, en el precioso huerto, en el paraíso infernal, a pesar de que vino detrás mía como un perrito dándome lastimosos aullidos de perrito faldero. Yo me iba a mudar de casa y de ciudad fue mi excusa. El gato murió. Me siento culpable. Ella me consoló y me abrazó y me dijo que no debía ser tan duro conmigo mismo, que no pasaba nada. Entonces le dije: te he mentado. Se quedó perpleja y a la expectativa, pendiente de mis palabras, con su boca abierta y sus ojos dilatados, dispuestos para llorar o reír. Volví a mentarle. ¿Y si en lugar de un gato hubiese sido una persona a quién abandoné a su mala suerte?. ¿Me perdonarías? ¿Podrías amarme?. Me dijo que no importaba que me amaba de igual modo. Volví a la carga, dispuesto a hacer tanto daño como pudiese supongo. A hacerlo bien, a ser un hijoputa.

¿Sabes este mismo cuento se lo conté a una antigua novia?. Pero a ella le cambié el orden, primero le dije que abandoné a una persona y luego que la persona era un gato. Ella me dejó, no me creyó. Creo que era la verdad. Me sentía igual de culpable por mi gatito. Pero tú me perdonas con sólo cambiar el orden. Aprendí esta técnica en mis tiempos de vendedor callejero, si un posible comprador te hace un pequeño favor, como poner tu publicidad en su ventana del coche, luego te traga lo que le metas, le vendes la moto.

Ella lloraba. Se fue. ¿Sabes? Dije despacito mientras se alejaba y probablemente no me oía ya: Ignoro si era un gato o una persona. Ignoro incluso si soy el gato o el dueño. Heidi se fue de mi vida.

Al tiempo le conté una historia a mis amnésicos. Una historia más. Para hacerlos sufrir o reír, bajar a los cielos o trepar a los infiernos. Falsa o verdadera:

"Todos desaparecieron el mismo día. Yo era un hombre seguro de mí mismo. Fue una casualidad aterradora, increíble, absurda, pero ocurrió. El mismo día, mi hijo pequeño me pidió permiso para ir de excursión. Su madre se negó. ¿Y si le pasa algo?. Los niños deben conocer el mundo y no ser miedicas le dije. Él quiere ir, no hay que sobreprotegerlo. Si le pasa algo lo enterramos dije yo en broma. Pero a la mañana siguiente lo enterramos. Me gustaba jugar con mi hijo, besarlo, pasear, hacerle cosquillas, verlo descubrir el mundo, verlo feliz. Con él se fue mi mujer, pero no por él, el mismo día sí, pero antes de saber nada de su muerte. Me dijo que hacía tiempo que no me quería. En realidad ya nunca se ilusionaba por mis notitas de amor en el espejo, y yo siempre deseaba besarla pero no sentía sus ganas de abrazarme. Me hacía sentir un mendigo de amor. Ensuciaba mi generosidad. Me sentía solo junto a ella. A la que yo amaba como el primer día. Mi amigo JC, geólogo, mi amigo y confidente, se perdió ese mismo día en la sierra, no pudimos localizarlo por su móvil sin cobertura, hallaron su cadáver en un barranco. Todo lo que me importaba desapareció el mismo día, de maneras paralelas e independientes, pero eligieron el mismo instante del tiempo para precipitar mi vida en un agujero. Mi perro se perdió también ese día. Salió a dar su paseo y ya no volvió. Preguntar por qué es de imbéciles. Pensar en una casualidad negra. Es inútil pensar que no es culpa mía, ¿no he sido yo?. Sólo somos emociones, ese es nuestro barro. Yo los amaba a todos. Ahora, lo único que me gusta hacer es venir aquí y dar de comer a los lagartos. Me pregunto si yo enseñe a Heidi a dar de comer a los lagartos o ella a mí. Repetir ese acto, alimentar a los pequeños dragones del infierno helado, del paraíso desierto, hasta la eternidad. Me hace sentir bien esta repetición dulce de melancolía que me convierte en un tipo cualquiera, en un blanco cualquiera. En un hombre muerto.

13 . Melancolía en venecia

Me gusta correr, media hora cada día, por las calles de la ciudad. Al correr me siento vivo. De tanto correr estoy muy delgado, tanto que parezco un esqueleto diría mi mamá. Pero correr por las estrechas calles, plazas y puentes de Venecia es especial. Nada me gusta más. He corrido en playas de arena y de piedra, en los campos y las carreteras secundarias, en pueblos históricos y grandes metrópolis. Pero nada es comparable a correr aquí. En Venecia no hay coches circulando ni aparcados, que no dejan ver ni sentir la historia de las piedras de las plazas y de las casas. Mientras corro, llueve sobre los canales. Gris es el agua de las calles, el fango de su fondo. Calles

de agua, ¡qué maravilla!. Grises son las piedras de las iglesias y los palazzos, gris el cielo y el mar Adriatico.

Llego corriendo a mi tienda de fotografía. Cansado y contento. Correr en Venecia me pone. Su pared es de color caldera. Nadie como siempre. Menos mal que no dependo de mi negocio para vivir. No me gusta vender carretes baratos a los turistas, para sus fotos tontas. Yo fotografí el paso del tiempo. Mi tienda parece una vieja barbería abandonada. En realidad eso era, aún conservo el pirulí rotatorio de colores que la anunciaba en la acera. Tras su fachada vieja y descuidada, he puesto un rotulo: Si estuvo aquí antes, pase. Claro, casi nadie pasa. En su escaparate, las viejas fotografías de otra época. Pero yo no dibujo gente disfrazada de reyezuelo, de Casanova o con uniforme del séptimo de caballería, esto es una chiquillería. Yo fotografí a la gente desnuda. Las viejas fotos no son mías. Las encontré en la oficina hace un año, cuando llegué a Venecia. Jamás olvidaré ese día.

Tomé el trenino más viejo y hermoso del mundo, un tren fantasma que anda sobre las aguas, entre la vieja ciudad universitaria de Padova y la estación de Santa Lucía en Venecia. Baje la escalinata de la estación, y al levantar la mirada, allí estaba la república de Venecia. Ante mí el canal grande, con un tráfico incesante de comercio marítimo: Llenos los embarcaderos de esos ataúdes flotantes llamados góndolas, el vaporetto trepado de viajeros de todos los mundos hacia la plaza de San Marcos, los taxis-lanchas y el transporte marítimo de mercancías como muebles y cajas industriales...

Encontré las fotos, de gente sencilla y desnuda, en un cajón de la oficina: ancianos, niñas, jóvenes, extranjeros e italianos. Retratos de cuerpo entero, honestos, sin disimulos, transparentes. Todos de gente sonriente y desnuda, sentados o de pie, solos o en familia, solemnes. La tienda era una vieja barbería con un rotulo puesto tras su cierre: Esta vieja barbería se despide de la ciudad de Venecia. Así que entré y decidí mantener su fachada y convertirla en una tienda de fotos de desnudos, pero no de turistas, sólo para gente de allí o que ya hubiese estado allí.

No hay nadie en la tienda. Me siento y enciendo mi ordenador. Saco un CD con las fotos de mis ancestros. Me gusta repasarlas y jugar con ellas en la pantalla. Usando el zoom las amplío y amplío hasta que me enfrente directamente con los ojos de mi padre, o me centro en el fondo de la fotografía. Luego amplío una de sus esquinas, para descubrir alguno de sus secretos: una pintada en la pared, unas sombras desdibujadas, como las de los críos en un rincón de la foto de mi abuelo español con su uniforme de la guerra civil. Fantasmas en las fotos. Mis fotos son de fantasmas. Son mi único lazo afectivo con mi pasado. Disfruto al repasarlas, al ver a la Tía Luisa de niña, de jovencita y de mayor. Ver a los tíos, abuelos y los primos, en la ciudad, en el campo, en la aldea, en la boda, en la fiesta, en la plaza con palomas. Las fotos familiares. Todo perdido. Son mi tesoro. Así paso las

mañanitas del sábado. Es mi cita con las fotos.

Decidí venir a Venecia por razones frívolas o talvez no tanto. Soy un Casanovista. Siento fascinación por la figura de Giacomo Casanova. El gran amante de la vida. Leí su "Storia della mia vita" en el original en francés. Desde entonces he leído cuanto se ha escrito sobre él. Biografías, novelas, ensayos. Supongo que lo envidio, yo leo lo que él hizo. Supongo que como español de origen debería intentar ser un Don Juan. Pero Don Juan no me gusta. Demasiado egoísta y trágico, un coleccionista de amantes un poco hijoputa, un matón machista y atormentado. Supongo que también lo envidio. Pero a mí me gusta la vida, la comida, las ciudades, la filosofía, la gente, como a Casanova, de un modo alegre. Así que como no sabía a donde ir, me vine a este lugar fuera del mundo, a la ciudad flotante. En sus viejas librerías busco nuevos libros sobre Giacomo. Aquí olvido a mi país pero no a los míos. Una editorial, que me considera un intelectual, algo pedante, me ha pedido un ensayo sobre los fantasmas. Acepté inmediatamente, nadie sabe tanto como yo de los desaparecidos, pensé. Supongo que debo escribirlo con tinta invisible, bromeé con el editor, y perderlo sin que nadie me vea entre las estanterías de una antigua librería. Todo es húmedo en esta ciudad, las calles, las paredes, los libros y las alfombras de salón mojadas por las crecidas del mar. También mi corazón. También mi sexo.

Por si fuera poco, tengo una enfermedad idiota: priapismo, vamos que estoy siempre empalmado. Aparte de lo incomodo y de los compromisos en que me pone mi paquete, sobre todo al correr en chándal, me gustaría correr desnudo por las calles de Venecia, lo peor es lo que duele, y la falta de concentración. Toda la sangre abajo y muy poca arriba. Tal vez sea un efecto secundario de leer a Casanova. Es difícil para mí mirar a una mujer de un modo no sexual. Me gustan mucho las mujeres, pero de un modo más completo. Me gusta hablar con ellas y escucharlas. Mi enfermedad en ocasiones me impide ser tan amable como quisiera y me pone un poco nervioso y a ellas también. A mí me gusta más hacerles cosquillas que zarandearlas como un ciruelo. Me gusta verlas reír. A veces me río de mí y me pregunto quien ganará, si mi picha (picha es una palabra gaditana, mi abuelo era de allí) o mi cabeza.

Se me olvidaba, por mi picha soy olvidadizo. Tengo otra razón para haber venido a Venecia. Cuando era adolescente una santera de mi aldea me predijo que mi destino era el agua. Que viajaría tres veces al país del agua, pero sólo una acompañado, y que me quedaría para siempre. Cuando era estudiante viaje por primera vez a Venecia, solo, pero enamorado de la que sería mi esposa. Amé esta vieja ciudad hundida con mi corazón partido, a punto de irnos a pique ambos. Pero la ciudad me dio sus calles para ser feliz incluso sin ella. La segunda vez fue en nuestra luna de miel. Maravillosa city, recobra la fuerza cuando estas enamorado y besas a tu amada en sus escalinatas y puentes, junto a cada canal, en cada tabernilla, donde antes la añoraste. He perdido a mi esposa, como perdí a toda mi familia. Entonces

decidí hacer verdad la predicción de la bruja, decidí que Venice era el país del agua y que me quedaría en sus calles para siempre.

En la panadería compro el pan, y no puedo evitar imaginarme revolcándome sobre la harina con la panadera mientras le subo la falda. Me gusta pellizcar el pan mientras camino. En la librería, toco el lomo de los libros, paso horas hojeándolos y deseo hacerle el amor a la dependienta. Es curioso, pero mi amor por los libros no se interrumpe por mi amor por las mujeres. Mi amor por el pan tampoco, ni mi amor por unos vinitos o el arte. Me encanta ir al cine en Venecia, y al teatro y escuchar conciertos en las iglesias. He comido en la cantina "Dos espadas" frecuentada por el mismísimo Casanova. Llevo una vida regalada. Siento un poco de remordimiento y decido ponerme a trabajar, a escribir mi ensayo.

En la oficina, delante del ordenador, la primera pregunta que me hago es : ¿Qué es un fantasma?. Mientras corría hoy entre los turistas, esquivando los grupos parados en los escaparates de mascarás o ante las pastelerías, las joyerías, platerías y tiendas de cristal de Murano, lo pensé. Los fantasmas se esconden en la multitud. Por cierto, me compre una bautta, la mascara de Casanova, me gusta ponérmela para verme en el espejo. Desnudo, claro, sólo con la bautta puesta y mi pañuelo palestino. Pensé al mirarme desnudo que me pegaba más la máscara del capitano, la de la nariz grande tipo Cyrano. Pero volvamos a los fantasmas. Yo sé que existen palabras fantasma. Son esas palabras que no escuchas. Recuerdo cuando aprendía inglés y me pase una temporadita en Londres. Un amigo del college siempre terminaba sus frases con la coletilla: just kidding (solo bromeaba), pero yo jamás la escuche. No es que oyese algo que no entendía, es que jamás detecte que hubiera una coletilla en sus frases, hasta que me lo dijo un compañero español. También existen miembros fantasma. Los soldados en la guerra sufren la amputación de algún miembro y sin embargo sienten que aún lo tienen, incluso evitan golpearlo o lo acomodan al sentarse o se quejan de que su brazo fantasma les molesta para dormir, por su postura, y además el miembro fantasma duele mucho. Luego están los fantasmas de verdad. Así que se puede ser fantasma por partes, por ejemplo un brazo fantasma, o por completo: el fantasma de la opera. Será mejor que lo deje por hoy, no ando muy inspirado.

Otro de mis proyectos es traducir la "historia de mi vida" de Casanova al castellano. Me voy a dar una vuelta por la ciudad envuelta en niebla. Parece que se va a evaporar, una ciudad fantasma. En Venecia he aprendido una gran virtud, a ser paciente. La soledad no se evapora, pero amar la verdad te sostiene. Sin embargo, aquí estoy buscando sombras. Ese mismo día me convertí en una sombra por cierto, anochecía cuando mi enfermedad me hizo perseguir a una bella señorita por algunas oscuras calles perdidas. La chica se asustó, miraba para atrás constantemente, pero no me vio. Me gusta ser la maldad. Hasta que me cansé del juego y la dejé ir. Luego me senté en un banco junto al mar, en un paseo solitario, mirando a la isla cementerio de

Michelangelo. Un gato veneciano, sin pedir permiso se sentó en mi regazo y yo lo acaricié. Pienso a veces que en Venecia sólo vivo yo, y que todo lo demás, las tiendas y los turistas son de mentira. Venice es una ciudad abandonada, sólo para mí.

Soy un inútil, todo lo que amo está muerto. Mi pasado, Casanova, mi esposa, mi hijo. Sólo miro y no hago nada. Ni amo a las mujeres, abandono mi país, no escribo. Un inútil. Se me acaba de ocurrir otra propiedad de los fantasmas. Además de esconderse en la multitud, rara vez interfieren en los asuntos humanos, pero están ahí. Los muertos nos miran. A veces tememos las apariciones, muchas personas tienen alucinaciones, a veces los llamamos locos y otras iluminados, pero no es verdad que los fantasmas se manifiesten, más bien es al revés. A veces los fantasmas, muertos en otra época, tal vez en otro lugar, pueden contemplar el mundo actual. Supongo que a todos nos preocupa morir. Es una cita inevitable y violenta. Sin embargo, si un muerto pudiera contarnos la experiencia imagino que sería como si un divorciado, que ya se ha recuperado de la separación, hablase a un recién casado iluso. Este último aún mantiene la fe en que eso no le pasará a él, y que si le ocurriese no podría soportarlo. Sin embargo, el divorciado parece feliz, más entero, alguno incluso más sabio, otros acabados y penitentes. Un fantasma es sólo un superviviente. ¿Cómo se prepara uno para sobrevivir a la muerte?. ¿Consiste tal vez en una preparación espiritual?. Algo así como ser generoso y aceptar la muerte. No temerla y estar entrenado para adaptarte a todo y no cerrar los ojos ante nada, ni ante la muerte. O más bien un fantasma es alguien a quien le queda algo muy importante por hacer, muerto prematuramente y no preparado para morir o que no acepta su destino hasta cumplir su meta: la vendetta. Ni idea. Supongo que el proyecto de vida y las aspiraciones de la persona influyen. Si quieres ser perfecto nunca serás un fantasma sino un gilipollas. Supongo que ser feliz es una aspiración sencilla. ¿Son felices los fantasmas? No lo sé. No se una mierda. Si al morir pierdes el yo, esa pesada carga, tal vez puedas ser feliz. Por eso los fantasmas son invisibles, un contexto, la noche o el viento, que persiguen, merodean y roban caricias a los vivos. Mejor me voy a tomarme un capuchino y me dejo de masturbaciones mentales.

Hoy mientras hacía los ejercicios, he reparado en que todas las torres y campaniles de Venecia están torcidas, como mi picha. Me tiene obsesionado. Me gusta, tras terminar de correr, subir a las torres a mirar los tejados de la ciudad. Después de descansar, he tenido una cliente, mi primer cliente en mucho tiempo.

Todo ha sido como un sueño. En realidad me recordaba mucho a una mujer de una postal antigua, una trapecionista de melena rizada. Tenía acento extranjero. Al entrar, le pregunté si había estado antes aquí y me dijo que sí. No hice más preguntas, no me gusta parecer desconfiado, pero era demasiado joven. No obstante, como ella afirmaba cumplir el requisito para entrar me dejé convencer por su belleza. Me sonrió, tomó un cafetino y se

desnudó con una naturalidad que no me atrevo a llamar asombrosa para no violentar su recuerdo, era como si nos conociéramos de siempre. Me dijo que estaba húmeda. O tal vez no lo dijo, sino que quise oírlo, palabras fantasma. ¿Perdón?- dije- pero ella sólo sonrió. Le tomé fotos sentada, tomando el café, siempre sonriendo. Charlamos toda la tarde, y no paré de hacerle fotos, de su cara, de su sonrisa de ángel, de su melena negra, de sus curvas en las posiciones más cotidianas y descuidadas. ¿Se tiró un pedo?. No dijo perdón, tal vez fue un pedo fantasma. Antes de que se fuese para siempre hablamos.

Primero charlamos de las ciudades eternas: Atlantis, Venecia, Gades... Al hojear las fotos de los desnudos antiguas fuimos intimando. Le enseñé entonces las de mi familia. Se atrevió a preguntarme si yo amaba a mi mujer. Le dije que con toda mi alma, y que el dolor de mi picha, ya le había contado lo de mi enfermedad, no era comparable con el de mi nostalgia de ella. Le pregunté por los fantasmas, y me dijo que esas cosas no son ni verdad ni mentira. Sólo son excesos de la imaginación y el rumor. Yo le conté mis teorías.

Decir los fantasmas existen es como decir que existen los superhéroes o que las mujeres son brujas. Los superhéroes sólo son personas normales que llevan a cabo una proeza una vez en su vida. Las mujeres no tienen poderes, pero muchas si tienen intuición, y además llevan siglos siendo esclavas, dependiendo del humor de los hombres, lo que las ha convertido en expertas en anticipar sus reacciones por los gestos o la expresión facial, para sobrevivir. Este conocimiento no se expresa en palabras. Ella asintió y añadió: Los hombres durante siglos han sido brutos incapaces de expresar nada, y su desprecio por las mujeres les ha llevado a mirarles el culo pero no la cara. Por eso no saben, por eso las llaman brujas. Insistí: entonces, ¿crees en fantasmas? ¿los fantasmas existen?. Es difícil decirlo, ¿cómo distinguirlos de una alucinación o un sueño?. De nuevo yo respondí a mis propias preguntas con más de mis teorías pseudocientíficas: Los fantasmas están en nuestro inconsciente. Como las imágenes subliminales de la publicidad en televisión. Ocurren en el umbral de la consciencia y nos dejan la duda de si algo ha ocurrido, pero influyen en nuestros actos. Ella me miraba, ignoro si interesada o condescendiente, pero cariñosa. Añadí. ¿Tú eres de verdad o sólo eres por ejemplo un personaje de novela?. Si fueras un personaje de cuento, ¿cómo lo sabrías? ¿Podrías escapar de tu destino? ¿Salirte de la página? ¿Hacer algo que no te hubiese dictado el autor como dudar de tí?. No existen pruebas, es sólo cuestión de creer. Como todas las grandes cuestiones. Concluí satisfecho de mí. Prosiguió ella, la verdad es que me tenía muy interesado, sonriente y dulce. Yo siendo jovencita. ¿Más aún? Coqueteé estúpido. Me sonrió una vez más. Siendo jovencita pensé en el suicidio. Lo pensé muy en serio. Por una tontería quizás, pero entonces no me lo parecía. En realidad ya no recuerdo el motivo. Me dije, ya esta bien de atormentarme, o lo hago o me olvido del asunto y no me lo planteo más. Es

evidente que no te suicidaste, estas aquí-dije con ironía tonta-, así que no le diste más vueltas y has sido feliz, ¿no es cierto?. Te equivocas, amigo mío, me suicidé, creo, aunque hace tanto que no lo recuerdo bien, pero mira las señales de mis muñecas. La miré con incredulidad. Tal vez lo hice, tal vez como tú. Creo que te ahorcaste o te ahorcaron, por eso tu enfermedad, ya sabes, todos los ahorcados mueren empalmados. Vine a tu casa porque sentí unas vibraciones extrañas al pasar, el olor de la muerte, pero sobre todo percibí mucho dolor. Creo que eres un desaparecido. Quizás esos de las fotos no son tus familiares. Ahora eres la noche de Venecia o su lluvia, eso te gustaría ¿verdad?. Formas parte del espíritu de la ciudad. Un espíritu desarraigado, entre su yo y su nada. Se fue vestida. Su ausencia me pareció tan irreal como su presencia. Para salir de mi perplejidad me fui a correr, serpenteando entre los puentes y las plazas, a esquivar a los turistas y perseguir a las italianas rozándoles el culo. Pero no había nadie en las calles oscuras y mi miembro me dolía más que nunca. Me lo dejo mas tieso que el rabo de un cazo, que diría mi abuelo gadita. Sin embargo ella me enseñó a aliviar el dolor.

Muy maternal me dijo: si te pica, ya sabes –y señalo con la mirada mi “ya sabes”-, no debes rascarte ahí precisamente, sino en otra parte. Se descubre tanteando, a ver , en tu caso, creo que es el pie. Y me dio un masaje en ambos pies que me dejo nuevo y aliviado. Relajado y agradecido le di las gracias a mi dulce doctora. Ya se como aliviarme, el problema ahora es que aprieta más el dolor del corazón, que crece como el mar y hunde mi alma como la ciudad en el fango. Lluve mucho, yo suspiro con los ojos muy abiertos en lo alto de la gran escalera del puente de Rialto. La descendo sin prisas y me refugio bajo un soportal próximo. Pienso en lo que sentí en el encuentro. Ganas de amarla continuas, pero no lo hice, ni siquiera lo sugerí. La deje escapar. Ahora siento pánico y soledad, mayor que la noche del campo, y deseo buscarla como un loco, pero tampoco lo hago. Ella me ha devuelto mi alma dolorida. Mi novia fantasma. Podría no creer sus palabras, pero lo hago. Siento una desesperación que ya no me turba. Siento impulsos que no me mueven. Sólo contemplo el gran canal. Ella me recomendó que no me estuviese quieto, que este era el peligro mayor. Así que ver una ventana iluminada, fue para mí como descubrir un faro desde la mar. Me dirigí al fuego de la humanidad y entré en la casa. Observe a la familia cenar. Desde esa noche visito las ventanas iluminadas.guardo en los pasillos y los umbrales,, veo a las personas en la intimidad de sus casas, acostarse, y los miro descansar o escucho sus conversaciones,. A veces no puedo evitar hacer un poco de ruido y los sobresalto. No soy un fantasma triste ni juguetón, sólo hago visitas y finjo veladas. No pienso huir. Ella me dijo que era una fantasma errante, que somos, como una pastilla efervescente, esta imagen usó para describírmelo. Nos disolvemos en la nada poco a poco, de un modo doloroso físicamente, a no ser que luchemos por nuestro dolor. Me dijo que no sabía mucho más,, que en su caso podía prolongar su penitencia

vagabundeando. En el mío, me dijo, que mientras alguien me busque sobreviviré, pero mientras que no encuentren mi cadáver, existirá el dolor de no saber quien soy ni cual es mi destino.